

Notas y Documentos

EUGENIO PEREIRA SALAS

El influjo de los artistas franceses en la época romántica

Acudo emocionado a participar en este ciclo de conferencias con que el Instituto Chileno-Francés de Cultura se asocia al homenaje que rendimos a la patria al filo del Sesquicentenario de nuestra Independencia, a los 150 años de una ordenada evolución histórica, en que Chile y Francia sellaron una desinteresada amistad intelectual.

La América hispana nacida a la vida independiente en los gloriosos decenios de 1810, pudo recibir y acoger en su seno los influjos europeos, en especial de Francia, porque conscientemente los países americanos comulgaban al igual en la firme creencia de la suprema validez de la civilización occidental, dentro de cuyo ámbito querían seguir viviendo su existencia histórica y cuyos postulados democráticos consideraban como algo propio.

Estos impulsos definidores vienen directamente de Europa por diversos caminos, y en materia artística los traen los apasionados viajeros románticos, quienes recorren el vasto continente en busca de inéditas sensaciones estéticas hasta llegar a este lejano confín del mundo en esa hora histórica, introvertida, suave y dulce que llamamos el período romántico chileno. Traen estos intrépidos franceses el valioso bagaje de la cultura, ayudando a este país que recién salido del pasado colonial, quiere participar en una vida independiente en los ilimitados horizontes de la libertad, la belleza y la poesía.

Sin duda alguna, un juicio de valor sobre estas influencias demuestra que el aporte de Francia fue decisivo en ese período plástico en que se acogen los impulsos que permiten liberar las fuerzas originales que van a plasmar la cultura chilena.

Hoy día nos ocuparemos de la época que promedia el año de 1842, y veremos a la luz de la historia, es decir, de una manera fehaciente, el proceso del arribo al país de las personalidades francesas que animarán con su presencia el medio ambiente artístico.

* * *

La arquitectura es la primera de las bellas artes en que la impronta de Francia fue todopoderosa. Los artistas galos presidieron esa curiosa época de transición entre el arte colonial simbolizado en la casona de tres patios hacia el palacete moderno, en que la cuadra se cubrió de claraboya de luz, albergando a la manera de un atrio pompeyano la íntima tertulia de la familia numerosa.

De Burdeos —y no hay que olvidar que los bordeleses están presentes en la navegación, la industria y el comercio de Chile— llegaron las personalidades iniciales que van a trazar las líneas urbanísticas del siglo XIX. Hacia 1840 aparece en nuestros medios Jean Herbage, recomendado al parecer por su conterráneo el gran pintor Monvoisin. Hombre dúctil, a su honrada labor profesional de discutible gusto estético, se deben edificios que la pátina del tiempo histórico ha coloreado con el brillo del símbolo. Trabajó en 1843 los planos del Instituto Nacional, centenario albergue de cultura, entre cuyos patios dialogaron las grandes figuras del liberalismo chileno del siglo XIX, y que todavía alza su maciza estructura en la calle de Arturo Prat. A la pericia de Herbage se deben igualmente las obras de construcción de las oficinas públicas a lo largo del país. Desde La Serena hasta Concepción hay todavía en Iglesias y Catedrales recuerdos de este diligente funcionario.

Su compatriota y conterráneo de la Gironda, Pedro Dejean, en cambio, si bien no interviene sino en contadas construcciones, desarrolla una labor de investigación y de discusión estética que promueve la polémica y la acción. Personalidad retraída y excéntrica, gran dibujante, acucioso cartógrafo, Dejean merced a su capacidad técnica logró levantar en sus reales proporciones arqui-

tectónicas y en su inconfundible silueta cargada con el peso de los años, los edificios representativos de la capital. En 1838 publicaba su obra fundamental, *Vistas de los principales edificios de Santiago de Chile*, hermoso y nostálgico libro, una de las joyas de la litografía nacional que evoca para nosotros la herencia arquitectónica de Toesca y sus discípulos neo-clásicos.

Desde los farellones del cerro Santa Lucía, la mirada objetiva del acusino artista, captó una "Vista panorámica de la capital", en su contorno de montañas y verdes prados, con ese típico sabor agrario y campesino que fue perdiendo en aras del progreso, otra pieza maestra de la iconografía nacional.

A mediados de siglo llega al país el profesional francés que iba a transformar la arquitectura santiaguina. Era Claude François Brunet Debaines, de vieja estirpe bretona, miembro de una distinguida familia de artistas, que entre otras grandes obras está asociada a la construcción de los Inválidos de París. Nacido en la ciudad de Vannes, en 1799, recibió esmerada educación al lado de su padre, meritorio arquitecto. En 1824 ingresa a la Escuela de Bellas Artes y frecuenta el taller del insigne Chatillon, pontífice del arte de la restauración borbónica. Alumno distinguido inicia su carrera profesional junto a su hermano Charles Louis, entregado a faenas de importancia. Brunet Debaines alza los muros de la Prisión de Lyon, del Mercado de Brest, y en París construye el Colegio del Abate Priloup, en la calle de Vaugirard. Su cultura, acrecentada por los viajes a Grecia e Italia, países que admiraba por los vestigios del pasado clásico, le permitió una rápida carrera en la administración pública hasta alcanzar el cargo de Director de la Manufactura de Porcelana de Sevres. Recomendado al gobierno de Chile para hacerse cargo de las premiosas necesidades de la construcción, firmóse el acta de contrata el 1.º de mayo de 1848. Después de 112 días de navegación, el *Stabueli*, de la matrícula del puerto del Havre, depositó en Valparaíso al arquitecto y a su familia. La influencia de Brunet Debaines se hizo sentir en dos géneros de actividad artística. En primer lugar sobre la enseñanza, pues a su cuidado y diligencia entregó el insigne Andrés Bello la fundación de la Escuela de Arquitectura que inició sus clases en el Instituto Nacional. El texto didáctico que escribiera el meritorio arquitecto sirvió de libro de cabecera a todos aquellos que soñaban con levantar la mansión de arte en el medio ambiente rústico del Chile de mediados del siglo.

La acción del culto profesional francés fue aún más amplia y fructífera en la práctica de la arquitectura. Quiso dar a la ciudad de Santiago

una fisonomía moderna y, en efecto, la dotó con un conjunto de edificios sólidos, cómodos y elegantes en que se combinan las líneas del estilo clásico con el principio de la adaptación al medio urbano, económico y social en que iba a levantarse. La obra pública de mayor trascendencia que tomó a su cuidado fue la planificación del Teatro Municipal, cuyos proyectos fueron aprobados, después de ardua discusión, por el Cabildo de Santiago, el 11 de enero de 1853. Fiel a su inspiración clasicista y ajustándose al modelo genérico de estos coliseos de arte que florecían en el mundo de las formas musicales como catedrales del belcanto, Brunet Debaines trazó las líneas de un sencillo y elegante teatro cuyo interior tenía la estructura adecuada para albergar, en digno marco, a esa refinada sociedad chilena que venía cultivándose en las artes del canto y de la música. Aunque la obra gruesa del actual teatro es una réplica del primero, destruido por el incendio de 1870, viejas fotografías nos permiten resucitar su acogedor pórtico de entrada, en que se combinan los órdenes clásicos tradicionales que se hacían juego en el equilibrio gracioso de siete arcos.

Además de sus labores de gobierno, Brunet Debaines creó en la arquitectura civil un tipo de residencia al tono de las familias patricias, sin ostentación o recargo en sus líneas, pero con las proporciones de una elegante monumentalidad. El frontis del palacio ("valga la palabra") santiaguino del siglo XIX, se alarga aunque queda centrado en un acceso que sirve de eje principal de distribución. El mármol de las graderías presta el imponente tono del material y concentra la vista que es atraída, al igual, por su mayor elevación. El segundo piso simplifica la composición, repartiendo los motivos en un juego armónico de puertas y ventanas. Un friso de remate cumple la faena de disimular la techumbre de tejas y ayuda a elevar la altura, sin perder las proporciones clásicas de sus dos cuerpos principales.

La concepción tripartita de la casona colonial se amplía en las residencias republicanas y aparecen en la planta nuevas unidades. Los estrados, de raigambre oriental, se reemplazan por salones cubiertos de altos espejos sobredorados; se agregan coquetonas salitas de recibo; escritorios en que lucen los penates de la familia y bibliotecas. Aparecen, al igual, las salas de música para los primeros intentos de ejecuciones de conciertos de cámara. Estas soluciones arquitectónicas de Brunet Debaines, novedosas en el país, correspondían a las habituales de la arquitectura del rey burgués Luis Felipe de Orleans, concebidas para ocultar en el velo de la legitimidad el fastuoso despliegue del fenecido imperio napoleónico. Han desaparecido casi en su totalidad, con el empuje inexorable y

a veces despiadado de los pueblos noveleros e inquietos, las aristocráticas residencias que levantara el talento artístico de Brunet Debaines. La de don Melchor Concha y Toro guardó hasta hace pocos años su imponente pórtico como de palacio público, en la esquina de la calle Huérfanos con San Antonio, para morir agobiado por la insolencia de los avisos comerciales. Poco resta de la fachada original de la mansión del Presidente Manuel Bulnes (hoy Liceo N.º 1 de Niñas), donde su esposa deslumbró a los intelectuales con la chispa de su conversación.

Cambios fundamentales han sufrido también los Pasajes de Mac Clure y de Bulnes en la Plaza de Armas, acogedora sucesión de arcadas, abierta en los altos por una loggia italiana.

Abrumado por el excesivo trabajo, Brunet Debaines se aprestaba a regresar a su patria cuando la muerte traicionera tronchó su vida el 18 de julio de 1855. La familia, sin embargo, no olvidó los fuertes lazos que los ataban a Chile donde reposaban sus restos y en el Centenario de 1910, su nieto, Luis, delicado dibujante, vino a reanudar lazos de amistad.

La herencia artística de Brunet Debaines fue recogida por Luis Ambrose Henault, cuya permanencia en el país a partir de 1857, constituyó un permanente estímulo para las bellas artes en general. Nacido en 1823, hombre apuesto, egresado del taller de Le-Bas y de la Academia de Ingres y de Horace Vernet, por su espíritu de anticuario y admirador del pasado le tocó en suerte a Henault la restauración de algunos castillos en el norte de Francia. Allí trabó amistad con el almirante Blanco Encalada, quien insinuó su nombre como arquitecto oficial del gobierno de Chile. Entre las obras públicas que se entregaron a su inteligente iniciativa hay que destacar los planos del Congreso Nacional y de la Universidad de Chile, obras de trascendente importancia en esa época de afianzamiento democrático y de progreso intelectual. En Valparaíso Henault dio comienzo a la construcción de la Iglesia de los Padres Franceses, pero su perfil original se ha perdido en manos de sus sucesores en la obra, el Padre Without y el arquitecto Fehrmann.

Luciano Henault dio un notable impulso al estudio de la arquitectura en el país y bajo su dirección obtuvieron sus títulos profesionales los primeros egresados de la república: Ricardo Brown, Exequiel Navarrete y Francisco Gandarillas.

El desarrollo de la escultura tuvo en el país estrechas relaciones con la arquitectura y en la génesis de este arte nos encontramos con otra personalidad francesa, Auguste François. Natural de Lorena, discípulo de David D'Anger y

alumno en el taller de Rude, el autor del grupo de La Marsellesa en el Arco de Triunfo, de París. No sabemos con exactitud las causas que motivaron su presencia en Chile, pero venía precedido de cierta fama. En el Salón de París había expuesto en 1848 un busto en yeso "El último de los Macabeos", y al año siguiente se señalaba a la crítica con un Cristo Agonizante. Personalidad bondadosa y atractiva, François entró en relaciones de amistad con el Ministro don Silvestre Ochagavía, mecenas y amigo de las bellas artes, quien, en mayo de 1854, lo llamó para ofrecerle la cátedra y la dirección de una Escuela de Escultura Ornamental y dibujo en relieve para artesanos, plantel que se creía indispensable para estimular la mano de obra especializada en la decoración arquitectónica.

François, excelente profesor y hábil dibujante que no se cansaba en impartir estos conocimientos básicos a sus alumnos, supo descubrir y estimular el genio que dormía en la raza. Descubrió, en primer lugar, en circunstancias novelescas, la personalidad de Nicanor Plaza y luego la de José Miguel Blanco. Al primero lo conoció en una ocasión imprevista. Una tarde que Mr. François transitaba por las recientes arcadas abiertas por Brunet Debaines, quedó impresionado por unas guirnaldas de flores que adornaban con artístico movimiento una de las vitrinas de la Galería Bulnes. Ni corto ni perezoso entró a la tienda y preguntó al dueño el nombre de la persona que había decorado la vitrina. El dueño sonrió presentándole al recadero, al muchacho de los mandados, Nicanor Plaza, quien, en adelante, por influjo de François, pasó a integrar la recién abierta Escuela, en calidad de becario.

En 1863 François llevó consigo a Plaza después que éste hubo terminado su aprendizaje en Chile. Pronto alcanzó fama internacional con sus bustos del *Jugador de Chueca*, *Caupolicán* y más tarde la *Químera*.

En forma también ocasional y fortuita ingresó a la Escuela, José Miguel Blanco, monaguillo del Templo de San Francisco, quien pasó a ser uno de los animadores de la vida artística nacional desde las columnas de la revista "El Taller Ilustrado". El fruto de las lecciones de François, ampliadas por el intenso panorama intelectual de Francia, fueron así los gérmenes que dieron nacimiento a la escuela chilena de escultura, en el siglo XIX.

Cabe en la historia del arte en el país a Auguste François no sólo esta proeza didáctica, sino el hecho de haber sido el autor de la primera estatua, fundida en hornos nacionales, que haya adornado las calles de la capital. En efecto, en 1857 el dinámico historiador Benjamín Vicuña

Mackenna entregaba al moldeador Juan E. Silva el busto tallado por François, del célebre naturalista chileno, el Abate Molina, monumento que se inauguró solemnemente en las fiestas patrias de 1861.

Durante los trece años de su permanencia en Chile la inspiración de François se manifestó de preferencia en la línea cívica, arte destinado a enaltecer la gloria de los Padres de la Patria y de sus hijos ilustres. Los santiaguinos durante largos años se detuvieron a contemplar en el ángulo de la Iglesia de San Francisco el simbólico grupo esculpido por François "La Libertad Dando Impulso al Progreso", el lema consciente o inconsciente de esas generaciones que forjaron la patria libre y contribuyeron a su adelanto material y espiritual. Y también los santiaguinos siguieron devotos en las procesiones la imagen del Apóstol Santiago, patrono de la capital, otra obra de François, quien dejó grabadas, al igual las figuras egregias de Bello y Domeyko, de Cousiño y Urmeneta, de Aldunate y de Simpson.

En 1867 regresó definitivamente a su tierra nativa y fiel a los lazos de la nacionalidad, exhibió en el Salón de 1873, el grupo simbólico de Francia, en esos años de reconstrucción y esfuerzo.

¡Qué valioso es el cuadro de la época romántica chilena que trazaron con el ágil lápiz, el pincel vigoroso y el colorido de una rica paleta, los pintores franceses coetáneos y testigos de las excelencias de este período de ascenso dinámico! Ellos nos han dejado la indeleble galería social de las primeras generaciones republicanas, la crónica animada de las costumbres, envuelta en ese toque nostálgico que presta auténtica poesía a los hombres y a las cosas que nos rodearon.

En la cúspide de esta pléyade de artistas viajeros se destaca la figura de Raimundo Monvoisin, el gran pintor que muriera olvidado por los suyos por tanto amar a la América Latina, de la que se había enamorado.

Hace algunos años penetramos con paso silencioso a la mansión del artista en Boulogne Sur-seine, en las afueras de París. Nos guiaba con simpatía y respeto su sobrina-nieta, Mlle. Suzanne Godfroy-Monvoisin. Parecía que el tiempo se había detenido en la residencia solariega, en cuya galería interior lucían dos luminosos paisajes de la Hacienda de Los Molles, en Quilpué, hogar campesino del maestro. Bebimos allí el mate familiar, homenaje pretérito a este hombre americano que venía a rentir tributo al noble antepasado, y entre los muros henchidos de reminiscencias: la manta, el libro de caja y el misterioso recetario de yerbas chilenas de su pasión herbolaria, fuimos evocando las etapas de la vida romántica de este pintor neo-clásico. ¿Quién es Monvoisin?, se preguntaron los vecinos que si-

guieron el cortejo de su triste sepelio. Pocos conocían a este bordelés nacido bajo la protección de San Andrés, el que fuera más tarde decorador de las iglesias de sus ricos aledaños, retratista de Luis XVIII, y que una tarde partiera lleno de vacilaciones y de bríos a conquistar la capital francesa. Discípulo de Pierre Lacour, manejaba con soltura el pincel en la amanerada forma de los preciosistas cortesanos de los luises, de la al parecer remota era pre-revolucionaria. En París, bajo la rígida férula de Guérin, adhérente al neo-clasicismo impuesto por David, tuvo buen éxito en su carrera. A su talento se entregaron los retratos de los mariscales de Francia que adornan la Galería de Versailles, la Vigen de la Iglesia de Nuestra Señora de Loreto, y en 1826 fue agraciado con el galardón del viaje a Roma para continuar sus estudios en la Escuela Francesa, que corona la colina del Pincio. En Italia bebió en las fuentes del arte que afirmaron sus tendencias clasicistas, pero allí también su corazón ardió en un amor desgraciado que lo había de acompañar con su herida abierta toda su existencia. A la vuelta a París los salones anuales premiaron sucesivamente sus variadas producciones, esas enormes telas historicistas, *Rosamunda*, *Blanca de Beaulieu*, *El Nueve de Termidor*, *la Caída de los Girondinos*, la hermosa *Vasilique* y *el Sultán*, algunas de las cuales aún adornan los muros del palacio Cousiño. Pero el temperamento apasionado de Monvoisin no se avenía con las sollicitaciones burocráticas ni las urbanidades de estilo y una tarde, rompiendo compromisos arremetió contra las autoridades, para ir a refugiar su dolor y su despecho varonil en esas lejanas tierras de Chile, de que le habían hablado, en Roma y en París, sus amigos y alumnos chilenos. Una nueva etapa se abrió para el artista al embarcarse en El Havre, rumbo a la América Latina. Tres meses en el Río de la Plata son para Monvoisin un deslumbramiento. La pasiva resistencia que había demostrado hacia los principios teóricos del romanticismo, encarnados en la egregia figura de su compañero Eugenio Delacroix, cede ante la perspectiva ilimitada de la pampa que le ofrece un paisaje inédito que lo subyuga; el fermento interior de este espíritu vibrante aparece en la superficie, y sus telas pintadas en Buenos Aires: *Gaucha Federal*, *Soldado en reposo*, etc., se impregnan de una luminosidad y de un contenido estético que rompe las barreras del neo-clasicismo.

La estadía de Monvoisin en Chile fue trascendente, completa el ciclo de sus venturosos meses de Brasil, donde pinta el retrato del Emperador, con su manto amarillo de plumas de tucán; descansa de sus rápidos pero intensos contactos limeños que dejan la huella de muchas obras maestras y notables discípulos. Pero quiere avecindarse en Chile, donde reside 10 años, compartidos entre la

capital y Valparaíso y sus iniciativas bucólicas de la Hacienda Los Molles que administra su sobrino Gastón.

Está aún por hacerse, y lo hemos intentado, el catálogo de las múltiples obras que pintara Monvoisin. Es desigual, disparejo, como su temperamento que a ratos alcanza maestría y a veces se rebaja a las exigencias bastardas del encargo forzoso. ¡Qué chileno no se siente impresionado al contemplar la sólida estampa del Presidente Bulnes, irradiando la energía de carácter que se refleja en su honrada administración! ¡Quién no ha sentido la nobleza del rostro suave y sereno de ese maestro de América, Andrés Bello, primer Rector de la Universidad de Chile! Hay distinción en el retrato del almirante Blanco Encalada; ternura en el del general Maroto con su hijo en brazos; elegancia en el coronel Tocornal.

Monvoisin supo captar la realidad objetiva de esa época en que la sociedad de Chile se organizó en una verticalidad de equilibrio estable que reposaba tal vez en demasía sobre la base de un pueblo apegado a la gleba o a la faena minera. Graduó hábilmente los tonos fríos en que el dibujo resalta bajo la calculada factura. Supo captar la psicología de las familias patricias, la belleza o la fealdad aristocrática de la matrona republicana, opulenta en sus formas hispánicas, fuerte en su ininterrumpida maternidad.

Vivió en un medio favorable. Lo acogió cariñosamente la juventud intelectual de esa época: Vicuña Mackenna, quien más tarde escribiría su conmovedora y justiciera necrología; Barros Arana, que era también experto en arte; Miguel Luis Amunátegui, que le insinuara temas históricos.

Con justicia en el panorama del siglo la luz fuerte de la investigación ha lanzado sus rayos sobre Monvoisin que se destaca como personalidad descollante del cuadro, pero en la penumbra van cobrando forma aquellas figuras menores a las que cupo igualmente una honorable tarea en el proceso artístico en desarrollo.

Interesantes son las telas de Carlos Roger, pintor francés que llega a Chile en los primeros decenios. Auguste Babeuf nos ha dejado una proforma de ese admirable cuadro del uruguayo Blanes, "Los últimos momentos de los Carrera"; Teodoro Blondeau, además de su influjo en la Cátedra de pintura de la Escuela Naval, fue hábil en la decoración de interiores de las residencias de la época.

Precursora en el campo del retrato artístico es la tarea desarrollada por Amadeo Gras. Nacido en Amiens, a principios de 1805, en el seno de una familia musical, lírica y artística, el ambiente lo llevó a estudiar el violoncello, instrumento que le dio un aphil en la Orquesta de la Opera de París. Luego aprende pintura en el taller de Luis Carlos Couder, epígono de la tradición del gran

David. Viajero en Londres, donde alcanza sus mejores éxitos, Gras viene en 1836 a Buenos Aires, iniciando de inmediato su doble vida de músico y retratista. Era la época en que todavía el daguerrotipo no hacía su entrada triunfal en el campo de la reproducción mecánica de las formas, y gracias a ello se podía recorrer el mundo pintando a las grandes familias lugareñas. En esta edad temprana para el arte argentino, forma grandes discípulos, entre otros el del seño Carlos Pellegrini. Sus fuerzas juveniles lo llevan al camino, a ese rodar tierras característico de la juventud romántica para quienes el mundo es estrecho. A través de las provincias argentinas y el altiplano llega a Chile en 1839 con la aureola obtenida en esos países. Ofrece recitales de violoncello que aplauden los críticos y su pincel fija, con gracia, fidelidad, soltura y adecuada técnica, los rasgos de las más granadas familias de Santiago, Valparaíso, La Serena, Coquimbo y Copiapó.

Dejemos por un momento a los retratistas. El siglo XIX fue una época, diría Friedlander, en que la pintura estuvo encerrada dentro de una rígida jerarquía de géneros. En el pináculo, la pintura histórica a lo David y la alegoría religiosa tradicional; más abajo en la escala, el retrato y el cuadro de género y en los últimos peldaños, la naturaleza muerta y el paisaje.

La pintura histórica tentó, como era de suponer, a los artistas franceses que vinieron a Chile. Raimundo Monvoisin en dos ocasiones quiso simbolizar en Caupolicán y en su mujer Fresia, una de las facetas de esa raza indomable que es también la nuestra. Fijó en otra ocasión la impotencia de la "Abdicación de O'Higgins", cuadro que nos es conocido únicamente por una litografía desvaída. Ajeno a su temperamento, estos cuadros se resienten de cierto convencionalismo escenográfico. En cambio, Monvoisin sintió la actualidad del hecho, y empezó a pintar las escenas melodramáticas de la vida de la hermosa Elisa Bravo, cautiva de los indios, después del ya olvidado episodio del naufragio de la barca *La Joven Daniel*.

El cuadro de costumbres, en cambio, estuvo en primera línea y no cabe duda que esto se debe al influjo del gran pintor bávaro Juan Mauricio Rugendas. El género era entonces más fácil en su materialidad. El campo no había que buscarlo en excursiones o paseos, ¡no había que ir al campo! estaba allí en el corazón de la ciudad, que todavía no cortaba sus lazos con la periferia agraria. El campo penetraba en las calles al compás de la rechinante carreta, en el galope de los huasos y se desparramaba en lo urbano en el pregón campesino de los vendedores ambulantes que abrían el cuerno de la abundancia de las opulentas árgenas de sus cabalgaduras.

Los pintores franceses cultivaron este géne-

ro en boga. El romanticismo comenzaba a enaltecer intelectualmente lo nativo, lo vernáculo, y en los salones aristocráticos la zamacueca desplazaba las rígidas formas de las contradanzas tradicionales. El Presidente Bulnes había dado ejemplo bailando una vertiginosa sajuriana al penetrar victorioso a la capital entre los sonos marciales del himno de Yungay que cantaba a todo pulmón el pueblo, alborozado.

Bosquejos originales de tipos y costumbres dejaron en sus álbumes los dibujantes de las expediciones científicas que cruzaban con frecuencia el Pacífico, océano que comenzaba a poblarse en sus antípodas y en las infinitas y paradisíacas islas de los mares del sur. Eran dibujos a la manera etnográfica, perfiles sacados con ayuda de la cámara oscura, que subrayaban el exotismo de las razas y pueblos. Ernest Le Goupil, a bordo de *La Bonite*, fue hábil para captar en breves rasgos, casi taquigráficos la poesía de estas costumbres vernáculos. Edmond de La Touanne, es autor de poéticas miniaturas de fiestas nacionales, con que se embellecían las páginas literarias de los libros de viaje.

Rápido fue también el paso de Jean Leon Palliere por nuestras tierras. Los Palliere, distinguida gente bordalesa, tenían ya raigambre americano. Leon, nacido en Río de Janeiro en 1823, educado en París, ingresó al Taller de Eduardo Picot, donde hace sus primeras armas en el dibujo y la pintura. En 1848, año de gloria en los movidos anales de la aventura internacional, aparece el joven Palliere en la capital fluminense, acogido al mecenazgo generoso del ilustrado Emperador, quien lo beca con el fin de permitir la prosecución de sus estudios en Europa. Viaja después incansablemente para regresar a la América Latina en 1853. Su mansión es ahora Buenos Aires, pero la inquietud y los lazos familiares lo empujan hacia Chile, que visita en 1853, tras una epopeya cordillerana inenarrable. Es contertulio en los cenáculos de la capital y concurre diariamente al mercado en busca de los tipos nacionales. Reposo más tarde en San Francisco de Limache, en la quinta de sus queridos tíos, los Geiger, que lo acogen con los brazos abiertos. Una de sus telas más logradas es, sin duda, el retrato familiar que conservan los descendientes chilenos de dicha familia. En el atropellado desfile de sensaciones que golpean su imaginación, Palliere anota con humor y gracia risueñas, anécdotas de viajes y en el cuaderno de apuntes quedan grabadas al igual, deliciosas visiones de los rincones pintorescos del país, siendo la más difundida aquella estampa de "La Quebrada de Valparaíso"; popularizada por la litografía, que muestra una de las facetas más típicas de nuestro hermoso primer puerto, a mediados del pasado siglo. La acuarela, intitulada

"El Limosnero", tomada en otro rincón urbano del mismo puerto, anticipa la pintura costumbrista que haría famoso a Manuel Antonio Caro, en Chile.

Los artistas franceses por excelencia de este período son Auguste Borget y Ernest Charton de Treville.

André Auguste Borget era un rostro casi desconocido en nuestra patria; ahora nos es familiar gracias al álbum de perfecta tipografía que con el título *En las Pampas y los Andes* ha publicado la Editorial Emecé, en Buenos Aires. Contiene la admirable colección de sus dibujos de propiedad del distinguido erudito Armando Braun Menéndez, los que pronto por generosidad del propietario integrarán el acervo artístico nacional.

Hay que trasladarse a Issodun, en las páginas de biógrafo un David James, para conocer la atmósfera provinciana en que transcurrió la infancia de este viajero. Había nacido en 1808; en un hogar de la alta burguesía, arraigada desde siglos a las tierras de Berry. En el colegio un maestro concienzudo, Boirchard, depositario de la elegante tradición de Regnault, puso en sus manos infantiles el lápiz que corría vertiginoso en sus dedos predestinados a captar las formas. En los cuadernos cuadrículados y los folios bancarios de su aprendizaje y práctica comercial, iba aflorando, en rápidos esbozos, su alma de verdadero artista.

En París refinó su manera académica en compañía del afamado marinista, Barón Jean Antoine Gudin, a cuyos principios estéticos permanecería fiel al envolver en suave niebla sus paisajes y marinas. París le dio una amistad que contribuiría poderosamente a su desarrollo espiritual, Honoré de Balzac y alrededor de este astro rutillante, Borget fue un satélite en permanente órbita. En la correspondencia de Zulma Carraud, su comprovinciana, la más noble y desinteresada de las inspiradoras del incansable novelista de la "Comedia Humana", siempre hay referencias al "gran Borget", al "buen Borget", cuya transparencia de alma impresionaba al tumultuoso genio.

El universo, sin embargo, parecía hacerle señas, y el recorrido de Italia y Suiza que había realizado le parecía insuficiente, tal vez preparatorio para esa gigantesca jornada de cuatro años en que ciñera el mundo con el abrazo de su nunca saciada inquietud. En vano Honoré de Balzac quiso demostrarle que le basta al artista un escritorio, un lápiz o una pluma para crear un mundo inédito. Todo es inútil. El puerto de Havre es la primera posta de su apasionante gira: Estados Unidos, Brasil y Argentina las etapas siguientes; la pampa su primer deslumbramiento paisajista; la Cordillera de los Andes la primera gran barrera a sus impulsos. Borget llegó a querer a nuestro país en esos seis meses y medio de activa

permanencia, y al dejarnos hizo declaraciones optimistas sobre el futuro que le esperaba en el concierto de las naciones americanas. Su vida fue intensa; frecuentó los hogares refinados de aquellos que forman por sus pensamientos el llamado movimiento de 1842. Fue habitué a la tertulia de esa extraordinaria dama, Isidora Zegers de Hunneus, en cuyo álbum estampara las pruebas de su afecto y de su talento. En una de esas horas de esparcimiento conoció a Juan Mauricio Rugendas y a su compatriota Krause. Juntos recorren el Valle Central y los contrafuertes cordilleranos, en busca de esa luz huidiza que cubre la naturaleza y los seres en un manto poético. Borget rindió testimonio de afecto al célebre dibujante bávaro, y muchas de las obras maestras que Rugendas había creado en Chile fueron aprovechadas por Borget con el objetivo de llevarla al grabado y a la litografía. A veces las iniciales de ambos artistas figuran en la misma lámina.

Voluminosa es la producción literaria de Borget inventariada por su biógrafo David James, y está contenido en los diarios de viaje de su existencia errante: escribió sobre los Estados Unidos, sobre la China, y en unos *Fragments* encontramos un comentario sobre Chile, que demuestra el cariño con que observaba nuestro progreso. Borget era un realista que sufría al contemplar el terrible atraso de la sufriente humanidad, pero un optimista que miraba hacia adelante augurando mejores días a la raza humana.

Fino dibujante, de tonos frescos y puros, como escribe Baudelaire, en leves trazos caracterizó el paisaje de la zona central de Chile, en sus suaves ondulaciones, quebradas de vez en cuando por la verticalidad de algunos árboles agazapados que suben jadeantes sin alcanzar la cima inaccesible de la majestuosa cordillera. Borget amó también lo cotidiano, supo extraer la poesía de esos ranchos abiertos en el camino a la confraternidad del viajante, y su lápiz adquiere la precisión etnográfica de documento al describir las formas y el atuendo de los "apires del norte" con sus curiosos trajes de lejana raíz oriental. Hermosos son sus perfiles de la costa de Coquimbo y de Huasco y junto al mar dibujó las tolderías de los desaparecidos changos con sus barcas de totora y de cuero de lobo. Puede decirse que estas láminas forman una de las más auténticas iconografías del Chile minero de esa época.

Mucho queda por decir todavía sobre la peregrina existencia de Ernesto Charton de Treville, unido por lazos de arte y entroncamiento de sangre a la historia artística y a la vida social de Chile. Noble en su progenie, en cuyo árbol genealógico figuraron ministros, políticos, intelectuales y artistas, Charton vino al mundo el año de 1810 (otros dicen 1818), en la ciudad de

Lyon. Estudió en París con Greuze en los años en que la invención del daguerrotipo —pronto fotografía— principiaba a dar actualidad al apetecido reportaje gráfico. Su hermano Eduardo, animador de ese delicioso *Magazine Pittoresque*, en que el mundo parecía comprimirse en sabrosas píldoras gracias al talento de sus hábiles cronistas viajeros, le señaló su destino, al enviarlo como corresponsal a Sudamérica. Estaba aburrido de interminables copias en los museos y de algunos retratos de encargo. Llegó a Chile en 1846, en gira mitad artística, mitad informativa. En Valparaíso instaló su hogar, compartiéndolo en la calle del Cabo, entre su taller y el almacén de artículos fotográficos que regentaba su encantadora esposa Isabel. Dos años de buena clientela en el retrato le permitieron ahorrar dinero, el que ardía en sus bolsillos. La tentación vino de parte de su compatriota M. Lavigne, quien le apuntó con su dedo la fabulosa geografía de California donde había surgido un manantial aurífero, al parecer inextinguible. El 25 de abril de 1848, zarparon los argonautas franceses en pos del vellocino de oro a bordo de la barca *Rosa*, viejo pontón maulino re-flotado como muchos otros por la voluntad de estos pioneros. Meses más tarde comenzaba la verdadera aventura, y la nave presa por los piratas en la Isla de los Galápagos torcía el rumbo del destino de Charton. Liberado después de muchas peripecias pasó a Guayaquil y poco después a Quito, donde abrió una concurrenda Academia de Pintura. Ocho años permaneció lejos de Chile para regresar con el valioso contingente de una colección de típicos cuadros a su querida tierra porteña. Exhibía a las cortas semanas el admirable retrato de la señora Southern de Waddington con el fondo del panorama de la bahía, que un crítico comentó como digno de figurar en cualquier museo del mundo.

En la exposición de 1858, abierta por el empeño de Alejandro Cicarelli, Director de la Academia de Bellas Artes, en beneficio de la Sociedad de Instrucción Primaria, Charton por su envío dio la medida de su gran talento. "Después de Rugendas, escribió Vicuña Mackenna, no se ha tenido en Chile un intérprete de nuestra naturaleza tan feliz como Charton". El conjunto que comprendía los cuadros de Ecuador y del Perú realizados en el viaje y su reciente producción chilena, revelaba notables cualidades de percepción y un poder asimilativo de gran fuerza.

"La vista de Valparaíso", ahora en la Colección de Lord Forbes, en Londres, era hermosísima y en ella la carreta, una verdadera obra maestra por la fidelidad del trazo y la naturalidad con que descendía la curva del camino.

"El 18 de Septiembre", tela que pronto será el orgullo del Museo de Maipú, organizado por Ra-

món Eyzaguirre, marca lo más elaborado de su numerosa producción pictórica. En ella Charton quiso resumir a la manera de un fresco vernáculo las esencias de la nacionalidad. Al fondo, en una artificiosa perspectiva, la cordillera encuadra el animado movimiento. Las milicias ocupan un segundo plano. Las figuras se parten en grupos significativos, subrayados por algunos letreros alusivos: "Aquí está Silva, enseña de la chingana criolla"; "la orchata con malicia", etc. Al centro se ve la entrada triunfal del Presidente acompañado por la guardia; está rodeado de miles de figuras en tono miniaturesco, que indican su aspiración de futuro grabado. Se baila en un lado la popular zamacueca al son del arpa y la guitarra, contrapesado en el otro extremo por un "cuando" aristocrático de otro grupo social. La atmósfera respira realidad y tanto las clases sociales, como los oficios, están representados con prolijidad y cuidado.

Charton fue un maestro de este arte anecdótico y evocativo, y gracias a su talento podemos remontarnos fácilmente a esos tiempos idos: pasear por el demolido Tajamar del Mapocho; deambular por la antigua Cañada que sombreaban enhiestos álamos; trepar por las empinadas callejuelas del puerto y asistir a las faenas pujantes de los mineros envueltos en sus ropajes multicolores.

El artista vivió intensamente, quemando a veces su talento en la polémica y en la discusión. Con violencia de cruzado increpa la enseñanza académica y desafía a artistas y profesores para demostrar en competencia pública las bondades didácticas de sus respectivas escuelas de Dibujo.

Volvió a su tierra para recuperar las energías gastadas en estas agotadoras jornadas. Regresó a la América instalándose en Buenos Aires, donde regentó la Cátedra de Pintura del Colegio Nacional. Se aprestaba a regresar a Chile, su segunda patria, donde su nombre se prolongaba por lazos familiares, cuando murió por mano de una mujer más apasionada que él.

No quisiéramos terminar esta charla de homenaje al aporte de Francia al desarrollo artístico del país, sin hacer referencias a dos personalidades, quienes, además de su condición creadora, agregaron actividades prácticas en la difusión de la cultura. Hablaremos, en primer lugar, de Juan Bautista Lebas, el litógrafo inicial que tuvo Chile. Natural de Bayona, nacido en 1813, muy joven llegó a nuestro país con el afán de hacer fortuna en el ramo de comercio, pero el artista que tenía doblado a su individualidad superficial, se impuso sobre el espíritu de economista y en 1837 lo vemos dar comienzo a su carrera artística. Calígrafo experto y hábil dibujante, debutó como caricaturista, auxiliando con sus incisivos cartones, la campaña bélica de Portales. A la muerte de su

protector, el célebre ministro, se exiló a la Argentina, enredándose en las luchas intestinas en contra de la dictadura de Rosas, actitud que le valió el salvaje saqueo de su tienda en Tucumán. En 1846 estaba de nuevo entre nosotros. En la enseñanza aportó unos preciosos apuntes a fin que nuestros antepasados aprendieran sin esfuerzo la letra inglesa, entonces de moda en los círculos sociales. Abrió Lebas su señero plantel de litografía en Valparaíso, de donde salieron las más valiosas ediciones de esa época. Recordamos, entre otras, *La Enciclopedia de la Infancia*, cuadernos de síntesis, ideados y dibujados por el pedagogo español Enrique de Santa Olalla. Sin duda alguna, la obra maestra de Lebas fue la edición en piedra litográfica del famoso "Album de Costumbres", de Juan Mauricio Rugendas, con sus clásicos tipos de antaño: el lechero, el futre, el aguador, el lacho, etc. En la colección del Ministro de Relaciones, señor Germán Vergara Donoso, figura un dibujo original en que contemplamos al célebre artista bávaro trabajando junto al meritorio litógrafo francés en la composición de esas láminas que arrebatan los viajeros de esa época romántica, que amó lo espontáneo, lo bravo, lo inédito.

Más enraizado aún en nuestra historia intelectual está el pintor, grabador y litógrafo Narcise Edmond Joseph Desmadryl. Natural de la ciudad de Lille; nació el 25 de noviembre de 1801. Tras una sólida preparación científica entró a formar parte del taller que regentaba Lethiere, el simpático artista oriundo de la Isla de Guadalupe. Estas lecciones, empezadas en 1829 le inculcaron las técnicas del oficio y el refinamiento estético. Desmadryl expuso con regularidad en los salones de París entre 1831 y 1842, obteniendo buena crítica por sus envíos: retratos, dibujos y acuarelas.

Al mismo tiempo sus trabajos de "gravar a la maniere noire" permitió la circulación en primorosas reproducciones de los cuadros famosos de esta generación romántica que luchaba por imponer sus cánones artísticos revolucionarios. La popularidad obtenida por Desmadryl en esta tarea reproductir las telas de Delacroix, Vernet, Monvoisin, etc., y la perfección de sus dibujos, atrajeron la atención de las autoridades que contrataron sus servicios. Entró a la planta del Ministerio de Guerra como dibujante y topógrafo y a su diligencia se deben trabajos de gran delicadeza como el *Atlas*, que acompaña el Tratado de las Operaciones Secundarias de Guerra y la Carta Geográfica de Cádiz y sus alrededores, que sirviera a las fuerzas francesas en la campaña conocida con el nombre de la Expedición de los hijos de San Luis que todavía se recuerda en el porche del Palacio del Trocadero.

La labor desempeñada por Desmadryl en Chile fue múltiple, eficiente y de alta calidad artística. En el aspecto técnico dibujó los planos del primer ferrocarril nacional que uniría más tarde el puerto de Caldera a Copiapó; a su fina caligrafía se deben las plantillas de los bonos hipotecarios y la primera emisión de billetes de banco. Su taller en que lucían los dibujos traídos de Francia fue el punto de reunión de la colonia francesa y de los artistas nacionales; la ancha sonrisa del simpático Desmadryl que comentan los viajeros, acogió a los visitantes que no se cansaban de alabar sus producciones. Como retratista le debemos una obra, a nuestro parecer, de relevantes méritos, la estampa del Arzobispo Valdivieso que adorna los nuevos claustros del viejo monasterio del Carmen.

El nombre de Desmadryl está unido en Chile y en la Argentina, donde se avecindara formando familia criolla, a la publicación de esos álbumes monumentales *Hombres Célebres de Chile*, colección de biografías, ilustradas con retratos en

grabado, que subrayan las páginas más gloriosas del desarrollo histórico de nuestro país.

El pasado —se ha dicho y se ha repetido sin agotar el sentido filosófico de la frase— tiene su existencia objetiva en el presente. Estamos celebrando el sesquicentenario nacional con tristeza por el ciego desastre geológico y telúrico que nos aflige, pero con la resuelta decisión de esperanza, de que los esfuerzos históricos superen a las fuerzas destructivas de la naturaleza. La historia es realidad y sueño, y a ese soñar despierto que es a veces el arte, quedan unidos los artistas franceses, cuyo hilo dorado está presente en el cañamazo de nuestra evolución artística. Los estímulos de la cultura de Francia provocaron una reacción espontánea en la sensibilidad ambiente, y por eso, ahora que estamos celebrando la mayoría de edad de nuestro pueblo, damos gracias a todos aquellos que, con sus métodos y enseñanzas, nos ayudaron a descubrir la veta original que yacía en la entraña misma de nuestra nacionalidad histórica.

VÍCTOR PESCIO

Profesor y Director de la Escuela de Derecho de Valparaíso. Universidad de Chile.

Discurso Académico en la Escuela de Derecho de Valparaíso con motivo de celebrarse el Cincuentenario del establecimiento

Leído en Sesión Solemne del 21 de septiembre de 1961

En este discurso con el que no pretendo corregir el mundo, no me voy a detener por mucho tiempo en el relato de los hechos y circunstancias que determinaron, hace 50 años, la fundación de la que hoy es la *Escuela de Derecho de Valparaíso*. El análisis de esa etapa de nuestra vida institucional corresponde a los historiadores; y el curioso puede ilustrarse y reavivar memorias que, poco a poco, van sepultándose y esfumándose en las sombras del pasado, leyendo el opúsculo publicado recientemente por el Profesor Oscar Guzmán Escobar y en la Memoria de Licenciatura de don Ladislao Maluenda.

Por otra parte, corro el riesgo de incurrir en indiscreciones y el que, en oportunidades como esta, vuelve el rostro hacia el pasado, corre el no menos peligroso de convertirse en estatua de sal.

No obstante, no puedo menos —en esta solemne ocasión— que expresar el culto emocionado

del recuerdo de aquella época que produjo el romántico acontecimiento y que culminó en el Decreto Supremo firmado por S. E. el Presidente de la República D. Ramón Barros Luco y por su Ministro de Instrucción Pública D. Aníbal Letelier, decreto que lleva fecha 18 de mayo de 1911, siendo a la sazón Rector de la Universidad D. Domingo Amunátegui Solar y Decano de nuestra Honorable Facultad D. Miguel Antonio Varas Herrera.

Fue, ciertamente, el resultado de una lucha que hizo vibrar de entusiasmo a los jóvenes de aquellos tiempos, que puso en tensión los nervios y apasionó los espíritus. Los ingredientes de esa explosión creadora, fueron antagonismos que algunos estiman ya totalmente superados y olvidados y, otros, en estado latente, adormecidos, pero prontos a despertar en el momento más inesperado.

Aun viven algunos protagonistas de aquella época que nos parece ya tan lejana, porque medio siglo nos separa de ella. Son hombres, en aquel entonces pleróticos de energía, fervorosos y resueltos, pero en quienes los años han aplacado los ímpetus y siendo actualmente ilustres varones que han desempeñado en nuestra ciudad cargos relevantes, en cuya actuación han conquistado nuestro respeto. Hoy, día de júbilo para nosotros; nos acompañan en nuestro regocijo y yo, en nombre de mis colegas y discípulos, les rindo el tributo de nuestro emocionado afecto. Son ellos D. Serafín Guerra, D. Norberto Guevara y D. Antonio Tavolari López, aquí presentes los dos primeros, en sitial de honor, reviviendo los instantes en que llegaron al nuevo hogar, a la casa de estudios recién abierta como consecuencia de su rebeldía y como sus primeros discípulos, en busca de luz, de más luz para sus espíritus libertarios, que comenzaron a construir dentro de sí mismos el templo inviolable de sus propias personalidades.

El entonces "Curso Fiscal de Leyes de Valparaíso", transformado ahora en la Escuela de Derecho de Valparaíso, ha llegado a la edad mayor; constituye, en el día, una de las instituciones culturales más respetables, en la que tienen puesta la mirada orgullosa los porteños; lo que si, de una parte, es altamente honroso y halagador, constituye, por otra parte, una tremenda responsabilidad que gravita sobre los hombros de los ilustres varones que integran su Cuerpo Docente y, además, y esto debo recalcarlo con énfasis, sobre las juventudes que acuden a sus aulas luminosas.

Puedo afirmar, con orgullosa satisfacción, que desde aquellos largos años, todos se han esforzado en cumplir con su deber, y en esta hora solemne nos corresponde mirar confiados hacia el porvenir no sin antes tratar de delinear las tareas que debemos emprender.

El futuro es insondable; sólo podemos saber que nos encontramos al borde de lo que puede ser un abismo, en las proximidades de una eclosión y que para muchos puede ser una nueva aurora y que mudará las concepciones más arraigadas, las nociones más simples y elementales al influjo de aquellas seis dimensiones que el ilustre pensador Manuel Seoane ha bosquejado con deslumbrante claridad en un reciente libro que recomiendo a la lectura de los curiosos: la revolución militar, la equivocación de Marx y Engels, la democratización de la propiedad, la emancipación del Africa, el resurgimiento de la India neutralista, el Celeste Imperio transformado en República amenazante, la reconciliación de los pueblos europeos, que se están transformando en el Tercer Grande y que abre la era de los Pueblos-Continentes, la América Latina, que empieza a jugar su papel histórico y, sobre todo, la revolución que se ha operado en

los campos de la ciencia que ya ha penetrado en el arcano que ocultaba la constitución de la materia y realiza el sueño de los alquimistas medievales, están indicando que algo decisivo ocurre en las capas profundas de la historia contemporánea: "acontecimientos inusitados, cintarazos de luz alumbran fugazmente el fondo revelando la presencia y el alcance inexorable de la compleja revolución mundial, que trueca valores conocidos y modifica la estructura y relaciones de la sociedad humana".

Esta es la perspectiva más o menos inmediata y nos preguntamos ¿cuál debe ser la actitud o función de una Escuela de Derecho ante un panorama que a muchos llena de angustia y que a otros se ofrece como una liberación?

¿Qué parte nos corresponde a los maestros de esta Facultad? ¿Cuál es la misión que deben desempeñar los juristas y los abogados ante el advenimiento de ese nuevo modo de vivir en una sociedad encuadrada en nuevos moldes?

Y ¿cuál ha de ser la actitud de la auténtica juventud universitaria que frecuenta nuestras aulas frente a esas mismas perspectivas?

Se supone que las Escuelas de Derecho tienen por objeto principal la formación de juristas y abogados, esto es, de hombres que saben las leyes, las interpretan y las aplican; hombres expertos en la Ciencia del Derecho, definido hace siglos por Justiniano como *Divinarum atque humanarum rerum notitis, justi injustique scientia*: el conocimiento de las cosas divinas y humanas, la ciencia de lo justo y de lo injusto. De modo que la jurisprudencia no consiste solamente en el conocimiento de las leyes, usos y costumbres, sino que exige también una noticia general de las cosas a que pueden aplicarse las reglas o normas de la justicia (Escriche).

No trabajamos para alcanzar ese conocimiento con microscopio, ni probetas ni matraces. Nuestro laboratorio es la sociedad toda; no barajamos fórmulas preestablecidas. Nuestra principal herramienta o instrumento de labor es el pensamiento reflexivo, la imaginación equilibrada. Nuestro campo de acción son las almas, con todas sus pasiones y el fenómeno jurídico es casi siempre, como decía Angel Osorio y Gallardo, uno en su substancia y constituye, las más de las veces, un caso de conciencia.

Ni la casualidad ni la intuición han tenido mucho que ver en nuestros asuntos. Todo debe ser obra de la acción reflexiva, del frío razonamiento, de la meditación. En suma, un jurista debe ser un hombre de mente esclarecida.

Y en cuanto a los abogados mismos, tan vilipendiados, deben ser hombres de bien y expertos en el arte de hablar; *Vir Bonus, Dicendi Peritus*.

Los estudios que se hacen, pues, en las Escuelas de Derecho, por la fuerza de las cosas, no pueden ser sino medios de adaptación intelectual y que, sin embargo, han sido objeto de las críticas más acerbas y crueles, en términos tales que no se sienten satisfechos ni todos los maestros ni todos los discípulos.

El método exegético que se emplea en ellas ha hecho decir que en nuestras aulas se practica el juego severo de las argumentaciones jurídicas y que no inventamos ni descubrimos nada. Tales fueron las palabras de Paleologue en 1928 y, en el siglo pasado, Balzac había escrito despectivamente que las Escuelas de Derecho eran desván de parlanchines.

Algunos quisieran que en nuestras escuelas se impartiera una enseñanza completamente distinta, que dicen sería más realista, más dinámica y mucho menos teorizante. Propugnan la adopción del método de las Universidades norteamericanas que han visitado y sostienen que deberíamos modificar nuestro sistema, dedicándonos al estudio prolijo de los "casos" . . . Los que así opinan, parten de un error conceptual: en los países anglosajones de derecho consuetudinario, la enseñanza tiene que recurrir, para formar el criterio jurídico de los estudiantes, al análisis y estudio del "Case-Law"; a través de ese examen se forja la norma jurídica y la doctrina. Pero, entre nosotros, ese método sería inadecuado puesto que somos un país de Derecho Escrito, en que la norma jurídica está preestablecida, enunciada de antemano en la ley o en su conjunto ordenado y metódico que son los Códigos. Ello representa, a mi juicio, una ventaja evidente y un progreso. Mutatis mutandis, esos pueblos anglo-sajones están en una etapa anterior a Justiniano y preferimos nuestro sistema por mucho que se nos diga que en nuestras escuelas se practica el fetichismo de la ley escrita y codificada.

Pero, este tema linda con los métodos de interpretación de la norma jurídica en la ya vieja pero siempre apasionante querrela entre el método dogmático y el de la evolución histórica, y con la solución transaccional dada por François Gény, la de la libre investigación científica.

No dejaré de decir, a título de curiosidad, que ya algunos (unos pocos por cierto) han empezado a soñar en la cibernética y sus consiguientes "robots" o máquinas pensantes. ¿A qué fastidiarse estudiando tantas leyes cuando los problemas jurídicos que se nos presentarán se podrán resolver de un modo mecánico? El demandante oprimirá una tecla; el demandado otra tecla; se dará vueltas a una manivela y zas que el "robot" fabricará la sentencia perfecta, exenta de errores y de demoras.

Pero, huyamos de esta clase de ambiciones en

que se refugia la pereza y la frivolidad y examinemos lo que algunos espíritus eminentes querrían de nuestras Escuelas de Derecho y, en general, de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales.

Resumida la exigencia, puede decirse que reclaman la urgente necesidad de que intervengamos en la formación de leyes correctas y que preparemos el camino para que pueda desenvolverse la sociedad humana cuando sobrevengan los acontecimientos que hemos resumido al comienzo de este discurso.

Observan que los proyectos de ley que se presentan a la consideración del H. Congreso carecen de la preparación técnica adecuada; que existe poca posibilidad de discutirlos con la madurez y la serenidad necesarias y que se carece de la agilidad conveniente en su aprobación; de suerte que, a veces, se dictan leyes que han perdido oportunidad o que están en contradicción con otras leyes. Se me ha citado como ejemplo convincente que ninguna reforma agraria será factible o provechosa en este país mientras no se reforme el Código de Aguas.

Comenzaré por decir que ese deplorable resultado tiene su raíz en un conjunto de fallas de carácter complejo, como por ejemplo, la inflación legislativa que, conforme a las estadísticas, representó durante la presidencia de D. Pedro Aguirre Cerda, la dictación de 853 leyes; durante la de don Juan Antonio Ríos, 1.475 leyes; durante la de D. Gabriel González Videla, 2.426 leyes, y durante la presidencia de D. Carlos Ibáñez, la de 2.167 leyes.

Es, en cierto modo, consolador que este maligno fenómeno no sea un defecto o un mal exclusivo de nuestro país . . . Se presenta igualmente y aun con peores caracteres, en otros países de cultura cívica más avanzada que la nuestra.

El ilustre Georges Ripert describe sus causas con inimitable maestría y con esa claridad tan propia de los franceses en su obra "Le regime democratique et le droit civil moderne", que es tan conocida entre los especialistas y de la cual me voy a permitir reproducir algunos pasajes en esta solemne oportunidad en que estamos enjuiciando la labor que debe desarrollar nuestra H. Facultad.

Ripert atribuye el mal a la influencia del poder político en la confección y en la transformación de las leyes. Los juristas acusan de torpeza a los legisladores; jamás se atreven a decir qué interés político ha dictado el proyecto o lo ha deformado y, prudentemente, enseñan que hay una *evolución* del derecho y quieren ignorar a los que combaten por realizarla.

Los juristas callan que la democracia, que ha conquistado el poder, quiere un derecho nuevo; pero, como no se trata de herir demasiado a quie-

nes el país ha estado sometido desde hace más de un siglo, se imaginan que basta elaborar una legislación de excepción, y las excepciones se multiplican, y en una complicidad universal se elabora un derecho que nadie puede decir exactamente qué cosa es...

La admiración por el Código Civil dejó de figurar en los programas oficiales y Alberto Tissier en el "Código Civil y las clases obreras" denunciaba al Código como antidemocrático e instaba a los juristas a disipar o destruir la bella leyenda. Edmond Picard lo juzgaba sin indulgencia como un Código burgués que no respeta la igualdad civil, sino para asegurar la desigualdad social, como un Código de propietarios que sólo se ocupa de la riqueza adquirida y no del trabajo que la crea. Charmont escribía despectivamente: "Es el Código del patrón, del acreedor y del propietario", y Duguit enseñaba que el sistema jurídico civilista de orden metafísico debería ceder el lugar a un nuevo sistema de orden realista. Se trataba de una cuestión de evolución, de transformación y de progreso del derecho. En cambio, los que querían defender las antiguas leyes se esforzaban en demostrar que podían ser adaptadas a las nuevas circunstancias mediante una generosa interpretación por los tribunales.

El Parlamento mantenía una actitud prudente: no era porque respetara el derecho tradicional si no porque temía destruirlo, y lo temía porque ignoraba lo que el Código protege o defiende...

Pero ¿qué ocurrió después? Simplemente esto: *el pueblo llegó a ser rey por obra del sufragio universal*, lo que el insigne Planiol describió con estas palabras: la potestad política ha sido desplazada, la dirección del poder legislativo ha cambiado y los gobernados han pasado a ser gobernantes... y es el sufragio universal que ha permitido a la democracia la actividad; jamás poder alguno se ejerció más soberanamente. En verdad, recuerda Ripert, Luis XIV, en todo el apogeo de su gloria, jamás estuvo revestido de tan omnímodos poderes. Por primera vez, la autoridad pública impone la ley según su sola voluntad y somete a los hombres a una tiranía tal que ha hecho escribir a Daniel Halévy que la libertad se halla en plena decadencia.

El conjunto de esas leyes que se dictan al amparo del imperio o de la voluntad incontrastable de las masas, en un Estado sin nobles, sin clérigos, sin notables, es elaborado por parlamentos elegidos por sufragio universal —real o presunto—, pero que crea las leyes en nombre del pueblo soberano.

Cualquier parlamentario puede presentar una "moción". Y de la misma manera, cualquiera regla de derecho civil, prestigiada por los siglos, desaparecerá en unas cuantas horas si así le place

a la mayoría del Congreso, que ni siquiera representa a la mayoría de los electores y, mucho menos, al país y que, sin embargo, improvisa una nueva regla obligatoria.

La máquina de fabricar leyes, movida por el sufragio universal, marcha aceleradamente; en nuestro país se han dictado 6.291 leyes en menos de 20 años.

Pero, en verdad, el arte de legislar es difícil y ocurre que incluso leyes preparadas por técnicos, adolecen de graves defectos. La democracia, apunta Ripert, enmascara la acción personal. Sólo ama a los héroes desconocidos. Pero, veámoslo bien: es tal o cual parlamentario quien ha querido una determinada ley y la ha impuesto a la indiferencia general. Jamás la historia conocerá las razones que han hecho germinar el proyecto y que la casualidad ha hecho posible que se transforme en ley.

Para consolarse, los juristas declaran que ese derecho nuevo, elaborado en tales circunstancias, es un derecho de excepción. Los profesores no lo enseñan y los textos didácticos, los tratados, lo ignoran y lo pasan por alto.

Los civilistas se dicen entre ellos que ya es tiempo que esto termine y mientras gimen ante el eclipse de los grandes principios, las leyes excepcionales aumentan en número y en importancia y gobiernan toda la vida civil. Tal es una de las manifestaciones de las enfermedades de que padece la democracia y que ha hecho decir a Benoit que ellas modifican, trastornan y suprimen en un minuto, según el grado de su fantasía ignorante, las reglas elaboradas por la experiencia de generaciones.

Y todo esto se produce, lo destaca Ripert, porque los legisladores son elegidos y se dicen los representantes del pueblo; mas, por el juego mismo de la elección, no es la voluntad de todos la que el representante puede expresar. Hay métodos hábiles en la organización de las elecciones y ciertos políticos han llegado a ser maestros en la faena de ganarlas. Después, el elector más influyente, el grupo más numeroso, el diario de más tiraje, el industrial más rico, el sindicato más importante dictan o imponen su voluntad al elegido de un día. Los hombres no son santos ni héroes, pues, cuando lo son, no se dedican a la política. Un diputado declaró una vez que él representaba *a la Francia y a sus muertos*; bella frase, pero son más los vivos de los comités electorales, los que se encargan de decir lo que quieren y su papel es transformar su voluntad en leyes plagadas de defectos.

Todo eso ocurre en Francia y en otros países. Lo que sucede en Chile lo saben Uds. . . .

Se ha pretendido constituir a la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales en una especie de

mentor del Congreso con el loable propósito de evitar la dictación de leyes imperfectas. Conviene advertir que ni en Gran Bretaña, Francia, España, Italia, Suiza, etc., las Universidades intervienen de modo directo en el proceso de elaboración de las leyes, aunque en muchos de ellos hay organismos asesores.

Sin embargo, donde más se ha desarrollado la asesoría de los parlamentarios por especialistas es en Estados Unidos de Norte América. En virtud de una ley de 1946, cada Comisión del Parlamento cuenta con cuatro especialistas en la materia de su competencia, que trabajan bajo la dirección del Secretario de la Comisión.

Las Universidades norteamericanas han jugado un importante papel en esta materia y debemos destacar la obra de la Universidad de Columbia en este sentido; otras Universidades se han preocupado de organizar cursos especiales sobre técnica de la legislación y sus egresados ocupan, normalmente, cargos en los organismos asesores del Congreso.

Pero la Universidad de Chile ha desempeñado una importante labor en esta materia; bajo el patrocinio de nuestra facultad y con la colaboración del Colegio de Abogados se creó el Instituto Chileno de Estudios Legislativos y cuya finalidad es: a) estudiar todas las cuestiones de orden jurídico que sean de actualidad e interés general; b) propender al mejoramiento de la legislación a fin de que responda a las necesidades sociales y económicas del país; c) promover la reforma de las leyes, reglamentos y decretos, y d) asesorar en materia jurídica y como cuerpo técnico, a los Poderes Públicos, municipales y asociaciones que sólo persiguen fines de interés general.

La labor de dicho Instituto se ha estado realizando principalmente, en materia de leyes de derecho privado.

En materia penal y procesal penal, el Instituto de Ciencias Penales desarrolla, por su parte, una labor semejante.

No obstante, no me parece recomendable establecer una asesoría permanente y obligatoria para toda clase de proyectos a cargo de la Universidad en general ni de nuestra Facultad en particular. Aparte de que sería constituirnos impropriadamente en un nuevo poder del Estado, lo más probable es que dificultades de hecho hicieran contraproducente su intervención. Se corre el riesgo de colocar, a veces, a la Facultad en una posición oficial que no representa la unanimidad de sus miembros y que versa sobre materias ajenas a la docencia, que es su función principal. En todo caso, su acción debería limitarse a intervenir en la parte relativa a la técnica legislativa, a la redacción legislativa, teniendo como base las ideas ma-

trices del proyecto cuya redacción o informe se le solicita.

Concretamente, en lo que se refiere a la Escuela de Derecho de Valparaíso, podría establecerse la base de la asesoría para materias determinadas con estrecha relación con nuestro puerto, mediante el Instituto de Extensión Jurídica y Cultural de nuestra Escuela y la tarea que en este sentido está pronto a realizar, es la actualización de nuestro viejo Código de Comercio. El mencionado Instituto, cuya labor es bien conocida del público porteño, por su actuación en el campo cultural y artístico, podría, además, servir de asesor en materias jurídicas a las autoridades administrativas y a las organizaciones que solamente persiguen fines de interés general de la provincia. Un intento de asesoría legislativa podría realizarse ofreciendo a los parlamentarios de la agrupación departamental o a los senadores de la agrupación provincial una colaboración de este tipo. El Centro para el Progreso de Valparaíso nos tiene a sus órdenes.

*
* *

Hagámonos cargo, ahora, de la segunda interrogante: ¿Deben los juristas preocuparse de inmediato de forjar y enunciar las normas que constituirán el ordenamiento jurídico apto para que la sociedad pueda convivir y progresar pacíficamente ante esos gigantescos acontecimientos que se avecinan y que muchos creen que son inminentes?

Entendemos por "ordenamiento jurídico" el conjunto de normas vigentes en una determinada comunidad, conjunto que constituye un todo unitario. Existe, por otra parte, pluralidad de ordenamientos jurídicos; los más importantes son el ordenamiento jurídico *estatal*; el ordenamiento jurídico internacional junto a los diversos ordenamientos de los demás Estados y de la Iglesia.

Pues bien, no debemos olvidar que el derecho sigue como la sombra al cuerpo, lo que quiere decir que siempre, o casi siempre, el derecho marcha en retardo con relación a los acontecimientos o a la actuación de los hombres.

El derecho nace del hecho afirma el profesor de la Facultad de Estrasburgo, Mr. Michel Virally en su recentísimo libro *La Pensee Juridique*, y está en lo cierto. Explica el Profesor Virally que el hecho de que conoce el derecho es fundamentalmente diverso del fenómeno natural de que se ocupa el sabio y que, siendo el efecto de las leyes de la naturaleza se reproduce cada vez que esas leyes actúan de nuevo. Es bajo este aspecto abstracto de pura repetición en que se manifiesta

el fenómeno natural y que es considerado por el físico o el biólogo. En cambio, el hecho que interesa al derecho es *un acontecimiento histórico* que no asume todo su sentido o significación sino que en consideración al tiempo y al lugar en que ha aparecido, a las personas a que concierne. Es el hecho el que debe ser captado por el derecho. Si uno se detiene en la superficie, la captación del hecho se opera de un modo verbal y la verdad es que para penetrar en el derecho, los hechos necesitan ser *conceptualizados*. Los peligros de esta operación, los motivos de controversia que comporta, muestran claramente la distancia que separa el derecho del hecho histórico a que debe aplicarse y la inevitable intrusión de factores subjetivos en un mecanismo construido para funcionar de una manera objetiva.

Virally todavía agrega que todos los hechos, como todos los objetos, revisten para el hombre, desde el momento que los percibe, una significación; y estrictamente hablando, un sentido, que es el que se espera de ellos. En función de esa significación, que puede ser amenazante o atractante, es la actitud que el hombre observa a su respecto. De este modo una representación intelectual gobierna su conducta: no el hecho mismo, sino lo que el hombre concibe a su respecto, sin que esto quiera decir que semejante actitud sea propia del hombre primitivo; siempre actuamos de esa manera. Pero, la significación atribuida a los hechos, se desprende progresivamente de las implicaciones mágicas que, en ciertas épocas, han podido saturarla para llegar a ser, gracias al progreso del conocimiento y a la multiplicación de las experiencias, cada vez más exactamente conformes a la realidad.

El derecho agrega a esa significación, en cierto modo natural, una nueva significación, de donde surgirán consecuencias jurídicas. Ello es posible porque se trata de ordenar un comportamiento humano, de hacer nacer obligaciones y poderes. Y cuando no determina su conducta únicamente en función de esas necesidades, de sus intereses, y aún de sus impresiones, el hombre define su actitud según los valores. De donde resulta que el derecho expresa él mismo valores en nombre de los cuales capta los hechos para conferirles un sentido, que dictará la reacción que el hombre deberá observar frente a ellos.

De ahí que tengamos que preguntarnos con ansiedad ¿cómo podrían los juristas elaborar anticipadamente el estatuto que regirá a la sociedad una vez producidos y consumados los hechos, los acontecimientos que atisbamos?

Por eso es que las palabras de Ripert son exactas y correctas al decirnos en la obra que hemos citado, que cuando se quiere crear un derecho nuevo, aun sin saber exactamente lo que debe ser,

es una tarea en que los técnicos más hábiles fracasan. En la hora actual, sólo hay una convicción común, y es que es necesario hacer un derecho nuevo. Sobre este punto, los más moderados de los juristas están de acuerdo con los más exaltados reformadores. Todos incitan al legislador a actuar. El cambio rápido de las leyes representa para el jurista moderno el mismo placer que la velocidad ofrece al deportista. Los enamorados de la justicia, como todos aquellos deseosos de goces, buscan arduosamente cómo podrá ser organizada la sociedad de mañana. Oponerse a una reforma, cualquiera que ella sea, importa clasificarse en la eterna minoría de los reaccionarios.

El sueño en un porvenir mejor es, simplemente y para la mayoría, el deseo de una vida material más confortable y más fácil. El aumento general del bienestar, la propensión a gastar, la resistencia a economizar, la decadencia del idealismo, empujan a los hombres a ocuparse de la defensa de sus bienes materiales, y como la posesión y el goce de esos bienes están continuamente amenazados, lo que interesa principalmente a los espíritus es el mantenimiento y mejoramiento de las situaciones individuales. El legislador que representa a esa muchedumbre no tiene la pretensión de crear ideales. Y no puede tampoco y aunque lo diga y lo quiera, hacer reinar la virtud. Expresa los intereses y las voluntades y trata de satisfacer a los que se dirigen a él.

Ante esta situación prepotente de la democracia, los juristas guardan silencio por resignación o aprueban por fidelidad; pero entre esos juristas también hay grandes y pequeños profetas que creen que el Derecho debe responder al progreso de las ideas y que sería preciso que la ley ayudara a realizar la sociedad futura.

*
* * *

Tales son, pues, a grandes rasgos, las graves cuestiones que he planteado en mi discurso. Ya lo dije al comenzar: no pretendo dar una solución por más que se diga que la único en que creemos los juristas es en la virtud de las palabras. Y pensar que, como decía Thibaudet, somos nosotros los que hemos proporcionado su vocabulario a la democracia y las palabras de que se sirven los doctores: *Derecho, Justicia, Razón, Progreso*, la democracia las ha escrito con mayúsculas en los afiches electorales; pero nosotros, que las leemos, no queremos saber que su significado ha cambiado.

Lo único que me resta por decir, es que estoy firmemente convencido que nuestra Facultad ha permanecido invariablemente fiel al dictado del ilustre Bello cuando en su discurso pronunciado

en la instalación de la Universidad de Chile, el 17 de septiembre de 1843, dijo, refiriéndose a nosotros: "A la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas se abre un campo, el más vasto, el más susceptible de aplicaciones útiles. Lo habéis oído: la utilidad práctica, los resultados positivos, las mejoras sociales, es lo que principalmente espera de la Universidad el Gobierno de Chile; es lo que principalmente debe recomendar sus trabajos a la patria".

Rindo un homenaje de admiración a todos sus

miembros y, en particular, a los señores catedráticos de esta Escuela; sólo les ruego perseverar en el cumplimiento de sus altos y nobles deberes y a la juventud que frecuenta sus aulas, la insto a que también siga cumpliendo con los suyos, con seriedad, con sentido de la responsabilidad que les cabe, y estoy seguro que con celo, con fervor y constancia, podrán alcanzar la satisfacción de llegar a ser hombres útiles a la patria y a la humanidad.

Eso es todo, señores y señoras.

HORACIO ARAVENA

Rector de la Universidad Técnica del Estado.

Recepción del Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación, Dr. Ferdinand Oberhauser B.

La Universidad de Chile —organizada por ley, de 19 de noviembre de 1842— contó, al principio, con las Facultades de *Filosofía y Humanidades*; de *Ciencias Matemáticas y Físicas*; de *Medicina*; de *Leyes y Ciencias Políticas*, y de *Teología*. De esas cinco Corporaciones, subsisten las cuatro primeras, no así la última, que fue suprimida en 1927. En la actualidad, la Universidad de Chile tiene doce Facultades.

Nuestra Facultad —cuya primera sesión se celebrara el 10 de agosto de 1843— ha tenido los siguientes nombres: de *Filosofía y Humanidades*, hasta 1879; de *Filosofía, Humanidades y Bellas Artes*, hasta el 19 de mayo de 1927; de *Ciencias Sociales, Filosofía y Letras*, durante tres meses de ese mismo año; de *Humanidades, Filosofía y Letras*, hasta el 4 de noviembre de 1929; de *Filosofía y Ciencias de la Educación*, hasta 1934, y de *Filosofía y Educación* —su denominación actual—, de acuerdo con el Decreto de 13 de abril de 1934.

Los Miembros de la Facultad se agrupan en las siguientes categorías: *docentes, académicos y honorarios*. Nuestra Corporación desde su fundación y hasta 1879, desarrolló sus trabajos exclusivamente con Miembros Académicos.

La calidad de Miembro Académico es acaso la más alta distinción que otorga nuestra Facultad.

A lo largo del desenvolvimiento de la Facultad de Filosofía y Educación, los Miembros Académicos se han generado del modo siguiente: a) designados por el Gobierno, sin intervención de la Facultad; b) elegidos por la Corporación, y c)

Miembros Académicos provenientes de la Facultad de Teología, que pasaron a la nuestra, al ser eliminada esa entidad universitaria.

Miembros Académicos designados por el Gobierno

Por disposición de la ley de 1842, las Facultades podían tener hasta treinta Miembros Académicos. La Facultad de Filosofía y Humanidades inició sus actividades con diecinueve académicos, nombrados por el Ejecutivo el 28 de junio de 1843 e incorporados el 17 de septiembre de ese mismo año. Todos eran personalidades de sólido prestigio intelectual y cuya acción en la educación nacional ha sido debidamente apreciada por la Historia de nuestra enseñanza. Destacamos los nombres de Andrés Bello —Rector fundador de la Universidad—, Miguel de la Barra —nuestro primer Decano—, Mariano Egaña, Antonio García Reyes —nuestro primer Secretario—, José Victorino Lastarria, Salvador Sanfuentes, Domingo Faustino Sarmiento, José Joaquín Vallejo, Antonio Varas, etc.

Miembros Académicos elegidos por la Facultad

Nos referiremos, en primer lugar, a las elecciones hechas por la Corporación con anterioridad a la ley de 1879 sobre Instrucción Secundaria y Superior, para ocupar plazas vacantes por fallecimiento de académicos o por no haberse incorpo-

rado algunas personas designadas por el Gobierno y también para completar el número indicado en la ley de 1842. Entre otros, citamos a Vicente Fidel López, ilustre escritor argentino, que fuera el primer Miembro Académico elegido por la Facultad; Ramón Briseño, primer Director de los "Anales de la Universidad de Chile" y nuestro segundo Secretario; Miguel Luis Amunátegui Aldunate, Diego Barros Arana, Domingo Santa María, Alberto Blest Gana, Guillermo Matta, Ignacio Domeyko, etc.

A la época de la dictación de la ley de 9 de enero de 1879, que redujo a quince el número de académicos en cada Facultad, la nuestra tenía en ejercicio cerca de treinta miembros de esa calidad.

Las elecciones llevadas a cabo desde 1879 —dentro de la limitación señalada— tuvieron por objeto ocupar las vacantes producidas por muerte de los titulares. He aquí algunos destacados académicos, ya fallecidos: Domingo Amunátegui Solar, Luis Barros Borgoño, Claudio Matte, José Toribio Medina, Gonzalo Bulnes, Juan N. Espejo, Julio Montebruno, Samuel A. Lillo, Rodolfo Lenz, Mariano Latorre, etc.

*Miembros Académicos de la fenecida
Facultad de Teología*

El decreto N.º 2612, de 31 de mayo de 1927, indicó que los miembros de la antigua Facultad de Teología pasarían a formar parte, como académicos, de la Facultad de Ciencias Sociales, Filosofía y Letras —nombre que en ese entonces tenía nuestra Corporación—, pero que no serían reemplazados cuando por cualquier motivo dejaran de pertenecer a dicha Facultad. Hasta hace poco, los últimos Miembros Académicos de esta categoría fueron los señores José Horacio Campillo, Rafael Lira Infante y Carlos Casanueva, distinguidos sacerdotes, ya fallecidos.

Aun cuando algunos de los Académicos de la Facultad de Filosofía y Educación poseían o poseen profundos conocimientos de Química por ser de especialidades afines a esa rama de la ciencia o por tener título profesional de ella —como son los casos de Domeyko, eminente científico, y de Carlos Silva Figueroa, profesor de Biología y Química—, la verdad es que sólo en 1951 nuestra Corporación propuso para la dignidad académica a un químico de dedicación exclusiva, don Francisco Servat, quien por motivos de salud no se incorporó a nuestros cuadros.

Ahora que recibimos al primer químico como académico, queremos, previamente, rendir un cálido homenaje de admiración y respeto a nuestro querido profesor don Francisco Servat, que, acogido a retiro hace más de veinticinco años, vivió

hasta noviembre de 1960 —fecha de su sensible fallecimiento— en la triste situación económica de los jubilados que han dedicado a la enseñanza todos sus afanes. En la dura prueba de subsistir con los escasos dineros que el Fisco le asignara, nuestro recordado maestro guardó la dignidad de los grandes educadores. Al evocar en estos momentos su nombre, lo hacemos en un triple carácter: como su ex alumno en la Escuela de Farmacia y en el Instituto Pedagógico; como su modesto continuador en la cátedra de Química Orgánica, que él honrara en la segunda de las escuelas universitarias nombradas, tarea que nosotros ahora servimos, quizás sin brillo pero, sí, con emocionada honradez, y como su agradecido discípulo por haber sabido despertar en nuestro espíritu apasionadas iniciativas para buscar en la Ciencia, en general, y en la Química, particularmente, enaltecidos ejemplos de superior conducta humana.

*
* *

Durante treinta años el Doctor Ferdinand Oberhauser ha sido para nosotros una figura simpática, como hombre y amigo; un digno exponente de la docencia universitaria, y un verdadero investigador científico.

Cumplimos, ahora, con el deber —que tanto nos realza, compromete y emociona— de presentar, en la forma más ordenada posible, los rasgos característicos de la recia personalidad del "doctor", como cariñosamente lo llaman sus colegas, alumnos y amigos.

*
* *

En la pequeña localidad de Rohrbach —en la jurisdicción de Sankt Ingbert, perteneciente al Palatinado— se formó a fines del siglo pasado la familia Oberhauser-Bund, por matrimonio de Johann Oberhauser con Magdalena Bund, oriundos de esa misma región.

Johann Oberhauser era un esforzado minero del carbón, que por sus merecimientos, ascendió en su trabajo a capataz y que, por su valimiento ciudadano, llegó al elevado cargo de Alcalde de su pueblo.

El matrimonio tuvo dos hijos: Ferdinand —nuestro biografiado—, nacido el 16 de marzo de 1895, y Peter, que muriera en 1917 durante la primera guerra mundial.

*
* *

Ferdinand Oberhauser Bund, en 1900, ingresó a

la escuela primaria de su ciudad natal, en donde completó en 1905 este primer ciclo de la enseñanza en un lustro, a pesar de que el desarrollo regular de esa etapa era de siete años.

En 1906 principió sus estudios secundarios. Hizo los cursos de Pro-Gimnasio en el plantel de Sank Ingbert —población bávara—, y, en 1911, se incorporó al acreditado Gimnasio de Speyer (Spira), en donde finalizó la enseñanza media, cuatro años después.

*
* *

Declarada la guerra de 1914, Oberhauser no se matriculó de inmediato en la universidad, por tener que cumplir con su deber de enrolarse en el ejército —rama de infantería—, en cuyas filas alcanzó el grado de Comandante de Compañía. Actuó, primero, en el frente francés, en el equipo encargado de la protección de los soldados mediante máscaras contra gases tóxicos, de 1917-1918, en el frente ruso, y durante 1918, hasta el término del conflicto, otra vez en el frente francés.

En 1827 se fundó en Munich la Polytechnische Zentralschule (Escuela Central Politécnica), que durante más o menos cuarenta años, realizó una amplia labor docente. En 1868, por gestiones muy bien llevadas por el entonces Rector Profesor Bauerfeind, el establecimiento adquirió calidad universitaria, al transformarse en *Technische Hochschule* (Escuela Técnica Superior), lo que le permitió otorgar, primero, el grado de "*Diplom-Ingenieur*" —Ingeniero Diplomado— y, después, el de *Doktor-Ingenieur* (Doctor Ingeniero). Por tradición, a la *Technische Hochschule München* se la llama "Politécnico de Munich", pero, en la práctica, se la conoce con el nombre de Universidad Técnica, título que ya se ha oficializado para otros centros de enseñanza superior de ese carácter, como sucede con la Universidad Técnica de Berlín.

Concluida la primera guerra mundial, en diciembre de 1918 Oberhauser ingresó a la Universidad Técnica de Munich, cuyo historial, en breves palabras, hemos indicado y cuyo prestigio, dentro y fuera de Alemania, es indiscutido e indiscutible. Después de seis años de brillantes estudios en la Facultad de Química —bajo la dirección de competentes catedráticos, como el Profesor Wieland, Premio Nobel de Química, 1927—, Oberhauser obtuvo el título de Ingeniero Diplomado.

En 1925 logró la categoría de Doctor Ingeniero, mediante un examen de Grado rendido ante una Comisión presidida por el Profesor Hans Fischer —Premio Nobel de Química, 1930— y la

aprobación de una interesante tesis sobre Bromometría, desarrollada en la cátedra del esclarecido maestro Wilhelm Manchot.

*
* *

Ya en 1923 —un año antes de completar sus estudios superiores—, Oberhauser inició su carrera docente universitaria, como Ayudante de las cátedras de Química Inorgánica y de Química Analítica del Profesor Manchot, famoso por su teoría de la oxidación y por sus estudios sobre los compuestos carbonílicos. El 15 de marzo de 1927, Oberhauser fue aprobado en el examen de rigor, como profesor universitario. Obtuvo, así, la calidad de Privat Dozent y de Doctor Habilitado para la docencia.

Como catedrático, Oberhauser se desempeñó en la Universidad Técnica de Munich en clases teóricas de Química Inorgánica, de Química Analítica, de Microquímica y de sales complejas. Conservó esa categoría docente universitaria en Alemania hasta 1936, en que renunció, dada su residencia de siete años en Chile.

*
* *

El señor Pablo Ramírez R. —que transitoriamente desempeñara el Ministerio de Educación, en 1928— estimó conveniente contratar profesores alemanes de ciertas Especialidades para el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, tarea que completó en el año siguiente el nuevo Ministro de Educación Pública, don Mariano Navarrore.

El Gobierno encomendó esta misión al señor Luis de Porto Seguro, Ministro de Chile en Alemania, quien fue asesorado por el Dr. Wilhelm Mann, que actuaba como Cónsul nuestro en Weimar. Las gestiones se hicieron por intermedio del Ministerio de Cultura de Berlín, entidad que en diciembre de 1928 ofició a las diversas universidades, a fin de que dieran nombres de postulantes para venir a Chile como profesores de enseñanza superior. Se presentaron muchos candidatos.

En lo referente a Química, después de un primer estudio, quedaron cinco interesados. Luego de una nueva revisión de antecedentes, fue seleccionado el joven Doctor Oberhauser, a quien nuestro Ministro en Alemania le pidió un pronunciamiento definitivo, en enero de 1929. Su venida a Chile quedó finiquitada después de dos conferencias que sostuvieran, la primera, en Weimar, con el Dr. Mann —a quien nuestro Gobierno le había ofrecido el cargo de Director del Insti-

tuto Pedagógico— y la segunda con el señor Porto Seguro, en Berlín.

*
* *

Oberhauser formó parte, así, del grupo de nueve profesores alemanes que vinieron a nuestro país en 1929, para incorporarse al Instituto Pedagógico, dirigido por el Doctor Mann. De esos catedráticos, siete regresaron a su patria después de algún tiempo, y dos se quedaron en la Universidad de Chile: el Dr. Carl Grandjot y nuestro flamante nuevo miembro académico.

El Contrato de Oberhauser por dos años y que fuera renovado tres veces, establecía que su labor sería organizar los trabajos prácticos de Química.

En 1936, Oberhauser renunció a su calidad de catedrático en la Universidad Técnica de Munich, como hemos expresado antes, y continuó en Chile como Profesor Ordinario. Además, vinculado ya muy estrechamente a nuestro medio, pensó en nacionalizarse, ciudadanía chilena que consiguió en 1940, a los once años de estar en nuestro país.

Llegado a Chile, Oberhauser estuvo, al principio, muy preocupado de hacerse entender en nuestro idioma, para lo cual no sólo tomó clases —en las que progresó de modo evidente, dada su sólida base en latín y griego—, sino, además, siguió la buena práctica de cultivar amistad con numerosos chilenos, alejándose, en lo posible, de los círculos alemanes. Nos ha confesado que la dificultad para expresarse en español, lo desesperaba grandemente. En su intento por dominar el castellano —lo que ya ha conseguido plenamente— recibió eficaz ayuda de sus buenos amigos chilenos, que —como Vicente Hernández, su recordado compañero del Instituto Pedagógico, en la cátedra de Zoología— lo incorporaron a medios sociales en que no sólo se intercambiaban ideas en chilenísimo lenguaje, sino que, además, se podía conocer, en cierto modo, la psicología de nuestro pueblo.

*
* *

El Instituto Pedagógico, en el que Oberhauser principiara sus actividades docentes en Chile, fue fundado por Decreto Supremo, de 29 de abril de 1889. Un año después, se regularizó el funcionamiento del plantel, que contaba con dos Secciones: a) Humanidades Superiores y b) Ciencias Naturales. Esta última comprendía dos Especialidades: 1) Matemáticas y 2) Ciencias Naturales. El plan de estudios para la Química —que estaba incluida en el curso de Ciencias Naturales— tenía los siguientes ramos, con los respectivos ejercicios:

Primer año, Química Inorgánica; Segundo año, Química Orgánica, y Tercer año, Materias selectas de Química.

El primer catedrático de Química del Instituto Pedagógico fue el Dr. Albert Beutel, venido a Chile en el grupo de profesores alemanes contratados en 1889. Era doctor en Filosofía con mención en Ciencias Naturales, especialista en Física, Química y Mineralogía.

Después del regreso de Beutel a su patria en 1906, al año siguiente asumió don Francisco Servat la responsabilidad de la enseñanza de la Química en el Instituto Pedagógico, que, por decreto de ese mismo año, tenía una nueva agrupación de sus Especialidades con nuevos planes de estudios: Matemáticas y Física, por una parte, y Ciencias Biológicas y Química, por otra. Los egresados de esta última Especialidad, obtenían el título de Profesores de Estado en Ciencias Biológicas, Química y Mineralogía, que con el correr del tiempo, ha quedado reducido a Ciencias Biológicas y Química.

A la llegada de Oberhauser en 1929, se desempeñaban como profesores de Química del Instituto Pedagógico los catedráticos Francisco Servat —que jubilara en 1933—, Roberto Burr Vidal y Osvaldo Rojas Fraga.

A pesar de que su Contrato no estipulaba la obligación de dictar clases, Oberhauser tomó la cátedra de Química Inorgánica, primero, y, luego, y poco a poco, llegó a servir hasta dieciséis horas semanales, es decir, tuvo en sus manos el control completo de la Química, dirección que ejerciera durante más de un cuarto de siglo, en forma continua, permanente y regular.

Su acción se orientó, en el primer término, a la organización, en 1930, del Departamento de Química, cuya jefatura tuvo a su cargo durante veintiocho años, con admirable dedicación y cariño, a fin de crear un ambiente de comprensión y armonía, necesario para un trabajo fecundo de profesores, personal auxiliar y alumnos.

Además de las cátedras de Química Inorgánica y de Química Orgánica, que sirviera por largos años, Oberhauser destacó, independientemente de su objeto específico, el valor de la Química Analítica en la enseñanza, ya que con su desarrollo, a base de sencillas reacciones, es posible observar e interpretar fenómenos químicos que faciliten la comprensión de teorías, principios y leyes fundamentales de la Química, al mismo tiempo que esas experiencias permiten despertar en los alumnos afanes por la investigación. Así nació en el Instituto Pedagógico la cátedra de Química Analítica, con su correspondiente laboratorio, a cargo en los primeros tiempos de Oberhauser.

El Doctor se esmeró por dar a la enseñanza de la Química una base más científica, con el auxi-

lio de la Física y de la Matemática. Surgió, de ese modo, la cátedra de Físico-Química.

De la misma manera, a su labor organizadora —siempre en superación— se debieron las cátedras regulares de Mineralogía, Microquímica, Bioquímica, etc., y los ramos optativos de Electroquímica, Análisis Orgánico e Historia de la Química, disciplina esta última a la que Oberhauser asignó y asigna —con justa razón— una grande importancia en el desarrollo de la ciencia y como elemento formativo de la personalidad humana.

*
* *

Ferdinand Oberhauser imprimió al desarrollo de la Química el sello inconfundible de una enseñanza modernísima, sin descuidar, por cierto, las referencias históricas en cada tema tratado, porque el pasado siempre ilumina.

He aquí algunos ejemplos, elocuentes por su sólo enunciado:

1. En Química Inorgánica, luchó por que se implantara *la Serie Potencial de los Metales*, propósito suyo que no solamente se limitó a desarrollar este tema en sus lecciones en las aulas, sino, también, en cursos libres, conferencias, artículos de revistas y capítulos de sus libros.

2. Gran partidario del *Sistema Periódico*, expresaba que esta agrupación de los elementos químicos "es un instrumento pedagógico de máximo valor y la única base reaccional para la enseñanza de la Química", si hemos de emplear sus propias palabras.

3. Dio grande impulso a *la Química Orgánica tratada desde el punto de vista funcional* y con especial desenvolvimiento de su parte tecnológica. Temas como la síntesis orgánica, el acetileno como punto de partida de la enseñanza de esta rama de la Química, etc., fueron desarrollados por el Doctor en Comunicados diversos y en experiencias de laboratorio.

4. A la llegada de Oberhauser al Instituto Pedagógico, la Especialidad de Química comprendía las cátedras de Química Inorgánica y de Química Orgánica, con algunos trabajos Prácticos, lo que, sin lugar a dudas, era insuficiente. La labor del Doctor para *dar mayor amplitud a la parte práctica* fue sencillamente extraordinaria, en todos los ramos. Empeñoso como el que más, logró recursos para edificios, instalaciones y equipos. Con toda propiedad, se puede expresar que Oberhauser hizo de la teoría y de la práctica de la enseñanza de la Química una verdadera unidad, indispensable para servir de buena manera las necesidades reales del liceo —campo de actividad de los egresados del Instituto Pedagógico— y para

la formación de un auténtico y superior espíritu universitario de los futuros profesores.

5. Se preocupó que sus alumnos no fueran seres limitados, sino con *amplitud de horizontes*, en el curso de sus estudios, y con un desarrollado *sentido de la responsabilidad*, para cumplir sus obligaciones y deberes. Así, los incitó a leer ordenadamente obras fundamentales; a profundizar en las ciencias básicas de aplicación; a traducir con cierta facilidad lenguas extranjeras, conocimiento indispensable para comprender las Memorias originales de los más notables químicos, y a encontrar en las biografías de los sabios superiores normas de conducta.

6. Hay un aspecto notabilísimo en el trabajo docente de Oberhauser. Su acción no se circuncribió a la cátedra, al laboratorio, a cursos extraordinarios, a conferencias y publicaciones, sino que tuvo como característica el *elevado propósito de formar un profesorado idóneo para su Departamento*. Dio oportunidad a sus mejores alumnos para transformarse en Miembros Docentes de la Facultad de Filosofía y Educación, mediante una bien concebida gradación: ayudantías, jefaturas de trabajos, profesorado auxiliar y, finalmente, la cátedra. Para señalar los casos más representativos de esta tarea superior, podemos citar los ejemplos de nuestros distinguidos colegas y animosos ex alumnos del Doctor: Pedro Ripoll L., en Química Analítica; Raúl Cabrera M., en Físico-Química; Gumersindo Revuelta W., en Química General, hoy Jefe de la Sección Química, dentro de la nueva organización del Instituto Pedagógico; Alfonso Morales B., en Química Inorgánica; Hugo Montaldo O., en Química Orgánica, etc.

7. En toda su labor, Oberhauser nunca ha dejado de mano la *Metodología de la Química*. He aquí uno de los muchos puntos de su obra en ese sentido: con motivo de la celebración del centenario de nuestra Corporación en 1943, dictó una interesantísima conferencia titulada "La enseñanza de la Química en la Facultad de Filosofía y Educación y sus proyecciones en la enseñanza secundaria", publicada al año siguiente en un folleto, muy solicitado.

*
* *

Aunque exigente en las pruebas, exámenes y calificaciones, Oberhauser mantuvo y mantiene muy cordiales relaciones con sus ex alumnos y alumnos. Las frecuentes visitas de los primeros a su oficina, en demanda de consejos, y los numerosos festejos que los segundos organizaban en su honor, son claras demostraciones de esa leal amistad. Durante treinta años, "San Fernando" ha sido

una fiesta clásica en el Departamento de Química. Del mismo modo, las numerosas excursiones a distintos puntos del país y las repetidas inspecciones a establecimientos tecnológicos que el Doctor llevara a cabo con sus alumnos —previa una adecuada planificación—, han sido otras oportunidades para reafirmar nexos espirituales entre el Departamento de Química y los estudiantes.

Nada de raro fue, pues, que, al retirarse Oberhauser de la docencia en 1957, sus alumnos del Instituto Pedagógico le hicieran objeto de una elocuente y pintoresca manifestación de cariño y reconocimiento, emotiva ceremonia en que el Doctor disertó sobre su vida de permanente perfeccionamiento. Aún más, en la sala en que dictara sus clases —que ahora lleva su nombre— colocaron una placa de bronce con esta significativa leyenda: "*Homenaje al Dr. Ferdinand Oberhauser Bund, quien impartió la enseñanza de la Química en el Instituto Pedagógico, desde 1929 a 1957*".

Sin exagerar, debemos declarar que el Doctor en el ejercicio de la docencia en el Instituto Pedagógico, se ha esmerado en pasar insensiblemente de su calidad de profesor —ya de por sí elevada— a la de maestro, que importa no sólo tener alumnos sino discípulos.

*
* *

En 1938, Oberhauser dirigió un Curso de Químicos, dependiente de nuestra Facultad.

*
* *

Además del Instituto Pedagógico, el Doctor ha actuado en otros centros universitarios chilenos.

Escuela de Química y Farmacia.—Desde 1944 y por nueve años, tuvo a su cargo la cátedra de Química Industrial. La Química Analítica —que principiara a funcionar como cátedra en 1897— ha sido una de las mayores preocupaciones de las autoridades de esta esforzada escuela universitaria. El primer profesor de la asignatura indicada fue Narciso Briones, que la sirvió por tres años; luego, fueron catedráticos: Carlos Chigliotto —nuestro excelente y malogrado profesor—, Jorge Rivera y Guillermo García Latorre. Después de la jubilación del culto colega farmacéutico García, asumió la responsabilidad de la Química Analítica, con elevadas credenciales, el Doctor Oberhauser. Aunque retirado en 1957, forma parte de la Facultad de Química y Farmacia como Profesor Extraordinario.

Escuela de Ingeniería.—Por tres años, Ober-

hauser dictó clases de Química General en este plantel de la Universidad de Chile.

Por un corto tiempo, tuvo a su cargo esa misma cátedra en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Católica de Chile.

*
* *

Dentro de la docencia, Oberhauser ha desarrollado otras muy variadas y numerosas actividades. Presentamos algunas de ellas en un apretado resumen:

Ha tenido una larga y eficaz acción en comisiones de planes de estudios y de programas no sólo del Instituto Pedagógico y otras escuelas universitarias, sino, también, de los liceos. A este respecto, consignamos la eficiente colaboración que Oberhauser ha prestado a la Dirección de Educación Secundaria, la cual ha sabido aprovechar ese aporte con oportunidad. Por ejemplo, publicó en un folleto especial la conferencia que sobre "Materias Plásticas" dictara el Doctor en el Instituto Pedagógico.

De mucha significación ha sido su trabajo por largos años en la Comisión Permanente de Bachillerato, en la preparación de temarios, en la revisión de los cuestionarios enviados por los profesores y en las delicadas funciones de examinador y jefe de sede en provincias.

Independientemente de sus contribuciones en las dos Facultades a que pertenece, Oberhauser ha participado, con entusiasmo e idoneidad, en cursos especiales de las Escuelas de Temporada, con temas diversos, por ejemplo, "Las maderas", "El átomo y las aplicaciones pacíficas de la energía nuclear", etc.

De amplísima se debe considerar su labor como conferenciante, sobre observaciones de viajes al extranjero, materias de su especialidad científica, tópicos culturales variados, etc. Casi todas sus disertaciones —desarrolladas en escuelas de enseñanza superior, instituciones científicas, sociedades gremiales, centros estudiantiles, etc.— han sido publicadas bajo el patrocinio de entidades diversas.

*
* *

Oberhauser es autor de importantes libros de Química. Por ejemplo, los titulados "Leyes fundamentales de la Química", "Química General", "Guía de Química Analítica con un apéndice de Microquímica", etc., han servido y sirven como eficaces ayudas para estudiantes secundarios y universitarios.

*
* *

En su extenso trabajo docente, Ferdinand Oberhauser ha cumplido a cabalidad con los altos objetos de las universidades: educar, instruir e investigar. En el primer punto, su acción ha sido amplia y fecunda, para crear en sus discípulos una verdadera conciencia cívica; en el segundo, sus desvelos han tenido una acertada respuesta de parte de sus alumnos de ayer y competentes profesionales de hoy, y en el tercero, su obra merece un comentario particular, que iniciamos de inmediato.

Las especiales condiciones de observador con que viniera al mundo nuestro amigo se han pulido mediante un cuidadoso proceso de perfeccionamiento, iniciado por Oberhauser en sus lejanos tiempos de estudiante universitario, y se han convertido en una capacidad por todos reconocida para la verdadera búsqueda científica, ahora en plena madurez. Con admirable tino, ha sacado un buen partido de la vieja y fecunda tradición germana para la investigación. Ha sabido, además, sin dogmatismos de ninguna especie, aprovechar los sabios consejos y los creadores estímulos de sus esclarecidos maestros.

*
* *

Sus numerosas contribuciones —que abarcan, prácticamente, todas las ramas de la Química y también aspectos de otras ciencias puras y aplicadas, como Biología, Medicina, Tecnología, etc.— principiaron en las aulas de la histórica Universidad Técnica de Munich. Así, en 1925, obtuvo su Doctorado con una Tesis de grande envergadura —“*La Bromometría como sustituto de la Yodometría*”—, que fuera favorablemente comentada en los círculos científicos. Desde 1927 —en colaboración con Hensinger, primero, y, luego, con su ayudante Schormueller, dos años después— desarrolló uno de sus aportes de mayor significación, “*Activación de la molécula del ácido oxálico*”, tema que ha servido de base para otros trabajos similares. En el mismo año de 1927, entregó su notable estudio sobre la *separación del ácido fosfórico mediante sales de circonio*. Antes de partir para Chile, dio a conocer sus investigaciones sobre el *reconocimiento del ácido silícico por el molibdato amónico y el comportamiento del bromocianógeno con sales metálicas*.

*
* *

Llegado a nuestro país, Oberhauser ha conti-

nuado en sus investigaciones, no sólo en la Universidad de Chile, sino también en otras reparticiones públicas y entidades particulares que han solicitado sus servicios. Consciente de su deber de maestro, ha compartido sus búsquedas con otros científicos y, sobre todo, con sus alumnos, a quienes ha endilgado por la senda del estudio acucioso de los fenómenos químicos, especialmente en el desarrollo de Memorias, Seminarios, etc.

Dentro de las limitaciones de un discurso, indicaremos algunas de sus más valiosas contribuciones, de su exclusiva responsabilidad o en colaboración con el personal y el alumnado bajo su dependencia:

1. En el campo histórico-científico, ha escrito *semblanzas de grandes sabios*, como Liebig y Goethe.

2. Estudios sobre: *fotoluminiscencia; sistema natural de los elementos químicos; Principio de Le Chatelier-Braun*, etc.

3. Trabajos sobre: la *serie potencial* de los metales; *el galio* y su extracción de arenas chilenas; *separación de uranio y molibdeno*, mediante intercambiadores; equilibrio de las reacciones entre *ácido arsenioso y bromo, ácido arsénico y ácido bromhídrico*; existencia de *ácidos poliónicos* y de *agua pesada* en la Laguna del Agrio del Volcán Copahue; *obtención del sulfuro de hidrógeno* por vía térmica, a partir de una mezcla de azufre y sustancias orgánicas; acción de *peróxidos alcalinos* sobre sales de níquel; *proceso de flotación; contaminación radioactiva* del aire de Santiago, de grande actualidad, etc.

4. Contribuciones sobre: el *acetileno* en relación con la síntesis orgánica; aprovechamiento de la *molécula activada del ácido oxálico*, tema de su especial predilección; métodos rápidos de *dosificación del carbono* por vía húmeda en las sustancias orgánicas; preparación y propiedades del *ácido sulfámico; macromoléculas; la catálisis* y la activación de sustancias orgánicas, etc.

5. Investigaciones sobre: *determinaciones* de arsénico, antimonio, cobre, estaño, hierro, ácido sulfhídrico, anhídrido sulfuroso, amoníaco, ozono, cianuros, sulfocianuros, etc.; *xantogenatos* y su aplicación en Química Analítica; *determinaciones cuantitativas* de sales mercurícas; *análisis cromatográficos; adsorción del ión uranilo* por el sulfato de plomo precipitado; extracción del *nitrato de uranilo por solventes* y la determinación de los coeficientes por partición; *volúmetría por potenciometría; análisis de aguas*; algunos *barros medicinales* de Copahue, etc.

6. Estudios acerca de: *la luz eléctrica* sobre la vida y la muerte en la naturaleza; *coloides* y su relación con la vida orgánica; principio activo de las *inflorescencias masculinas del maíz*; poder reductor de *orinas de ratas* con sarcoma fuso-celular;

acción antitumorígena de los *compuestos yodados*, aporte publicado en acreditadas revistas alemanas e inglesas; inhibición de la *polimerización* entre melamina y formaldehído y formación de un producto con actividad citostática, etc.

7. Trabajos sobre: colorante del *maqui*; aceite esencial de la *salvia*; preparación de *extractos vegetales* contra tumores; estructura, propiedades y aprovechamiento de la piel del *congrío*, etc.

8. Investigaciones acerca de: la ceniza volcánica del *Quizapú*; análisis de untos y pigmentos empleados en la pintura y ajuar de la *Momia del Cerro Plomo*, etc.

*
* *

Su prestigio como investigador es de tal calidad que Organismos Internacionales le formulan con frecuencia consultas, como ha sucedido al ser requerida su opinión para el otorgamiento del Premio Nobel de Química. Por otra parte, ha obtenido Diplomas y Certificados por sus búsquedas científicas. Así, junto con el Dr. Héctor Croxatto, recibió el Premio "Hospital Italiano", 1955, por sus investigaciones en el campo de la Oncología.

*
* *

Aunque Oberhauser se retiró de la docencia ordinaria, la Universidad de Chile, empeñada en aprovechar sus excelentes condiciones científicas, le ha encomendado la Dirección del Centro de Investigaciones Químicas, dependiente de la Facultad de Química y Farmacia. En este organismo —que funciona en el local del Instituto Pedagógico y que consta de las Secciones "Química", "Físico-Química" y "Bioquímica"—, continúa ahora el Doctor en sus trabajos científicos, en colaboración con un grupo de profesores, ayudantes y alumnos. Los aportes del Centro están relacionados con notables aplicaciones medicinales, farmacológicas y tecnológicas.

*
* *

Las contribuciones educacionales y las investigaciones científicas de Oberhauser han aparecido en diversos Organos, de los cuales él es un colaborador más o menos permanente. De las publicaciones extranjeras que han acogido sus Comunicados, podemos mencionar las siguientes, además de las ya nombradas: "Anales Leibig de Química", "Boletín de la Sociedad Alemana de

Química", en Alemania; "Revista de la Sociedad Química de México"; "Anales de la Asociación de Química y Farmacia del Uruguay", y las Actas de los Congresos Internacionales, a que ha concurrido. En Chile, Oberhauser fue el Director-fundador de la Sección Química de los Anales de la Facultad de Filosofía y Educación, que, entre 1934 y 1951, publicó cuatro volúmenes con interesante material científico, los que han circulado profusamente en América y Europa. Oberhauser es colaborador de los "Anales de la Universidad de Chile"; de los "Anales de la Facultad de Química y Farmacia"; de la "Revista del Instituto Bacteriológico de Chile"; del "Boletín del Museo de Historia Natural"; del "Boletín de la Sociedad Científica de Chile"; de la "Revista Universitaria de la Universidad Católica de Chile"; del "Órgano de la Academia de Ciencias Naturales", de esa misma Universidad.

Especialmente invitado, en representación del Gobierno de Chile o de entidades diversas, Oberhauser ha enviado trabajos o ha asistido a Congresos, Conferencias y Convenciones nacionales y extranjeras. He aquí algunos de esos torneos: Congreso de Química de Concepción, 1944; Congresos Sudamericanos de Química, en Montevideo, Santiago, Caracas, Lima y México; Congresos Panamericanos de Farmacia y Bioquímica, el último de los cuales se celebró en nuestra capital el año pasado; Primer Congreso de Átomos para la Paz, reunido en Ginebra, en 1955 (*).

Además de su asistencia a algunos de los Congresos citados, Oberhauser ha hecho giras al extranjero con estudiantes, por ejemplo, a Bolivia y países europeos. En 1934 fue a Europa a cumplir con su deber de tomar parte en el Plebiscito del Sarre, territorio que se encontraba en litigio.

*
* *

Como es de suponer, Oberhauser ha pertenecido o pertenece a diversas instituciones de las cuales citamos las siguientes: Miembro de la Sociedad Alemana de Química, Sección Munich, entidad en que fue recibido por el sabio Willstätter, Premio Nobel de Química, 1915; es socio y ha desempeñado la Vicepresidencia y la Presidencia de la Seccional Santiago de la Sociedad Chilena de Química; es Académico de Número de la Academia de Ciencias Naturales de la Universidad Católica de Chile; es Miembro del Instituto Chileno-Alemán de Cultura; es socio activo y fue Vicepresidente por un período del Centro de Pro-

(*) Al segundo Congreso de Átomos, 1958, Oberhauser no pudo concurrir por motivos particulares. Había sido designado Vicepresidente de Sección de ese Torneo mundial.

fesores de Biología y Química "Federico Johow", fundado el 10 de septiembre de 1929, etc.

*
* *

El hogar de Oberhauser en Chile —presidido por su abnegada esposa, señora Crescencia Aschenauer, y alegrado por sus hijos Ilse y Ernst—, ha estado siempre abierto para sus amigos, colegas, ex alumnos y estudiantes. Ha sabido educar a sus hijos con esmero hasta convertirlos en los competentes profesionales universitarios que ahora son: Ilse, Farmacéutica y eficiente funcionaria del Instituto de Neurocirugía, y Ernst, Médico y Facultativo del Hospital "José Joaquín Aguirre".

Mientras Oberhauser viajaba por Europa, en 1953, sufrió un artero golpe del destino: la muerte de su diligente esposa, víctima de una implacable enfermedad. Aun en esas terribles circunstancias, Oberhauser supo tener serenidad para sobreponerse al dolor y sacar nuevos impulsos en su afán de servir a la sociedad. Desde ese aciago año, ha orientado sus especiales aptitudes científicas en la búsqueda ordenada y minuciosa de un remedio para el mal que le arrebatara a la madre de sus hijos.

En la actualidad, Oberhauser está casado en segundas nupcias con nuestra estimada colega María Gaillard —su dilecta ex alumna de ayer y hoy su eficaz colaboradora en las investigaciones de alto vuelo que lleva a cabo—. Hasta su apacible y hermoso refugio de El Arrayán llegan con frecuencia sus amigos a gozar de la hospitalidad de su reciente hogar —modelo de comprensión—, en que María, su solícita esposa, y Miriam, gentil hija de un matrimonio amigo desaparecido hace varios años, alegran la vida de nuestro nuevo Miembro académico.

*
* *

Deliberadamente, hemos dejado para el final una de las facetas más resaltantes de la recia personalidad del Doctor Oberhauser. Nos referimos

a su amplio sentido de la amistad. Desde que llegara a Chile —hace 32 años— no ha desperdiciado oportunidad para crear vínculos de afecto sincero y leal con las personas que alternan con él. Su vida toda está sostenida por vigorosos eslabones de amistad. Mucho antes que el Doctor se impusiera en Chile por su ciencia, ya había logrado penetrar en la estimación del personal todo del Instituto Pedagógico, ayudado muy eficazmente por su mejor camarada, Vicente Hernández.

Con quien ahora lo recibe como Miembro Académico de la Honorable Facultad de Filosofía y Educación, Oberhauser ha establecido lazos amistosos capaces de perdurar por sobre las más variadas contingencias humanas. En efecto y a modo de ejemplo, a su iniciativa se debe que en un terreno del Cementerio General dos fosas se confundan en un mausoleo común, que lleva los nombres de nuestras familias debajo de los brazos metálicos de una cruz, como símbolo de amistad imperecedera.

Animado siempre de este elevado afán de convivencia humana, Oberhauser ingresó hace algún tiempo al *Club de los Buenos Muchachos*, al que tenemos también el honor de pertenecer. "Es una Institución formada por hombres que sienten hondamente la amistad, que aspiran a crear entre sí —sobre la base del conocimiento de sus particulares inquietudes— efectivos nexos espirituales y que propenden a la práctica de acciones fecundas en bien de la Sociedad". El Club, por lo tanto, "pretende lograr entre sus miembros un *trato amistoso*, una *confianza ilimitada* y una *correspondencia estable*, con el propósito de hacer que sus actividades se desenvuelvan con *agrado, elevación y eficacia*".

Por eso, Oberhauser —como todos los integrantes del Club— tiene como lema de superior conducta esta sublime frase del autor del "Culto de los Héroes":

"Un pensamiento amistoso es el más puro regalo que un hombre puede hacerle a otro hombre".

FERNANDO OBERHAUSER

Profesor de la Universidad de Chile

El Reino Vegetal como inspirador de la imaginación creadora del químico (*)

La Naturaleza es la fuente inextinguible de todos los misterios; es la entraña fecunda para el ansia inagotable de la mente investigadora del hombre. Ella ofrece y guarda con celo. El hombre debe alcanzar el objeto de sus afanes con sacrificio, a veces, de su propia vida. Es una hechicera encantadora que aprisiona el corazón de los hombres y sólo los que mucho aman y con constancia el fin perseguido están llamados a descender un poco el velo con que oculta sus tesoros. Por eso el químico vive en la observación constante, sabe que debe descubrir en los mecanismos naturales los métodos de laboratorio, sabe que los daños y las enfermedades son alteraciones del mecanismo normal y natural y deben estudiarse éste y sus diversas fases para encontrar la causa de la alteración. Suelen ser estos mecanismos tan complicados y tan sutiles que, a pesar del progreso insospechado de los métodos físicos, se abren cada día numerosas lagunas en el conocimiento científico y se advierten procesos biológicos completamente desconocidos.

Uno de los objetos de la Química ha sido desde la época de la alquimia conseguir la prolongación de la juventud del hombre. Es así como en todas las partes del mundo se buscan medios para detener la senectud, para atacar las enfermedades y prolongar la vitalidad física y mental. Los diferentes grupos de células son enfocados por numerosos grupos de investigadores desde varios ángulos y son estudiados en diferentes seres de la escala zoológica y vegetal, desde su génesis hasta su destrucción natural. Se recurre a experimentos raros y antinaturales que son obras maestras del arte y del talento científico.

En el siglo XX se consiguió prolongar la vida; el éxito se debe no en pequeña parte, a las investigaciones sistemáticas de los principios activos de plantas que el químico extrajo, analizó, estudió sus acciones para averiguar la constitución y, al final, el farmacólogo y el médico las aplicaron en sus experiencias.

(*) Discurso de incorporación como Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación.

La curación de las enfermedades pertenece al campo del médico. Para conseguir este fin debe disponer de remedios que no deben faltar nunca aun cuando se apliquen todas las medidas preventivas y curativas de la higiene, dietética, cirugía, etc. Sin terapia, con medicamentos no es posible la actividad del médico al servicio de la humanidad. Eso vale para todas las épocas de la historia de la medicina, teniendo cada una de sus características propias y así también nuestra era que ha enriquecido enormemente el tesoro medicinal con drogas eficaces, acerca de las cuales, hace 100 años, ninguna persona se hubiera atrevido a soñar.

En esta sesión, analizaremos brevemente *el reino de las plantas como fuego inspirador que ha encendido vivamente la imaginación creadora del hombre* desde los albores de la humanidad.

Me parece adecuado recurrir al desarrollo histórico para introducir al espíritu y a las tareas prácticas de la terapéutica y así advertir las fuerzas básicas del desarrollo científico. Debido al estudio de la perspectiva histórica, la concepción del investigador en un campo estrecho se amplifica y la distancia de los problemas actuales le es favorable.

Hace tiempos inmemoriales se ha investigado la flora terrestre con respecto a su aplicación. Las experiencias se han comunicado oralmente de una generación a otra mezclando cosas reales con cosas dudosas o imaginarias, a menudo, llenas de supersticiones. El hombre maduro que confía en una regulación centralizada de sus necesidades vitales, no mostró gran interés en estas cosas y se perdieron muchos conocimientos, sin duda, valiosos. En todo caso el hombre reconoció por sus investigaciones que hay plantas venenosas que poseen otras cualidades fuera de matar; estas mismas en cantidades pequeñas curan enfermedades y así descubrió drogas que alivian dolores, que hacen olvidar el mal estado del enfermo, que producen las delicias del paraíso, sustancias que se denominan narcóticas, a veces, somníferas. Además, se encontraron drogas que actúan como tónicos y estimulantes o laxantes o febrífugas, colo-

rantes, ingredientes para productos cosméticos y otros.

Una leyenda cuenta que un gran pensador chino Lao-tsé (395-305 A. de J. C.) había descubierto la planta maravillosa de la vida larga "el *Panax ginseng*" o ginseng, en chino Jen-Shen. Según otra versión, sería el poderoso espíritu de la montaña el que habría enviado a la humanidad sufriente un salvador, un niño en forma de un rábano con aspecto de persona: era la raíz del *Panax ginseng*. Esta raíz poseyó en Corea, China y Japón un prestigio fabuloso contándose también que sólo era encontrada por personas dignas y ellas debían cumplir con ciertas reglas y requisitos. Antes de ir a la montaña para recolectarla debían evitar alimentos de origen animal, bebidas alcohólicas y llevar una vida casta. El día de la partida debían lavar su cuerpo y hacer sacrificios al Dios de la Montaña. Los chinos creían que el *Panax* debía su origen al relámpago que entraba en el agua y producía esta planta, la fuente de la vida y muchos creían, además, que ella tenía la facultad de transformar en un hombre, en un ave o en una piedra.

Existe una obra china de 52 tomos, "Pent-ts' aokang-mu" (clasificación de plantas y hierbas) del año 1597 con amplias informaciones sobre esta planta. Según aquella obra, este vegetal ayuda al pulmón, refuerza el bazo, enfría el fuego, amplía el espíritu, elimina el terror, arregla la circulación, elimina la fiebre y revive la vis vitalis cuando ya se ha agotado, prolongando la vida, rejuveneciendo.

Investigadores chinos y japoneses aislaron de la raíz ginseng, fuera de saponinas y aceites etéreos, el ácido panáctico, un ácido graso superior y fitosterina, y además un glucósido: la *ginsarina*, que excita el sistema nervioso vegetativo y actúa especialmente sobre el simpático; contiene vitaminas B₁ y B₂, disminuye la presión arterial, es diurética y aumenta el vigor sexual. Se ha introducido como droga en la homeopatía europea, usándose contra la neurastenia.

Hay también médicos que niegan valor a la planta. Se debe en estos casos considerar que la investigación del ginseng no ha terminado y que hay muchas especies de ginseng, de las cuales seguramente pocas tienen efectos medicinales y por eso en la antigüedad el peso de la raíz legítima se ha pagado con 500 veces su peso en plata y todavía a principios del siglo XIX la raíz tenía un valor 18 veces más caro que el oro y por eso hay muchas falsificaciones y mezclas sofisticadas. Hoy día la raíz ginseng de Corea se ofrece a un precio extraordinariamente elevado. En publicaciones modernísimas aparecen remedios como el Tai-Ginseng a base de la verdadera raíz asiática considerada como un tónico biológico altamente efi-

caz para el corazón, sangre, circulación, nervios, glándulas y metabolismo.

Interesante es que en el imperio chino esta raíz sirvió como pago de tributos y se consideró como uno de los mayores honores, cuando el emperador regaló una raíz coreana a uno de los súbditos.

Superstición semejante a los poderes mágicos que los chinos atribuyeron al ginseng, reinó en Europa con respecto a la raíz del *alraune*. Modernamente se ha demostrado que el extracto del *alraune* o mandrágora tiene cierto efecto citostático sobre sarcoma.

A otra raíz, a la de *tsumi majus*, cultivada por árabes y egipcios se le ha puesto cierta cualidad protectora contra las quemaduras del sol. Últimamente se extrajo el principio activo de esta droga (8 metoxi-psoraleno) que fortalece la pigmentación de la piel y se usa por vía bucal para obtener un aspecto dorado de la piel. El psoraleno es un veneno eminentemente tóxico para los peces empleado por las tribus salvajes para adormecerlos y apoderarse de ellos. En el mundo civilizado es empleado como insecticida semejante como la rotenona.

Algunas tribus de indios mexicanos emplean todavía para fines mágicos drogas que contienen alcaloides con ácido lisérgico C₁₆H₁₆O₂N₂ y sus derivados con propiedades psicomométicas. El ácido lisérgico contiene un núcleo complejo formado por la soldadura del indol con la quinoína.

Se sabe que un derivado del ácido tiene como coadyuvante de la psicoterapia un interés enorme.

Evoca en el paciente hechos olvidados hace largo tiempo; en el psicoanálisis ayuda a descubrir rápidamente material subsciente y con óptimo rendimiento, muy superior al obtenido con los métodos Standard. En muchos pacientes sólo es posible llegar a una psicoterapia efectiva gracias a este ácido. En el extracto de cornezuelo del centeno (*Claviceps purpurea*), un hongo cuyos micelios invaden el centeno y otras gramíneas, se han encontrado diversas bases derivadas del alcaloide ergotina, por ejemplo, *ergotamina* que tiene cierto parentesco en su fórmula con el ácido lisérgico. Estos alcaloides tienen una constitución todavía más complicada por hallarse unidos con restos de polipéptidos.

El ácido lisérgico se ha sintetizado en el año 1954 y la síntesis total de la ergotamina se ha conseguido recientemente en 1961. El médico puede emplear actualmente en dosificaciones perfectamente conocidas este alcaloide sintético en el alumbramiento, donde estimula las contracciones uterinas evitando las hemorragias.

El desarrollo moderno en el campo de las drogas es el resultado de un estado relativamente elevado de conocimientos químicos y medicinales.

Fue Karl Wilhelm Scheele, sin duda, el primero que sistemáticamente y conscientemente buscó con éxito sustancias en la Naturaleza viva. Consiguió aislar los ácidos cienhídrico, tartárico, cítrico, málico, úrico y la glicerina, todas sustancias que todavía hoy día poseen interés en el campo de la Química y de la Fisiología, y todos estos descubrimientos los efectuó dentro del lapso de 1769-1787. A él siguieron otros químicos que aislaron la morfina, la nicotina, la alizarina cristalizada, que se conocía como pigmento rojo valioso para algodón hace varios siglos, usado en tintorería.

El empleo de extractos vegetales es casi tan antiguo como la humanidad misma. Una preparación de remedios, sin embargo, que se basa sobre una investigación sistemática de los efectos empezó muy tarde, después de un considerable avance de varias Ciencias como Química, Física y Matemáticas.

Se ha observado en este siglo el cambio en el método de pensar aristotélico al galileico en las Ciencias Naturales y en la Medicina. En Física y Astronomía el pensamiento galileico es natural. Galileo, el creador de la Física Moderna experimental, dijo: "El verdadero libro de la Filosofía es el libro de la Naturaleza, que continuamente podemos consultar porque está siempre abierto; pero él está escrito con otras letras que las del alfabeto; las letras son triángulos, cuadrados, círculos, esferas, conos, pirámides y otros cuerpos geométricos". Galileo ha pensado sin duda, al escribir esta frase, en la Naturaleza muerta. Descartes desarrolló casi al mismo tiempo ideas mecánicas simples, seres vivos como máquinas. W. Harvey encontró como primera demostración de tales ideas el fenómeno de la circulación sanguínea. Pero la barrera entre lo inorgánico y lo orgánico subsistió todavía 200 años.

En los últimos 60 años las Ciencias Naturales (Biología) y la Medicina han sufrido un cambio profundo. Esta transformación ha creado las condiciones para el rol que corresponde a las Matemáticas en las Ciencias. Prepararon el camino hacia este desarrollo las grandes teorías del siglo XIX: la teoría de la evolución de Darwin, la teoría de la herencia que fue inaugurada por Mendel y la teoría celular. El espíritu galileico se manifiesta, sin embargo, más en el hecho de la penetración de la Química y de la Física en Biología y Medicina. También se ha introducido el experimento planificado en ambas Ciencias. Del método descriptivo y de la contemplación de la forma se pasa al pensamiento dinámico y funcional.

Con la revalorización del experimento se produjo también la transición de los resultados cualitativos a cuantitativos. Galileo decía: "Hay que

medir todo lo que se puede medir y ensayar a medir lo que todavía no lo es". En realidad, infimas diferencias en lo concreto no pueden describirse cualitativamente sino debe ser una medida cuantitativa.

Las Matemáticas se emplean para interpretar los resultados de experimentos, para compararlos entre sí y poner en un sistema de fórmulas las correlaciones empíricamente encontradas. La estadística descriptiva cambió hacia el análisis estadístico seleccionando los métodos adecuados más exactos y separando lo causal de lo esencial.

En el tratamiento teórico de problemas químicos se consiguió un gran progreso. Para elementos y átomos antes conceptos más o menos vagos, se han establecido mediante experiencias prácticas definiciones precisas. Se elaboraron métodos analíticos que permitieron averiguar la composición sumaria cuantitativa.

La cuna de la Química en el siglo XVIII y hasta la mitad del siglo XIX estaba todavía en la botica, pero desde entonces aparecieron laboratorios independientes de la farmacia y particularmente favorecidos por la obra monumental de *Liebig*, quien, junto con Dumas, extendió el método analítico a toda la naturaleza viva.

Es natural que los primeros éxitos en el aislamiento de principios activos se hayan conseguido en el campo de los alcaloides, que se pueden extraer fácilmente mediante ácidos diluidos.

Cuando en los albores de la Química, constituida ya como Ciencia, los químicos orgánicos se preocuparon de aislar sistemáticamente los alcaloides de las plantas, llegaron pronto a un hecho sorprendente y sumamente importante. Se encontró que plantas ricas en alcaloides producen siempre una extensa serie de alcaloides con cierto parentesco. Además, hallaron comparando las series de alcaloides de distintas plantas diferencias tanto mayores en las estructuras químicas, cuanto más distintas eran las formas exteriores de las plantas.

Estas observaciones eran sumamente raras, porque no podría esperarse que la estructura de los alcaloides dependiera de las características físicas de las plantas, así, sería distinto si se extrae el producto de una planta con hojas carnosas, gruesas, o de una especie de pasto fino. Hoy día sabemos que familias de vegetales con diferencias morfológicas, muestran también estas diferencias en el aspecto fisiológico.

El estudio de la *biosíntesis de los alcaloides* conduce no sólo a reconocimientos fisiológicos en plantas sino también al desarrollo de nuevas posibilidades de síntesis. Tales síntesis, que nos enseñan la célula vegetal, pueden frecuentemente realizarse también en el Laboratorio, sin la participación de la célula.

La finalidad de la Química Moderna de las ma-

terias naturales debe ser alcanzar el aislamiento, la separación y la determinación de la constitución de las substancias mejorando los métodos y, finalmente, aislar los principios biológicos activos más complicados y más sensibles para llegar finalmente a la síntesis de las substancias, manteniendo las condiciones que están presentes en la célula. Además, la biogénesis nos proporciona el descubrimiento de etapas intermediarias, donde se forman substancias de una gran reactividad, de una existencia corta y en bajas concentraciones que por medios analíticos corrientes no pueden determinarse.

Para la determinación de la constitución de nuevos alcaloides, el conocimiento de correlaciones biogénicas es de gran valor porque se puede predecir el esqueleto estructural, el número y la posición de los substituyentes y, por otro lado, pueden surgir dudas sobre la fórmula de constitución de un alcaloide cuando éste contradice las ideas biogénicas.

Al haber explicado en una planta una serie de alcaloides y haber determinado el modelo común de su estructura, puede predecirse qué otras combinaciones químicas serían posibles y si ellas se encuentran a menudo en los alcaloides secundarios o en una planta pariente.

Diferencias en la biosíntesis de alcaloides pueden producir resistencia contra el perjuicio causado por insectos como muestra el ejemplo de la papa silvestre (*Solanum demissum*). Esta planta contiene en sus hojas un esteroide, alcaloide derivado de la dimissidina, y debido a este hecho es resistente contra la larva de la papa llamada tizón, como pudo demostrar el químico alemán E. Kuhn, en 1947. La solanidina que corresponde a la papa cultivada y que no posee ninguna resistencia, se distingue de la demissidina por un doble enlace. Es decir, sólo una pequeña variante en el camino de la biosíntesis, es responsable de la resistencia de la papa silvestre, y es por eso tarea primordial el experimentar para hacerla cultivable.

El tiempo necesario actualmente para determinar la fórmula estructural de un alcaloide es bastante inferior al de hace 100 años, porque al lado de reacciones químicas sumamente específicas de descomposición, métodos modernos químicos y físicos de análisis, se dispone ahora de conocimientos biogénicos. La discusión de su biogénesis simplifica muchas veces esencialmente el esclarecimiento de un nuevo alcaloide aislado. El tiempo que transcurre entre aislar y explicar completamente la estructura se ve en los siguientes ejemplos.

La estructura del alcaloide más sencillo, la conina (cicufina), alfapropilpiperidina se estableció en 1884, o sea, 57 años después de su descubrimiento y su síntesis la efectuó Ladenburg en

1886, lográndose también la síntesis de sus parientes atropina y cocaína.

El tratamiento de los alcaloides complejos exigió una metódica más refinada. Así, la morfina fue descubierta en 1817 por Sertürner. El esclarecimiento de su constitución tuvo lugar después de 110 años y la síntesis total, realizada por Gates, demoró 135 años.

Para conocer la estructura de la quinina fueron necesarios 88 años, y la síntesis total fue realizada por Woodward después de 124 años.

No se conoce aún la síntesis total de una serie de alcaloides importantes, tales como estricnina, yohimbina y tubocurarina. En el caso de la aconitina, descubierta en 1856, todavía ni se conoce su constitución. La colihirina, que ejerce una acción inhibitoria sobre la división celular tanto en plantas como en animales, también ha intrigado a muchos investigadores.

Una obra extraordinaria hizo H. Wieland, que estableció la constitución de los alcaloides de la lobelina dentro de sólo pocos años, de 1921 hasta 1929.

El aislamiento de un alcaloide es fruto de una colaboración íntima entre un químico y un biólogo que continuamente debe controlar el efecto de un extracto y sobrevigilar el avance del proceso de purificación, pero semejante como en la Química, también la investigación biológica correspondiente obtiene sólo tarde el nivel necesario de desarrollo. Unas pocas observaciones se han registrado a fines del siglo XVIII, pero farmacología propiamente tal existe desde el año 1860. De una importancia decisiva para el reconocimiento y la producción de medicamentos es el desarrollo de *tests* apropiados, sencillos y rápidos para identificar y registrar las funciones de los órganos y la influencia de los fármacos.

El desarrollo de la Química Orgánica y el florecimiento de la farmacología a fines del siglo XIX, empieza con la producción de remedios por vía sintética e independientemente de sus modelos naturales. Los primeros éxitos se consiguieron sin grandes dificultades en el campo de los antipiréticos y analgésicos, hipnóticos y sedantes, donde fácilmente se puede perseguir el efecto.

A esta clase de remedios libres de modelos en la Naturaleza pertenece una parte importante de las substancias quimioterapéuticas.

Los fundamentos de la Química Orgánica necesarios para la preparación de medicamentos se han establecido en la mitad del siglo pasado, y así podría desarrollarse ampliamente la investigación mediante métodos químicos, pero vamos también a subrayar la importancia de los métodos físicos como auxiliares para aislar y esclarecer la estructura de las substancias naturales. En primera línea figuran los métodos ópticos, refrac-

ción, dispersión, polarización, rotación de la luz, cuya aplicación exigió un desarrollo cada vez más profundo de la técnica instrumental, la espectroscopía en el campo del ultravioleta y en el campo del infrarrojo.

La cromatografía en sus diversas formas que se ha introducido realmente en el año 1931 cuando Kuhn consiguió la separación de alfa y beta carotina, métodos que se basaron en la investigación del botánico ruso Tswett. Rayos roentgen y radioactividad también se han introducido en la investigación, sea para esclarecer la estructura cristalina o la posición de los átomos en la molécula de substancias complejas, también introducción de isótopos radioactivos como elementos "tracers". Sirven ellos para determinar la estructura bioquímica de substancias naturales, por ejemplo, perseguir su muerte en el metabolismo del organismo. Microbalanzas, electrodos de vidrio, polarógrafos, ultracentrífugas, microscopios electrónicos son elementos de trabajo indispensables. Es un hecho que para el químico es imprescindible la ayuda del físico, no solamente en teoría sino también en la práctica. Ambos campos, Química y Física, se penetran cada vez en mayor escala.

El aspecto sin duda más atrayente del mundo maravilloso de los vegetales es el de los pigmentos, que ha inspirado profundamente la mente creadora del químico.

Los pueblos primitivos ya tuvieron sus artistas que arrebataron sus más bellos colores a las flores, plantas, frutos, raíces, cortezas, plumas y aderezos variados.

En México, los aztecas y sus antecesores conocieron el arte de teñir, lo mismo los incas del Perú y los araucanos en Chile. Los químicos ya antes de 1840 se preocuparon de transformar los colorantes naturales y se inspiraron en ellos para imitar a la Naturaleza. Un ayudante del gran químico alemán Hoffman, Guillermo Perkin, inglés (1838-1907) retiene el título de fundador de la industria de las materias colorantes artificiales. Fue un investigador original. Fabricó entre muchos colorantes el llamado violeta de Perkin, colorante que tuvo inmediata acogida de parte de los tintoreros franceses, quienes introdujeron el nombre de malva o malveína por su propiedad de teñir como el color lila de las flores de malva. El nuevo colorante se cotizaba al mismo precio que el platino, por unidad de peso, y llegó a alcanzar una considerable popularidad durante una década. El color es muy llamativo y, por entonces, no se podía obtener un tono semejante a ninguno de los colorantes conocidos.

El descubrimiento de Perkin tuvo una gran repercusión pues su colorante se puso de moda y muy pronto químicos y tintoreros de todos los

países, estimulados ante las perspectivas comerciales de este descubrimiento a base de aceites de anilina, se lanzaron a obtener la malveína, ensayando empíricamente la acción de numerosos reactivos oxidantes sobre los aceites de anilina, productos de la destilación de la hulla. De esta manera empezaron a surgir nuevos colorantes rojos, violetas, azules, verdes; los colorantes de rosanilina, la fucsina, el cristal violeta, el verde de malaquita, el violeta de genciana, etc. Otro colorante de la fábrica Hoechst, Alemania, hizo carrera en Lyon, en 1864. Con ojos de entendido el tintorero Maitre Renard examinó las muestras de color verde que el comerciante de Frankfurt, Ridder, le enviara. Las acercó a una luz de linterna de gas... ¡Qué color maravilloso!, exclamó, entusiasmado e impresionado por el verde luminiscente del nuevo colorante. Todos los colores verdes hasta ahora conocidos, tenían un tinte azul en la noche, pero este verde aldehídico de Hoechst no perdía su color original en la luz artificial, el contrario, aparecía más profundo y más lindo.

Inmediatamente entregó a su sastre la tela para hacer un vestido de noche: "Un regalo de la ciudad de Lyon a la emperatriz Eugenia".

La elegante dama se maravilló con ese regalo y en la soirée siguiente hizo su aparición en el salón de la ópera de París magnetizando todas las miradas llenas de admiración y celos de las mujeres parisienses. Fue esa noche la reina de la elegancia y de la distinción lanzando a la moda el verde de Hoechst que se impuso en Europa.

En esta rápida ojeada a los colorantes del reino vegetal, no podemos dejar de detenernos un breve instante en un fenómeno que observamos cada año cuando llega el otoño; me refiero a los colores rojos y amarillos que aparecen en ese tiempo en los árboles con follaje verde. Hace más de 100 años los botánicos se interesaron en estos procesos y hoy día sabemos algo sobre las causas del cambio sin haber aclarado todo. Los procesos que conducen a la aparición de los colores otoñales se hallan evidentemente relacionados con la muerte de la hoja y tienen conexión con la evacuación de materias desde las hojas de ciertas substancias que son muy valiosas más tarde para la iniciación del desarrollo posterior durante la primavera siguiente. Los colorantes rojos de las hojas otoñales no son otros que los antocianos. Ellos aparecen en aquellas partes donde el tejido vegetal sufre carencia de N y P y, precisamente, ambos elementos son retirados de las hojas en el Otoño. Estos colores amarillos y rojos son un fenómeno de vejez tal como generalmente en las personas lo es el pelo gris y blanco.

Considerando las plantas desde el punto de vista de su importancia medicinal, destaca entre las yerbas que se ocupan desde hace miles de años la

matricaria chamomilla, manzanilla común o vulgaris. Escritos de Dioscórides, Plinius y Palladius dedicaron capítulos especiales a esta planta destacando su efecto curativo. El gran Paracelsus, médico de la edad media describe sus propiedades curativas, recomendando su infusión para limpiar heridas y reconociendo sus propiedades antiflogísticas. Todavía se emplea en la medicina popular, no faltando en ninguna farmacia. Al final de la edad media, cuando ya se conoció el arte de destilar, se obtuvo el aceite de manzanilla con su color azul característico que se atribuyó en un principio a impurezas de Cu debido al uso de calderas de este metal en la destilación. Pero el color azul quedó también cuando más tarde se hizo la destilación en aparatos de vidrio, por lo tanto, el color era una propiedad característica del aceite de manzanilla. El químico francés Piesse, 1863, aisló el componente azul del aceite, lo identificó como hidrocarburo y le dio el nombre de azuleno debido a su precioso color azul. Pero sólo en el año 1936, Pfau y Plattner, aclararon la constitución de su molécula. Empezó la síntesis de este hidrocarburo dicíclico encontrándose varias posibilidades tanto para él como para sus derivados, muchos de los cuales tienen propiedades antiflogísticas, antialérgicas y reparativas, farmacológicamente comprobadas.

Los resultados experimentales han sido bastante halagadores para tratamiento de eccemas, urticarias, asma bronquial y, además, es la sustancia madre de muchos colorantes.

Ghandi mascó continuamente la raíz de Rauwolfia; años después de su muerte, se descubrió la acción antihipertensiva, al aislarse de esta planta, hace poco, la reserpina, que se caracteriza por su efecto sedativo e hipotensor. Así esta droga india hizo su entrada en la medicina. La planta pertenece a la familia de las Apocináceas. Los representantes de esta familia llevan zumo lechoso, que se aprovechó a veces como materia prima para fabricar caucho; pero por otra parte, contiene venenos como glucósidos y alcaloides; por ejemplo, las especies de estrofantos contienen el glucósido estrofantina, muy empleado como tónico cardíaco semejante a la digital.

En el tesoro medicinal actual de la humanidad, no puede encontrarse una droga, cuyo empleo se haya hecho más generalizado, más popular y con más éxito que la aspirina (ácido acetyl salicílico), la pequeña tableta blanca de Bayer que ha ampliado extraordinariamente en sus 61 años de vida el campo de aplicación. Ya antes de Cristo se conocía el poder curativo de las hojas y, especialmente de la corteza del sauce empleada por Hipócrates (1460-1370 A. de J. C.) y Plinius (23-79 D. de J. C.) como remedio contra la fiebre. La principal sustancia activa y responsable de

estos efectos es la salicilina, glicósido del cual la corteza del sauce contiene un 0,5 a 7,5%, según la especie. Este glucósido ya en la planta y, especialmente, debido a una enzima, se desdobra en azúcar y en el alcohol saligenina (alcohol salicílico) que se oxida en el cuerpo a ácido salicílico, que es el verdadero responsable de los efectos deseados.

Respecto a las vitaminas constituyentes esenciales de la alimentación de los animales, que se encuentran en pequeñas cantidades en los alimentos naturales, mencionaremos las vitaminas del complejo B, cuya ausencia causaba el beri-beri en el hombre y la polineuritis en las aves y que se han dividido en unos 12 grupos de componentes. Con estas vitaminas se han conseguido últimamente muchos resultados interesantísimos que dieron la clave del por qué el empleo exagerado de antibióticos como la penicilina y sustancias semejantes es sumamente peligroso para el organismo. La flora bacteriana del intestino, indispensable para el proceso de la digestión, es productora muy activa de vitaminas y ejerce su actividad con más intensidad cuanto mayor cantidad de estas vitaminas hay en los alimentos. Esta capacidad de las bacterias de producir vitaminas puede disminuir peligrosamente mediante el uso exagerado, sin criterio, de antibióticos, y se ha observado así avitaminosis muy peligrosas y, a veces, con pérdida de la vida.

Observaciones anteriores se hicieron con la vitamina K, que originalmente fue encontrada por el investigador Dann en Copenhague, declarada como antihemorrágica. Ahora se han sintetizado las vitaminas K₁ y K₂. En el organismo es sintetizada por microorganismos del intestino donde los colibacterios desempeñan normalmente un papel decisivo. Esto muestra cómo influye en la salud y bienestar la flora bacteriana del intestino sano y qué efectos desastrosos se producen al alterarse repentinamente.

Para el químico es interesante el hecho que la vitamina K tenga en su estructura un gran parentesco con la clorofila de las plantas; es así que K₁ se encuentra en las partes de la planta que son verdes, es decir, donde no hay clorofila. Las partes vegetales, pobres en clorofila, no contienen K₁; tanto la formación de la clorofila como de K₁ dependen de la acción de la luz.

Las misteriosas correlaciones entre la constitución química y el efecto biológico que la hacen necesarias para la formación de la protrombina en el hígado ha llevado en este caso de la vitamina K, factor antihemorrágico, a un fenómeno paradójico. Al introducir en la molécula de la vitamina K un pequeño cambio químico, entonces se engendran sustancias que tienen un efecto exactamente contrario, las antivitaminas K que

inhiben la coagulación, propiedad que ha aprovechado la medicina práctica sintetizando el químico drogas como antagonistas de la vitamina K, que inhiben la trombosis.

Pueden emplearse más fácilmente estados de carencia, después de emplearse sustancias antibióticas, porque en casos de enfermedades para cuya curación se necesitan antibióticos, la síntesis de vitaminas en el intestino se ha disminuido generalmente ya debido a perturbaciones de la alimentación, mientras que precisamente la necesidad en vitaminas es mayor en tales estados de enfermos sin fiebre.

Por eso, W. Stepp, München, una autoridad en alimentación, advierte no emplear en cada ocasión indiscriminadamente antibióticos, sino restringir la aplicación de estas sustancias que poseen sin duda doble cara frente a enfermedades graves y, al mismo tiempo, administrando grandes cantidades de vitaminas.

Para la síntesis mencionada arriba de la vitamina en el intestino, es de gran importancia una sustancia que, al principio, fue descubierta como factor preventivo de la pelagra y hoy es conocida químicamente como ácido nicotínico (niacina), que pertenece al grupo de la vitamina B₂. Esta vitamina es, además, indispensable para el desarrollo y mantención de los dientes.

Un grupo de sustancias que día a día adquiere más interés en Química está constituido por las *auxinas*. Son cuerpos de constitución química relativamente sencilla e industrialmente fabricadas tales como el ácido naftil-acético y sus sales, y el éster del ácido 2-4 dicloro fenoxiacético. Tienen un efecto extraordinario en el proceso del crecimiento de plantas, y actualmente se aprovecha en el cultivo de árboles frutales para conseguir frutas de gran valor comercial.

Según su manera de actuar, la auxina es una fitohormona que de la misma manera que otras hormonas muestra efectos en diluciones extremas y así hay que aplicarlas en los *tests* fisiológicos. Para identificar químicamente las sustancias sería necesaria una cantidad enorme de material. Sólo cuando en 1931, en Holanda, el Profesor Koegl, mi Profesor de práctica orgánica en Munich, demostró que también esta sustancia es eliminada por la orina humana en apreciables cantidades, se encontró así una materia prima que sirvió para prepararla en grandes cantidades. Koegl identificó la auxina como ácido indol-acético, un producto de la degradación del triptófano, que como aminoácido entra en la composición de muchos albuminoides.

Dosis elevadas de auxinas conducen a resultados muy opuestos, muy sorprendentes, y así una concentración de 10^{-3} gammas por cc. mata las células.

Ninguna auxina vegetal desde el descubrimiento del ácido indol-acético ha llamado la atención del mundo científico como las gibberelinas, sustancias aisladas del hongo (*Fusarium moniliforme*); desde 1954, han aparecido más de 600 publicaciones sobre este problema y se ha establecido la composición de los diversos componentes con sus respectivas fórmulas estructurales.

En el campo periódico de la historia cultural se repite que en tiempos de decadencia y de revoluciones aumenta el anhelo de tener mayores comodidades y vivir más velozmente la vida. Una medida de este fenómeno cultural es la industrialización y motorización creciente desde 1910, que hizo necesario disponer cada vez de mayores cantidades de *caucho*. La Naturaleza había presentado el modelo perfecto que cumplía en todos los aspectos con las exigencias del hombre. Este se lanzó a la aventura de descubrir su estructura, la tarea fue muy larga y llena de escollos. Fue necesario una serie de síntesis muy difíciles y sólo en los últimos años se consiguió realmente, con la polimerización estereoespecífica del isopreno, el metilbutadieno, caucho natural sintético, copia fiel del modelo natural. Ha sido relativamente fácil sintetizar el nitrato de sodio, salitre, u otros productos simples, pero sintetizar un producto natural polimerizado con un estructura química sumamente compleja, cuyos grupos en su masa molecular muestran determinadas posiciones, era una tarea sumamente difícil y minuciosa.

El primer caucho sintetizado industrialmente fue el metil-caucho, obtenido por polimerización del 2-3 dimetilbutadieno; él desempeñó en la primera guerra mundial un papel importante en Alemania, que pronto no pudo importar caucho natural. Su calidad, sin embargo, no era suficiente, resistiendo los neumáticos rara vez un recorrido sobre 3.000 km. Pronto se sintetizó *buna*, es decir, caucho a base de butadieno que se polimerizó mediante sodio (en alemán, Natrium; bus=butadieno), más tarde, buna S, un copolimerizado de butadieno y estírol en la proporción de 75:25, que necesitó una temperatura de reacción de 45 grados C.

Este caucho tibio tenía la gran desventaja de exigir una degradación térmica antes de elaborar con él productos útiles. Un gran avance representó el caucho frío (cold rubber) obtenido a temperatura ordinaria con una redox-polimerización, empleando al mismo tiempo como oxidante agua oxigenada y como reductor iones ferrosos que se regeneraron continuamente debido a la presencia de otro reductor, es decir, existía una acción continua de cambio entre oxidantes y reductores, alcanzando una velocidad de polimerización extraordinariamente elevada que se realizó sólo a 5° C. y tres veces más rápido que en el

caucho tibio y, además, mejoraron substancialmente las propiedades de este producto.

En los últimos años se sintetizaron muchos miles de toneladas de caucho, tanto en EE. UU. como en Alemania y en Rusia, según este sistema. Hace muy poco tiempo que se sintetizó un polímero de isopreno, especialmente importante, tanto desde el punto de vista científico como económico que tiene exactamente las mismas propiedades y la misma estructura del producto natural.

Se han conseguido otras variedades de caucho debido a la aplicación de nuevos sistemas de catalizadores, particularmente los estereocatalizadores por K. Ziegler y G. Natta, quienes emplearon en la polimerización estereoespecífica, combinaciones alúminoorgánicas y haluros de metales pesados (especialmente Ti), también finas dispersiones de berilio con un diámetro de las partículas de alrededor de 20 micrones y combinaciones litoorgánicas (butilo de litio). Así trabajan actualmente firmas en el mundo, por ejemplo, la Hüls Werke, en Alemania, y las firmas Firestone o Goodrich, en EE. UU. En la espectroscopía infrarroja poseemos un método cómodo y sensible para determinar y controlar las diferentes partes de la estructura del producto sintético; se compara con el producto natural, y así ha sido posible obtener un material sintético que corresponde exactamente al caucho natural.

Aparte completamente de este proceso de motorización, el ansia del hombre de gozar la vida se manifiesta en la *alimentación*, en el consumo de *condimentos*. Ellos no son absolutamente necesarios, sin embargo, cuando faltan, la comida es poco grata, menos estimada y disminuye las alegrías de la buena mesa.

Las especias han jugado un rol muy importante en la política mundial. Hoy día la Química le ha restado importancia económica a estos productos y no se desencadenarán guerras por poseer jardines con nuez moscada y clavo de olor. Muchas substancias químicas contenidas en las especias ya se han sintetizado en la retorta y se encuentran en el comercio.

Un descubrimiento de una importancia trascendental para la humanidad han hecho en el año 1960, después de una investigación que duró más de 20 años, dos químicos alemanes de la Universidad Técnica de Munich. Hace más de 100 años los científicos han procurado inútilmente obtener *clorofila* químicamente pura. Hace algunos años, unos químicos de Basilea consiguieron aislar cristales de clorofila vegetal. Los dos químicos de Munich obtuvieron la síntesis de la clorofila A, verde-azul y la clorofila B, amarilla-verde, en 1960. Son los profesores Martin Strell y Dr. Antonio Kalajanoff, que continuaron los trabajos

de Hans Fischer, quien recibió el Premio Nobel por sus extraordinarios trabajos sobre la síntesis del colorante rojo de la sangre, de la hemina y de la bilirrubina, y aclarando también en aquel tiempo la estructura de la clorofila.

Tres meses después, un científico norteamericano, Profesor R. B. Woodward, consiguió la síntesis de una de las clorofilas, la clorofila A.

La prensa científica expresó: "Los químicos han conseguido un éxito como sólo una vez le es dado a la ciencia obtenerlo en decenios. Han arrancado a la Naturaleza un secreto de una importancia análoga a la del descubrimiento de la fisión del átomo en la Física".

Esta síntesis de la clorofila abre nuevas esperanzas. Quizás es posible imitar la Naturaleza en forma más sencilla, es decir, reproduciendo en el Laboratorio la fotosíntesis con la ayuda de la clorofila sintética, dejando las plantas a un lado como productoras de alimento.

No se puede aun pretender en imitar industrialmente el proceso natural de la asimilación clorofílica, transformando montañas de piedras calizas en anhídrido carbónico que con el agua y la clorofila como catalizador sintético producirían en el futuro azúcares, almidón, celulosa en cualquier cantidad y a precios convenientes sin necesidad de recurrir a la agricultura. El precio de la clorofila sintética en contraposición con el producto natural es demasiado elevado, considerando que en la síntesis se pasa por unas 30 etapas intermediarias y que sólo ha sido posible obtenerla en microcantidades.

De muchas substancias se conoce la síntesis, pero no se recurre a este camino porque los organismos las producen más rápidamente y a menos precio, por ejemplo, la penicilina, vitaminas, cortizonas, azúcares, etc.

Grandes esperanzas sí ofrecen las diminutas algas verdes del género *Chlorella*, que aumentan por día considerablemente su peso, bajo la acción de una fuente de luz adecuada. Una especie de estas algas, descubierta recientemente en EE. UU., aumenta 10.000 veces su peso por día y desprende por hora más de 200 veces su volumen de oxígeno. Se ha preparado una suspensión tal de estas algas que es capaz de suministrar la cantidad de oxígeno necesario para la vida de unos 100 hombres. General Electric ha construido para estos ensayos lámparas adecuadas con hilo de wolframio, que no son más grandes que un lápiz. Con ayuda de esta circulación de materias, un submarino podría, teóricamente, navegar durante años, siempre que la tripulación quede contenta con tal alimento a base de algas.

Los productos del catabolismo humano pueden eliminarse quemándolos o por descomposición bacteriana, formándose anhídrido carbónico y agua

y ambos serían incorporados a las algas nuevamente. Surgen así nuevos medios que vienen en auxilio del hombre para solucionar problemas vitales que preocupan hondamente a las generaciones de hoy. Este proceso alternado entre el ciclo de algas y ciclo del aire representa actualmente la única solución para resolver el problema de la subsistencia, y va a desempeñar un gran rol en el futuro para mantener la vida en las estaciones del espacio y en los largos viajes interplanetarios.

Respecto a los *carótenos* y otros productos del reino vegetal, no voy a referirme en esta oportu-

nidad, porque su tratamiento exige mucho más tiempo del que dispongo en estos momentos.

Bástenos saber que el período de las drogas no ha pasado aún...

El horizonte de la humanidad, sobre la base de la Química inspirada en el reino vegetal, se abre con generosidad; muestra nuevas perspectivas de vida con una riqueza de medios insospechados que permitirán un desarrollo integral más perfecto del individuo, prolongando su vitalidad, permitiendo un mejor aprovechamiento de su inteligencia y experiencia al servicio de la creación científica.

Homenaje a Alonso de Ercilla en España

I

SERGIO FERNÁNDEZ LARRAÍN

Embajador de Chile en España.

Ercilla, poeta de la espada

Texto del discurso del Embajador de Chile en España en el traslado de los restos de D. Alonso de Ercilla y Zúñiga.

Señores:

La íntima, recogida sombra de esta iglesia de Ocaña tutela desde hoy la ceniza de una voz, el polvo de un canto. Carmelita y descalzo es el recinto a donde hemos venido a depositar el cuerpo —cuatro veces centenario— de este héroe de la poesía, poeta de la espada, que se llama don Alonso de Ercilla y Zúñiga. Aquel que tanto viajó, pasando climas, mudando constelaciones, llegando "a donde otro no ha llegado", extendiendo la corona de España "hasta casi la austral frígida zona", yace quieto, acallado en el corazón de un blanco muro, sin otro fulgor que el bronce de una lápida trabajada por las manos y la devoción de un escultor ilustre. Aquel que hizo entrar el obscuro nombre de Chile al reino de la Poesía Universal,

"armando siempre, y siempre en ordenanza,
la pluma ora en la mano, ora en la lanza",

recibe ahora en sus despojos el homenaje de ese mismo pueblo chileno, que nació a la luz del mundo en las estrofas cristianas y militares de "La Araucana".

Pequeño es el templo en que descansa el primer acento épico de España. Sin oropeles ni gallardetes ni música, el cortejo de quienes hemos venido a acompañarle.

Sofrenada la voz del Embajador de Chile, que ahora quisiera hablar con más emoción que brío, con más silencio que discurso.

Bueno y bello es que así sea. Bueno y bello que se rinda un tributo austero a una voz tan opulenta. Porque éste no es de aquellos actos fugaces, circunstanciales y retóricos que requieren resonante ruido para abultar su importancia.

Por el contrario, vale por sí mismo y para siempre. Significa y representa un doble cumplimiento: el deseo del pueblo de Chile y de los habitantes del pueblo de Ocaña de convertir la tumba de Ercilla —hasta ahora recluida en clausura— en un centro de peregrinación de gentes y la obligación de ejecutar la voluntad del propio Alonso, quien, al fundar esta Casa, dispuso que se le enterrara dentro de la iglesia del Convento.

He aquí que 367 años después de su muerte, hemos venido a cumplir su devoto anhelo. Y aquí estamos, en apretada gavilla fervorosa, un grupo de representantes oficiales, culturales y artísticos de España y de América, que no olvidaremos nunca esta ceremonia entrañable, pues somos como la familia después de los siglos que ha

venido a dar tierra a su abuelo histórico y a su adelantado lírico.

Pero no estamos solos, sus deudos de raza, de espíritu y de verbo. También se encuentra aquí presente, en invisible latido, la larga y exuberante romería del paisaje chileno que se asomó una tarde a las octavas reales del poema. Aquí están las montañas de los Andes ofreciendo el regalo de sus cumbres al cantor de sus nieves. Aquí, los cielos de "rosada aurora" y los que cernían "mayor guerra que el trabajo y peligro de la tierra". Aquí, la selva umbría y verde, apretada como una espada en la contienda. Aquí, el inmenso mar armado de olas combatientes, rezando el rosario de sus islas. Y la turbulencia de los ríos corredores, y la clara transparencia de lagos y arroyuelos. Aquí, los prados extendidos como una mano de vegetal amistad. Aquí, los árboles y las flores y el viento. Y el trinar de pájaros y el aullar de aguaceros. Aquí, la sonrisa de los soles y el misterio de las noches araucanas. Aquí está, presente como un hijo, la geografía emocionada de Chile. La voz de Ercilla fue la madre que la echó a correr por el mundo y que ahora la trae a devolverle una oración en su tumba.

Excelentísimo señor Alcalde de Ocaña: Permítmeme ofrecerles —en nombre del pueblo de Chile— esta lauda funeraria que es el simbólico homenaje de mi patria a don Alonso de Ercilla y Zúñiga. Puedo aseguraros que, justamente en estos tiempos de discrepancias y dispersiones, cuando nadie parece estar de acuerdo en el amor y en el desamor, ocho millones de chilenos nos congregamos esta tarde, en comunidad fervorosa, al pie de este sepulcro. Todos solidarios en este tributo de admiración y de gratitud al poeta de España que fue el primer poeta de Chile. Todos, deseosos de que esta ilustre ciudad, la Ocaña de Vicus Cuminarius, de don Juan II de Castilla, de los Romanos y los Arnaltes, de la primera mirada de amor entre doña Isabel y don Fernando, de la última mirada terrenal de don Rodrigo Manrique el Comendador, del "Peribáñez", del eterno Lope, que ahora ofrece al visitante la tumba del eterno Ercilla, se convierta en uno de los corazones palpitanes de España.

Junto al cuerpo de don Alonso, frente a su lápida, entre los muros que levantó su piedad, imaginamos que su espíritu nos acompaña. Y que, al vernos aquí presentes, en este recinto de paz que sus huesos anhelaban, ha de estar mirándonos y escuchándonos con los ojos y los oídos de su alma inmortal.

En nombre del pueblo de Chile, yo me dirijo a él, como si le tuviéramos vivo, y digo a su memoria:

Señor Capitán, fundador de nuestras letras, padre de nuestras voces:

Tú, que en la inmensidad del Nuevo Mundo, elegiste el más remoto de los rincones, el más humilde de los reinos, el más duro de los paisajes, "veinte leguas" de la Araucanía, aquella "fértil para inmortalizar en treinta y siete cantos las provincia y señalada en la región antártica famosa", descansa en paz en tu sepulcro de Ocaña;

Tú, que lejos de apoyar tu pluma en las hazañas de Cortés y de Pizarro y dejarte seducir por los esplendores de los inmensos y autóctonos imperios, vertiste tu corazón en la única, dura, seca guerra de españoles e indios que siguió en pie hasta trescientos años después de tu muerte, descansa en paz en tu sepulcro de Ocaña;

Tú, que hiciste florecer en poesía la sangre derramada, que escribiste junto a los semidioses de Homero y de Virgilio los nombres araucanos de Caupolicán y de Lautaro, de Colo Colo y de Galvarino, de Fresia y de Tegualda; que creaste, después de la Eneida, el poema más famoso al nacimiento de un pueblo y modelaste con versos el más alto monumento a la empresa ultramarina de Castilla, descansa en paz en tu sepulcro de Ocaña;

Descansa en paz, Señor Don Alonso, Capitán de Poesía, Verbo de España, Padre de Chile.

ACTA DEL SOLEMNE ACTO

En la muy noble, muy leal y coronada villa de Ocaña, a los quince días del mes de junio del año del Señor de mil novecientos sesenta y uno, a las seis horas de la tarde y en presencia de las personas que firman esta Acta como testigos, se procedió a trasladar los restos mortales de Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, Capitán y poeta, desde el recinto de clausura del Convento de Carmelitas Descalzas, en que hasta ahora reposaban, a la Iglesia de dicho Convento, hacia el lado del Evangelio de su altar mayor, donde se ha levantado una lápida ejecutada por el artista D. Enrique Pérez, Comendador y donde podrán ser objeto de pública veneración por españoles y chilenos.

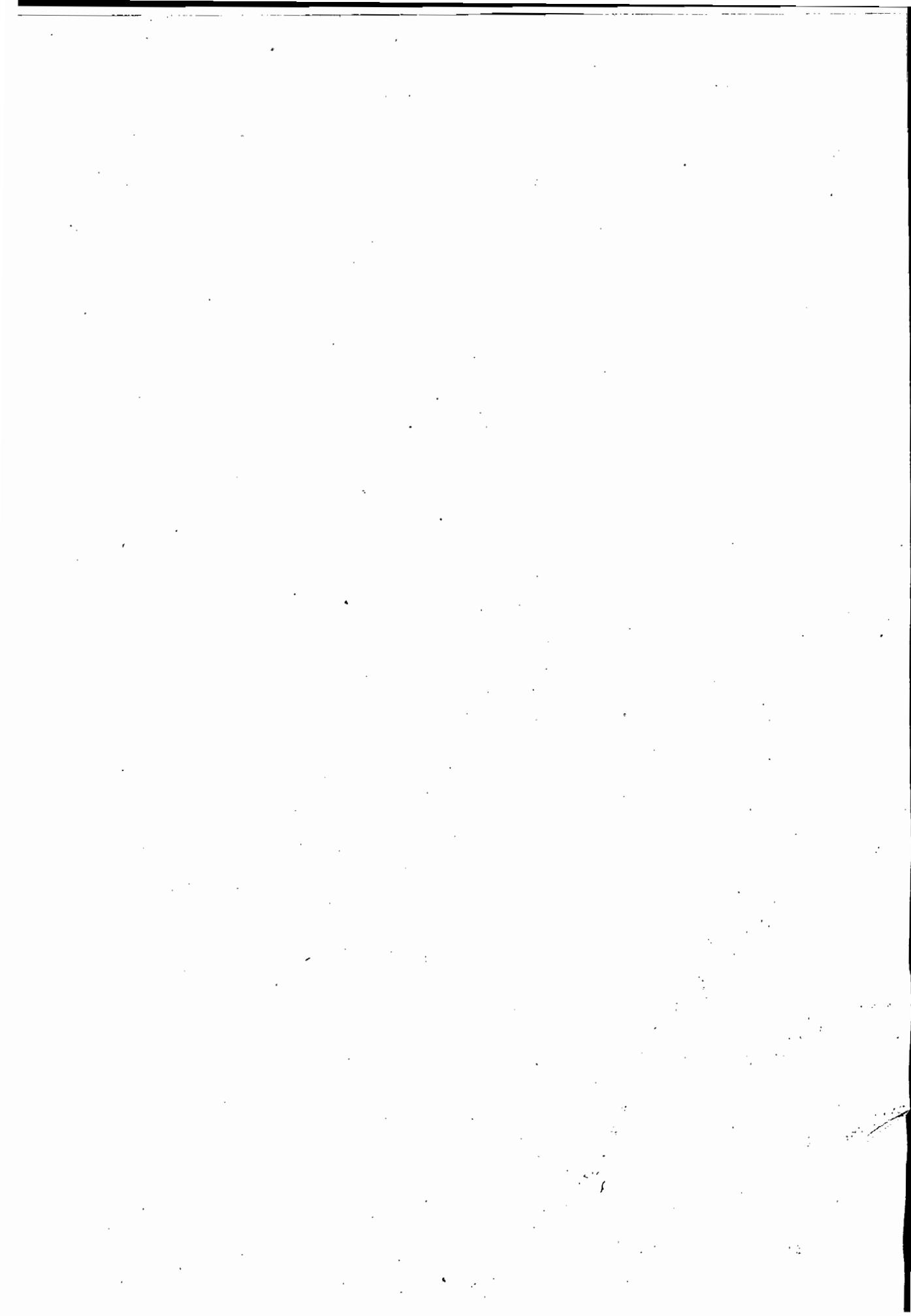
El traslado de los restos se lleva a cabo en cumplimiento de la última voluntad del poeta, quien dispuso que ellos se conservaran en la susodicha Iglesia, erigida, así como el Convento, gracias a la munificencia y devoción del mismo y de su mujer doña María de Bazán.

Sergio Fernández Larrain
Embajador de Chile

R. Bravo
Alcalde de Ocaña

A. Fernández
Párroco Arcipreste
Médico Forense

DESIDERIO



otro convento, de clarisas. En lo alto de la calle, larga y estrecha, de frente, se me presenta la portada de la iglesia de San Alberto.

Para alcanzarla he de cruzar la carretera de Cuenca. ¡Qué veo! A la mano izquierda, en un rellano, unas pintaditas tartanas goyescas, con tiro de mulas; mulas de Ocaña, "generosas y fuertes". Me acerco. Son las tartanas que hacen servicio de viajeros a la estación... Y esas tartanas, ahora mismo, me transportan al siglo de nuestro héroe.

Esquema para una vida de Ercilla

Su cuna se la disputan La Rioja y Vizcaya: un pueblín que se llama Bobadilla, en La Rioja; otro —gran pueblo— en Vizcaya: Bermeo. He visitado Bobadilla y diré lo que he visto.

Andábamos de jornadas literarias por tierras de La Rioja. La primera de aquellas andanzas, Cameros abajo, terminó en Logroño. La segunda se articuló sobre el eje de un río: Najerilla. Partíamos de la capital: Logroño. Penetramos la comarca de Villas del Campo, y en el viejo Camino de Compostela se hizo un alto, a la vista de Navarrete. ¡Qué encendidas y frescas las rosas entre los panteones, verdaderamente monumentales, del camposanto de Navarrete!

Es un paisaje de castellanía. Lo dijo Gaspar Gómez de la Serna, capitán de las jornadas. La carretera corta una vega, mullida, bien regada, entre la Iregua y el Ebro. Torcimos por una carreterita comarcal y nos pusimos en las riberas del Najerilla. Y aquí está el pueblo, todo en las calles, alfombradas de flores de campi, porque era fiesta del Señor: 31 de mayo de 1956, día del Corpus.

El pueblo se llama Bobadilla; da un vino grueso, casi negro, y se rige desde un Ayuntamiento, frente a cuya casa cincuenta escritores contemplaban el palacio, rudo y noble, de la madre de Ercilla. Los eruditos riojanos cómo fantasearon y se afanaron para situar, en ese palacio, el nacimiento del autor de "La Araucana".

Sólo que ni Bermeo, que le dedica un parque, una piedra y memoria de las estrofas de su torre solar:

Ves a Bermeo cercado de maleza,
cabeza y primer tronco de esta rama,
y tu torre de Ercilla sobre el puerto
de las montañas altas encubierto.

Ni Bobadilla ni Bermeo, no; que don Alonso, capitán de España, cantor de Arauco, ha nacido en Madrid. Ha nacido el martes 7 de agosto de 1533; ¡qué cosas! en el mismo día y mes que el cronista; Ercilla, precisamente el año de la muer-

te de Ariosto, maestro de poetas épicos. También él lo fue:

Nuestro primer poeta épico

El único. A un tiempo guerreaba y escribía; en los descansos de la lucha escribía. Alguna vez a hurtadillas; en trozos de una carta privada, en las cortezas de los árboles. En su obra da testimonio; increíblemente objetivo: los arrojados, temerarios españoles —dice, y contrapone—: los tesoneros indígenas, impetuosos. No sería fácil, en su época, admitir ese tono de imparcialidad. No lo era: Pedro de Oña, por ejemplo, rectificándole, compone esta réplica: "Arauco domado", alabanza del gobernador don García Hurtado de Mendoza.

¿Recordaré, rápido, la vida de Ercilla? Huérfano de padre apenas nacer, su infancia discurre en la Corte de Carlos, el Emperador. A los quince años paje del futuro Rey Felipe II, con él viaja Europa; le acompaña a sus bodas con María Tudor, en la catedral de Winchester. Tenía Ercilla veintiún años; la barba crespa y el cabello levantado, su perfil es fino, inteligente la mirada. Llegan a Londres noticias de la rebelión de Arauco.

Torna a España; se alista, embarca en Sanlúcar de Barrameda; en el viaje muere el Adelantado, a cuyas órdenes iba Ercilla. Este, en Chile, guerra y compone versos. Está a punto de batirse con un oficial. Los condena el gobernador a la pena de horca. En el instante último las tropas que rodean el tablادillo se remueven; el juez deja sin efecto la sentencia. Pero, ¡qué trauma, qué terrible!

Ha permanecido en Chile algo más de año y medio; finaliza el de 1558. Pasó algún tiempo —mucho, según él— en cárceles del Perú. Vuelve a la Península. Es sensitivo y arrogante; es nervioso. No acierta a decir ni palabra en una audiencia de su viejo amigo el rey. Felipe II le saca de perplejidad: "Don Alonso —le manda—, hablarme por escrito".

Sobreviviéndose

El Consejo de Castilla le encomienda la censura de libros. Firma —1580-1582— la aprobación de las "Poesías", de Garcilaso, y de las "Rimas", de Herrera. Se le concede el hábito de Santiago. Publica "La Araucana" en 1569. Al año se casa; la esposa, acaudalada, se llama doña María de Bazán. En la Armada Invencible, 1588, don Diego, hijo único del poeta, desaparece en el hundimiento de la nao "San Marcos".

Vive —se sobrevive— en una casa frontera a la del Córdón, en la calle de Sacramento. De vez en cuando, viaja.

El Greco le retrata, y le retrata —Madrid,

1776— Antonio Carnicero. Tuvo, ciertamente, una vida trabajada y nómada.

Trae su cruz. Trae su leyenda. Lo que desde luego no trae de América es fortuna. Desempeñó en España cargos comprometidos, pero ínfimos. Mal pagado muere inmensamente rico: lega al convento de Ocaña diez mil ducados; cinco mil a unos sobrinos. Se queja de ingraticudes, de pobreza, de abandono.

Un cronista de viajes que indaga en Ocaña ha reparado en otro español como para unas Vidas—diré, mejor, unas Finanzas— paralelas: Séneca, prestamista al 25 por 100. Y concluye: "El mejor código moral lo escribió un estoico español: Séneca. El único poema épico que ha tenido la raza se debe a un soldado: Ercilla. Uno en Roma, otro en Ocaña, los dos fueron usureros".

Después del desenlace

¿Hablaré de la obra? Pues no quisiera apartarme del hombre. Muerto, se disputan sus cenizas. Es una larga historia. Una tremenda historia de viajes, ya la vida acabada, como un acto más, después del desenlace. Alonso de Ercilla, muerto el 29 de noviembre de 1594, recibe sepultura en el convento de las Carmelitas de Ocaña.

La regla es, ya se sabe, estrecha: un convento de clausura, hoy habitado por veinte monjas. Angostísimo pasillo, oscuro, lleva hasta el coro bajo. Entre dos bóvedas, en un nicho de ese coro, han reposado casi cuatro siglos—con alguna que otra involuntaria salida— los restos del poeta. En la parte superior de la cripta una lápida todavía dice:

Sepulcro de los fundadores de este convento:
Don Alonso de Ercilla y Zúñiga.
Doña María Bazán, su esposa.
Doña Magdalena de Zúñiga, su hermana.

Tras la nota de Ocaña, 1809, en la guerra de la Independencia, las monjas, exclaustradas, tomaron el camino de Córdoba. Se habilitó el convento para cuartel de la francesada. Cuando las Carmelitas tornaron encontrarían, además de los restos de Ercilla, en su sitio, los de un francés desconocido, a los que dieron tumba honrosa.

Marcha fúnebre

Sigue ahora por sus pasos el viaje de Ercilla, muerto. Es domingo. Es el 20 de junio de 1869. España se agita bajo el signo de aquella "Constitución Democrática", que daba nombre a la Plaza Mayor de Ocaña. Y que le arrebató, a Ocaña, su muerto insigne.

De esta manera, Las Constituyentes de 1869

ejecutan una ley, promulgada el 6 de noviembre por las también Constituyentes Cortes de 1837. Acordaba, la resurrecta ley, la erección de un Escorial literario—por casi exclusivo modo, leterario— en la Iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid: el Panteón Nacional, a donde serían trasladados, con toda pompa, los muertos a quien las Cortes otorgaran ese póstumo honor de "españoles ilustres".

Fue una terrible sacudida para muchos pueblos de la Patria. Suponía arrebatárles su muerto, su única gloria. Abrir los sepulcros y expoliarlos. Resistieron. Ferozmente. Cuando no, astutamente. Frustraron mil empeños: unos restos no aparecían; otros no se identificaban... Las Cortes, democráticas, al fin lograron imponerse pueblo por pueblo.

Era otro 20 de junio; era en 1869. Engalanado, Madrid entero contemplaba la más patética de las marchas fúnebres. La comitiva partió de la basílica de Atocha. Desde ese paseo a la plaza de San Francisco el Grande se estiraba en cinco kilómetros el entierro de todas nuestras glorias.

Abría carrera a esta procesión de la muerte el "Carro triunfal de España". Seguían ocho carrozas; portaban los restos mortales de Gravina, de Juan de Villanueva y Ventura Rodríguez, el conde de Aranda, marqués de la Ensenada, Calderón de la Barca, Quevedo, Juan de Lanuza, Ercilla... Habían acudido a Madrid desde las cuatro puntas de España. La carroza de Ercilla avanzaba; un tiro de cuatro caballos, precedido de batidores, coraceros, a media armadura; sobre el féretro lucían una corona de laurel, trofeos de campaña, un ejemplar de "La Araucana"; campeaba esta leyenda:

Y las honras consisten no en te-
[nerlas,
sino sólo en arribar a merecerlas.

El cortejo prosigue. Vendrán los féretros de Ambrosio de Morales, Garcilaso de la Vega, Andrés Laguna, el Gran Capitán, Juan de Mena... Cierra, el "Carro de la Fama". Y ostentosos, innumerables, representaciones oficiales. Todo termina en San Francisco. En unas urnas, abiertas sobre la primera capilla de la derecha, en el templo. "Piramidum Altius", reza una empresa; y por bajo: "España a sus preclaros hijos".

Ocaña no te olvida

No. Todo no termina. No olvida Ocaña. Pasarán los años, ciertamente. ¿Importa? Esto es cosa de siglos. Es como "para siempre". Y a las seis de la tarde, el 4 de julio de 1877 la urna funeraria ha tornado a su convento.

La urna contenía el cráneo del poeta; no consiguieron aquellas Cortes que Ocaña les cediera ni un hueso más. Y nuevamente en su convento, pareció lo natural no abrir la urna, no reintegrar el cráneo al nicho, junto a los demás restos; colocaron encima un busto de Ercilla, vaciado en yeso. La reliquia permaneció sobre una mesita en la capilla del coro. Es la estampa que, ¿hasta cuándo?, todavía ilustra las columnas de algún artículo recordatorio.

Me parece cruel, pero debía decirlo; el libro sobrevive a la ciudad, la estampa a la estatua. Esa urna desapareció, destrozada, en nuestra guerra de 1936. El Convento había sido transformado en cárcel; la reliquia, profanada. No sufrieron los restos enterrados entre las dos cupulillas de la cripta. Son los que ahora he visto, trasladados a un muro de la iglesia.

El nuevo enterramiento

Al lado del Evangelio ha sido abierto un hueco de estas medidas: 50 centímetros de ancho, 45 de fondo, 35 de altura. Cierra el hueco una lauda de bronce, esculpida por Enrique Pérez Comendador. Una lauda en la que trabajó tres meses, alta como de dos metros y que pesa doscientos kilos.

En esa lauda se dibuja Alonso de Ercilla, en bajo relieve, de cuerpo entero, la cabeza de perfil. Fina cabeza: la cabellera rizada, la mirada penetrante, la barba en punta. Una cruz de Santiago timbra, en el ángulo superior de la izquierda, esa lauda. Trae el caballero, en una mano, la pluma; la espada, a la otra mano. Es decir: nobleza, letras, armas. En los márgenes del bronce se vacían estas leyendas:

"Aquí yace don Alonso de Ercilla, capitán de España", a la izquierda; y a la derecha, "Cantor de las glorias de Arauco. MDXXXIII-MDXXIV".

La ofrenda ocupa toda la cabecera del bronce:

"Lauda homenaje de Chile.

Dádiva de don Ignacio Uriarte Avendaño.

Siendo embajador don Sergio Fernández Larraín".

A los pies, se transcribe la estrofa sexta de "La Araucana":

Chile, fértil provincia, y señalada
En la región antártica famosa,
De remotas naciones respetada
Por fuerte, principal y poderosa;
La gente que produce es tan granada,

Tan soberbia, gallarda y belicosa,
Que no ha sido por rey jamás regida,
Ni a extranjero dominio sometida.

Y a esto he ido. He presenciado todas las tareas preparatorias del acontecimiento. El día 14, por la tarde, se procedió a localizar las cenizas en la clausura del convento. El cardenal primado extendió la autorización en autógrafo que, desde ahora, Ocaña guarda como una reliquia.

Fue rescatando los restos mortales en la tumba familiar un obrero: Dionisio Sánchez Gómez. Ni se inmutó; me confesaba su adiestramiento, por tareas análogas en el camposanto de Ocaña. El médico forense procedió al examen de los huesos y dictó su informe. Es prodigioso. Determinó —un metro sesenta— la talla de don Alonso...

III

Dictamen del forense

"De los restos humanos extraídos del nicho que sirvió de enterramiento a don Alonso de Ercilla y Zúñiga —dice— se han depositado en la arqueta preparada al efecto un fémur correspondiente al muslo derecho, que medía 42 centímetros y que teniendo en cuenta la merma natural en volumen y longitud corresponde, según las tablas de Quetelet y otros, a la talla de un hombre corpulento y fuerte de un metro seiscientos de estatura; se ha depositado también una tibia que corresponde, antropológicamente, al individuo del fémur antes citado; un hueso ilíaco fuerte y plano con características de pertenecer a varón; un esternón, varias vértebras cervicales, dorsales y lumbares potentes y robustas, diversas costillas, huesos metacarpianos...", etcétera. No es cosa de trasuntar a estas páginas, gratas, memoria tanta de la muerte... Al otro día atestigüé con mi presencia —y mi firma en un acta— el traslado de la arqueta: de cinc, madera y terciopelo rojo, adornada por una cinta con los colores —azul, blanco, rojo— de la bandera de Chile y unas flores que trenzaron las monjitas. Pasó la arqueta a su nuevo enterramiento en el muro lateral de la iglesia. Se colocó toda tapándola, sujeta por seis enormes tornillos, en yeso, la hermosa lauda.

Es la que en posterior acto, solemnísimo, el pasado martes, 20 de junio, como aquel otro luctuoso 20 de junio de 1869, ha sido descubierta y bendecida.

La emoción de Chile

Este homenaje —pero, ¿tendré que repetirlo?— es el homenaje del pueblo chileno al cantor de

Arauco. Un español, don Ignacio Uriarte, residente en Chile, ha donado la fastuosa lauda. Un chileno, don Sergio Fernández Larráin, embajador en España, ha patrocinado las emociones de esta reparación. "Ocho millones de chilenos —exclamaba en su discurso del día 20— nos congregamos esta tarde, en comunidad fervorosa, al pie de este sepulcro". Españolísimo Fernández La-

rráin; yo soy testigo de toda su estremecida pasión de estas jornadas, su presencia en los trabajos menores del traslado, sus palabras de íntima belleza, incopiabiles, por el locutorio a las monjitas; el temblor de su mano firmando el acta, su elocuencia, empañada al evocar la geografía de Chile, nuestro Chile, señor embajador...

Pedro de Lorenzo.

JOSÉ TORIBIO MEDINA

Imitadores de la Araucana

Hablando con exactitud, no había sido, en verdad, Ercilla el creador de la epopeya histórica en su patria; en rigor, acaso pudiéramos decir que ese género literario remontaba en España al mismo Lucano, cuya "Farsalia", con el título de "Historia de las guerras civiles", la vulgarizó en romance Martín Lasso de Oropesa, en 1541. Y aun sin subir hasta tan allá, se había visto a Baltasar del Hierro dar a luz, en 1561, sus "Victoriosos hechos" de don Alvaro de Bazán; y tomando como tema de sus cantos un asunto mucho más vasto, Jerónimo Sempere con su "Carolea", y don Luis Zapata celebraban los hechos del mayor monarca de su tiempo, refiriéndolos este último, casi día por día, en su "Carlo famoso", que daba a la estampa en 1566, tres años antes que Ercilla hiciera otro tanto con la Primera Parte de "La Araucana". Varios habían de seguirle después, Juan Rufo entre ellos, con su "Austriada", impresa en 1584, "grave, natural, aliñado, más elocuente que poeta", para asociarse con Ercilla, "majestuoso, noble, vivísimo en las pinturas y descripciones, maravilloso en los efectos, y pocas veces inferior a la grandeza de la trompa", en la presidencia de la poesía histórica (1).

Empero, ya se considerase la obra de Ercilla como verdadera epopeya, ya, con mejor acuerdo, como una historia en verso, llegó por su mérito y sobresalientes cualidades a fijar la índole de este género literario (2) y a ser origen y causa de aquellas en que se celebraban hechos verdaderos; un tipo, en una palabra, que estaba destinado a servir de modelo, "especialmente a todos los poemas de materia histórica, compuestos en América o sobre América, durante la época colonial" (3).

Por supuesto, que no es difícil rastrear en las

composiciones de esa índole, netamente españolas, las huellas de aquella imitación: examen que nos conduciría demasiado lejos y que no se compadece con el propósito que llevamos entre manos. Bástenos, pues, con dos ejemplos. Así, Diego Jiménez Aillón en "Los famosos y heroicos hechos del invencible y esforzado caballero el Cid Ruy Díaz de Vivar", impreso en Alcalá de Henares, en 1579, le imita de cerca, como puede verse en el sistema que sigue de comenzar y concluir sus cantos con alguna reflexión moral, brevísima, es cierto, pues su filosofar no le alcanzaba para más. Pedro de la Vezilla Castellanos empezaba así "El León de España" (Salamanca, 1586):

No fabulosas aventuras canto,
Al disponer de ociosos pensamientos,
Mas, armas, rebelión, sangre y es-
[panto,
Graves revueltas, graves movimien-
[tos.

versos en los que se ve cuán presentes había tenido aquellos con que comienza "La Araucana", aunque ¡cuán lejos de llegar a ellos! Y aun mucho más, cuando al final del canto XIII dice: "acábase con el lastimoso llanto que Palma hizo sobre el cuerpo de Canioseco, con lo que más sucedió": frase que resulta calcada de aquella con que Ercilla inició el canto XXI de su poema: "Halla Tegualda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva a su tierra". Y para que no se crea que se trata de accidentes puramente casuales, ahí tenemos que se valió de un procedimiento análogo al de nuestro poeta cuando quiso referir el combate naval de Lepanto, para contar, a su vez, la descendencia de los Reyes de León (4).

. Sentado, pues, este hecho, y para concretarnos a los imitadores que Ercilla tuvo en América y a los que trataron de sus cosas en la Península, diremos que respecto de todos ellos obraban circunstancias que les eran comunes: desde luego, el campo en que se desarrollaban los sucesos que se propusieron celebrar, las regiones del Nuevo Mundo, con paisajes diversos por sus climas, pero idénticos en general por su naturaleza virgen, y, en todo caso, tan desemejantes a los que pudieran verse en Europa: los campeones eran los mismos, españoles de una parte, indígenas de la otra, y, por fin —y esta es una circunstancia especialísima, que hay que tener muy presente—, el que todos esos poetas, con alguna rarísima excepción que a su tiempo hemos de ver, fueron actores en los hechos mismos que celebraron.

Esa imitación resulta casi servir en un principio: Pedro de Oña y Santisteban Osorio, los primeros que siguieron las huellas de Ercilla, conservaron en sus poemas la intervención de lo maravilloso, la especie de máquina empleada por él para acercar su obra a la factura de la epopeya homérica; pero ya luego se abandona todo intento de aproximarse en esa parte al cantor de Arauco y se producen las simples crónicas rimadas, de escaso valer literario, aunque aspirando todas al dictado de netamente históricas.

Todavía, en este campo puramente americano que llamaríamos, tendríamos que extendernos más de lo justo si quisiéramos analizar una por una esas obras poético-históricas; debiendo, por eso, concretarnos a la indicación somera de tales imitaciones ercillanas en las que no son propiamente chilenas, ya que este último es el escenario más genuino en que ha de verse cómo se produjeron y realizaron.

Ciertamente que el primer imitador de Ercilla en tratar de cosas de América, fue Gabriel Lasso de la Vega, quien, como aconteció siempre en tales casos, por un fenómeno curioso pero no menos verdadero, había de ser también el que más se le acercase en su entonación poética con su "Cortés valeroso", que vio la luz pública en 1588, esto es, cuando Ercilla aun no había publicado la Tercera parte de su poema, habiéndole cabido precisamente a él, casi en los últimos días de su vida prestarle su aprobación a esa obra, que, corregida por su autor y aumentada de XII a XXV cantos, volvió a imprimir en 1594 con el título de "La Mexicana" (5).

Lasso, que contaba cuando dio a luz su primer ensayo sólo 29 (6) años, o sea, siete menos que Ercilla en igualdad de casos, propúsose celebrar en él

que en efecto prosigue hasta el momento de su entrada en México, y aunque en parte alguna nombra a su predecesor, bien se deja ver cómo lo imita, en cuanto puede, en su lenguaje, en el comenzar su obra con la descripción de la tierra, en las arengas que pone en boca de su héroe, en los combates singulares que se le ofrece describir, en las reflexiones morales con que inicia sus cantos, en aquel episodio de Clandina, que parece calcado de los de Tegualda o Glaura, en sus predicciones del porvenir por intermedio de Calianera en el Canto XI, que reemplaza, así, a Fitón, y a las reminiscencias de la propia persona del poeta (7). Por lo demás, el acuerdo era completo en el fondo de ambas obras, histórico de por sí, si bien en el caso del autor del "Cortés valeroso" llevaba la ventaja a Ercilla de encontrar un predecesor de la nota y valía de López de Gómara, como él propio tiene ocasión de recordarlo.

En el "Cortés valeroso" había un héroe principal, cuyas acciones concurren a dar unidad al poema. Semejante cosa no era ya posible en las "Elegías de varones ilustres de Indias", escritas en octavas reales (1589), destinadas a celebrar las de muchos capitanes, a contar desde el propio Colón; en cambio, su autor, Juan de Castellanos, había sido actor en muchos de los sucesos que contaba, y, por tal causa, se veía, bajo ese punto de vista, más cerca de la imitación de Ercilla, que quiso extremar en las posteriores partes de su obra que habían de seguir a aquélla.

"Lamentamos, dice Paz y Melia, sobre todo después de apreciar la sobria y galana prosa de sus prólogos, aquel desdichado trabajo de diez años que empleó (según lo cuenta Agustín de Zárate) en cambiar la de toda su obra en versos, a menudo prosaicos, y no siempre correctos, y hagamos recaer gran parte de culpa sobre aquellos amigos suyos, de quienes se queja en estos términos, aludiendo a la composición de toda su obra:

"La salida de este laberinto fuera menos difícil si los que en él me metieron se contentaran con que los hilos de su tela se tejieran en prosa; pero enamorados, con justa razón, de la dulcedumbre del verso con que don Alonso de Erzilla celebró las guerras de Chile, quisieron que las del mar del Norte también se cantasen con la misma ligadura, que es en octavas rítmicas".

"Y todavía todavía debe agradecerseles que, viéndole cansado y viejo, le aconsejaron, según él refiere, la variación de las macizas octavas reales por la más descansada compostura del verso libre empleado en la Cuarta Parte" (8).

Viene después Antonio de Saavedra Guzmán con su "Peregrino Indiano", destinado a cantar también las hazañas de Cortés y su capitanes, que ve la luz pública en 1599; y hétenos aquí desde

Del gran Cortés los triunfos, las victorias,

luego cómo su composición se produjo en circunstancias que la acercan a la de Ercilla; éste, escribía por la noche en el campamento las relaciones que le daban sus compañeros de armas, o los hechos de que había sido testigo y actor; Saavedra, después de haber acopiado sus datos durante siete años, los consignaba en sus versos en los setenta días que duró su navegación de México a España, "con balanzas de nao y no poca fortuna", según lo cuenta; como Ercilla, él también se jacta de ser verídico en todo lo que cuenta y bien lo muestra en la pintura de los usos y costumbres de los indios, que conocía a fondo, por haber nacido allí.

Actor, asimismo, en los sucesos que cuenta, fue don Martín del Barco Centenera, a todas luces el más desmayado y flojo de los imitadores de Ercilla (9), que sin pretensiones de elevarse a la epopeya y sin incurrir a ninguno de sus recursos, escribió en octava rima, la "Argentina y conquista del Río de la Plata". Publicó su obra en 1602, extendiendo su relato a varios acaecimientos del Perú, Tucumán y el Brasil, sin atreverse a tocar, cuando se le presentó la ocasión, nada que se refriera a Chile, por una razón que aquilata su buen juicio y enaltece su modestia, haciéndonos olvidar algunos de sus defectos. Oigámoslo de su boca. Habla del gobernador de este país, don Alonso de Sotomayor, y, con tal motivo, dice que de él

No conviene yo trate, pues Ár-
[zila
En Chile con primor se despa-
[bila.
Y pues que a Chile cupo tal be-
[lleza
De pluma, de valor, de cortesía
No es justo que se atreva mi
[rudeza
Decir de Chile, cosa que sería
Muy loca presunción y gran
[simpleza,
Meter hoz en la mies, no siendo
[mía (10).

En el orden cronológico que venimos siguiendo respecto de estos poemas americanos, y por no alargarnos ya más, diremos que corresponde el último lugar entre ellos a "La Conquista de la Nueva México", de Gaspar de Villagra: relación histórica, sin asomos de máquina, hecha en verso suelto, de sucesos en que al autor le cupo grandísima parte, con trozos que parecen a veces tomados de los romances por la viveza de sus pinturas y la sencillez con que están contadas algunas de las peripecias de aquella rudísima campaña. La imitación ercillana es en ella muy re-

mota, bien se deja comprender, pero tan efectiva, que el autor recuerda en alguna ocasión al cantor de Arauco, como, por ejemplo, al citar el gran dechado de patriotismo de que los indios de este país habían dado muestra en su lucha con los invasores de su suelo, o ya al recordar la varonil valentía de doña Mencía de los Nidos, cuando incita a los españoles a que no abandonen sus amenazados hogares de Concepción.

Bosquejada así la influencia de Ercilla en la producción de la epopeya histórica en algunos países de América, es llegado el momento de considerar hasta qué punto se extendió en cuanto toca a Chile. Como era de esperarlo por el asunto de "La Araucana", sus proyecciones tenían que ser aquí mucho mayores, tanto, que puso la pluma en la mano a prosistas y versificadores, deseosos unos, de completar sus dictados, empeñados otros, utilizando su prestigio, en continuar su relato —aunque en forma puramente imaginaria—, o de salvar las que se creyeron omisiones voluntarias de parte de Ercilla respecto al que se suponía debía de aparecer como figura principal del poema.

Entre los que escribieron en prosa, cúpole el primer lugar a un soldado que había sido compañero del poeta en Chile, Alonso de Góngora Marmolejo, quien en la dedicatoria de su obra a don Juan de Ovando, presidente del Consejo de Indias, se expresaba así: "... pareciéndome que los muchos trabajos e infortunios que en este reino de Chile, de tantos años como ha que se descubrió han acaecido, más que en ninguna parte otra de las Indias, por ser la gente que en él hay tan belicosa, y que ninguno hasta hoy había querido tomar ese trabajo en prosa, quise tomallo yo; aunque don Alonso de Arcila, caballero que en este reino estuvo poco tiempo, en compañía de don García de Mendoza, escribió algunas cosas acaecidas en su "Araucana", intitulado su obra del nombre de la provincia de Arauco; y por no ser tan copiosa cuanto fuera necesario para tener noticia de todas las cosas del reino, aunque por buen estilo, quise tomallo desde el principio hasta el día de hoy, no dejando cosa alguna que no fuese a todos notoria...". Y, en efecto, púsose a la tarea que se había fijado, hasta darle remate en fines del año de 1575, fecha a que alcanza también en su relación.

En este orden, aunque ya mucho después, el octor Cristóbal Suárez de Figueroa había asimismo de tomar la pluma para salvar del relativo olvido en que se decía quedaba en "La Araucana" don García Hurtado de Mendoza.

Tal fue también el principal objeto que tuvo en mira Pedro de Oña al componer su "Arauco domado", con lo cual volvemos ya a los imitadores de "La Araucana".

Algunos puntos de contacto existían, sin duda, entre los autores de ambos poemas: Ercilla había estado en Chile cerca de dos años; Oña había nacido en lo que resultaba entonces el corazón de la guerra araucana; uno y otro eran jóvenes cuando dieron a luz sus obras, Oña mucho más que Ercilla; pero al paso que el uno fue soldado, el otro era estudiante de teología; Ercilla había visto desarrollarse su juventud en el brillo de las cortes y en el más grandioso escenario del mundo civilizado; Oña tuvo como único horizonte, en sus primeros años, los bosques de su país natal, ni más contacto con la civilización, que el de los rudos conquistadores, y después, la culta aunque diminuta ciudad limeña: eran por sus elementos constitutivos dos almas completamente diversas; la inspiración del autor de "La Araucana" no reconocía más límites que el respeto a la verdad histórica; la del que escribió el "Arauco domado" iba a verse coartada ante las exigencias de una apología, que, si pudo pasar por aduladora, resultaba, es cierto, sincera.

Oña era lo bastante modesto para comprender que su musa no podía estar a la altura de la de Ercilla, y, así lo reconoció expresamente cuando hubo de formular su programa de trabajo:

¿Quién a cantar de Arauco se atreviera
Después de la riquísima "Araucana"?

¿Qué voz latina, hespérica o toscana,
Por mucho que de música supiera?

¿Quién punto tras el suyo compusiera
Con mano que no fuese más que hu-

[mana,

si no le removiera el pecho tanto

El ver que sois la causa de su canto?

Pues ésta ha sido casi todo el punto,

De donde le tomé para cantaros,

Doliéndome que en cánticos tan raros

Faltase tan subido contrapunto.

Lo que nuestro poeta declaraba en sus versos, lo había expresado ya en el prólogo de su poema. "Solicitado de tan grandes temores, decía, cuanto lo son las causas de tenerlos, pongo (discreto lector) este mi libro en tus manos, porque demás del ordinario y justo recelo en que todos sacan sus obras a la almoneda de tantos y tan variados gustos, donde cada uno corta a la medida del suyo, tengo yo otros muchos particulares motivos para encogerme y temblar de sacar a luz de los altos y claros entendimientos la oscuridad y baja del mío: así por ser en la era de agora, cuando todo y en especial el arte de la divina poesía, con su riqueza de lenguaje y alteza de concetos, está tan adelgazado y en su punto, que ya parece no sería perfición sino concepción el pasar del término a que llega: como por suceder yo (si así lo puedo

decir) a los escritos de tan celebrado y bien aceto poeta como don Alonso de Ercilla y Zúñiga, y escrebir la misma materia que él, cosa que en mi (si aspirase a más que a traer a la memoria lo que él dejó al olvido, preciándome mucho de ir al olor de su rastro) parecería tan grande locura como envidia el no confesarlo. Ultra de que mi poco caudal y menos curso me hacen abatir las alas, si algunas me hubieran levantado mis pocos años. Más, todas estas dificultades atropelló el solo deseo de hacer algún servicio a la tierra donde nací (tanto como esto puede el amor de la patria) celebrando en parte con mis incultos versos las obras de aquellos que sirviendo en ella a su rey dieron a costa de sus vidas, plumas y lenguas a la fama..."

Esta aparente oposición de los dos vates, necesario es declararlo, no nacía, pues, de sentimiento alguno de secreta rivalidad: Oña se declaraba desde luego un franco imitador. La discordancia de ambos sin duda que existe bajo el punto de vista del fin primordial del asunto que se propusieron tratar, del fondo mismo de las intenciones, pero de ninguna manera bajo el aspecto literario. Bastaba el influjo adquirido por la superioridad del poeta español, para que, de buen o mal grado, se tradujese en todas las obras análogas posteriores, destinadas por su misma naturaleza a ser simples imitaciones. Ercilla sólo prestaba a don García la figuración que tuviera en la campaña araucana, y llamaba todo el interés del lector sobre aquellos indios cuya dominación intentó celebrar; al paso que Oña, sin despojarlos completamente de todo prestigio, atribuía a su héroe, entonces virrey del Perú, la aureola del valor y la victoria, la suma de virtudes, el dechado de las perfecciones.

Canto el valor, las armas, el gobierno
Discanto aviso, maña, fortaleza,
Entono el pecho, el ánimo y nobleza
Del extremado en todo joven tierno:
Hinche la fama ahora el áureo cuerno,
Apreste de sus alas la presteza,
Redoble su garganta el claro Apolo,
Y llévese esta voz de polo a polo.

Así se inicia el poema. Cuéntase luego en él cómo llegó de Chile al virrey del Perú D. Andrés Hurtado de Mendoza un pedimento de socorro por la necesidad y aprieto a que los indios araucanos lo tenían reducido después de las desgracias acontecidas a los primeros capitanes que habían ido a su conquista. Prestó ese elevado funcionario benigno oído a la voz de aquellos asenderados colonos y dispuso al efecto que fuese en persona llevando los deseados auxilios su hijo D. García. Dase éste a la vela, y al fin, después de

una espantosa tormenta, consigue arribar con la mayor parte de su gente a los sitios en que era preciso combatir. Los indígenas reunidos en bo-racheras generales habían escuchado ya de boca de sus agoreros la suerte que se les aguardaba.

Desembarcados los expedicionarios, es su primer cuidado la construcción de un fuerte que les pudiese a cubierto de los ataques de los enemigos, mientras llegaban de Santiago refuerzos que les permitieran tomar la ofensiva.

Júntase, entre tanto, todo el infierno para ver modo de perder a don García, y acuerda despachar a Mejera que corra a avisar a Caupolicán, jefe indio, de la buena oportunidad que se ofrece de dar sin pérdida de momento sobre el fuerte y destruirlo.

Aprovechándose del consejo, se reúnen los araucanos a la voz de sus capitanes y emprenden el ataque, que se sostiene con gran tesón de ambos bandos, aunque con harta más fortuna de parte de don García.

Vienen en seguida las diversas maniobras y parciales encuentros de los ejércitos, entretajidos por episodios amorosos de los indios y por el sueño en que la hechicera Quidora se propone referir lo acontecido en la famosa rebelión de Quito y la victoria obtenida sobre la armada del pirata inglés Richard Hawkins por las armas de don García, cuando años después de su expedición a Chile se hallaba de virrey del Perú.

Este es el fondo sobre que giran los versos de nuestro poeta: en él lo defectuoso del plan y lo inconexo del argumento se traicionan a cada paso por la falta de orden en los sucesos y por la confusión intencional que se hace de épocas y de hechos sucedidos en varios y remotos países y en fechas distantes; y los episodios, por lo demás, absorben la mayor parte de la composición. Sólo se ha procurado que los actos y carácter de don García aparezcan de relieve, no importa que se violente la unidad indispensable del trabajo literario, ni que se falte a las reglas elementales del buen gusto. Sus alabanzas han sido el norte que había de seguir y a él se hace preciso amoldar los sucesos, y no éstos a la clase de obra que emprendía, como debió de ser.

No es nuestro intento establecer un parangón entre ambos poemas, pero bien se comprende que todas las ventajas resultarían de parte del primero. Baste considerar, como lo dijo ya en 1647, un oidor de la Real Audiencia de Santiago que residía entonces en Madrid, que "del asunto (las guerras de Chile) habían escrito antes don Alonso de Ercilla y el insigne Pedro de Oña, aquél con afecto, éste por apremio y tarea de veinte octavas al día, ambos con estilo métrico". Y en verdad que ese crítico no exageraba respecto de la prisa con que Oña había escrito su obra, ya

que en el canto VIII se expresaba, a ese respecto, así:

Es el discurso largo, el tiempo breve,
Cortísimo el caudal de parte mía,
Y danme tanta priesa cada día,
Que no me dejan ir como se debe:
Por donde si a disgusto el verso mue-

[ve,

No yendo tal (señor) como podía,
Es porque va, cual sale de su tronco.
Así con su corteza, rumo y bronco.
En obra de tres meses que han corri-

[do,

He yo también corrido hasta este can-

[to...

No era posible, en tales condiciones, que debemos sinceramente deplorar, que el poeta chileno lo-grase aquel *punctum* que recomendaba Horacio. ¡Qué diferencia con Ercilla, que corregía y lim-baba y no parecía mostrarse nunca satisfecho de lo que escribía!

Iríamos demasiado lejos en este camino de las comparaciones; recordemos, pues, sólo cómo se transparenta la imitación en el poema de Oña. Del argumento, que queda ya bosquejado, no hay que hablar, ya que sabemos que, en gran parte, era el mismo tratado por Ercilla desde el canto último de la Primera Parte de "La Araucana". Descontado, así, lo histórico, la pintura de las costumbres de los indios, el diseño de los caracte-res, las descripciones, las comparaciones y cuanto se refiere a galas del estilo, examinemos en sus líneas generales los puntos en que el "Arauco do-mado" sigue de cerca al poema de Ercilla. Desde luego, en la intervención de personajes simbóli-cos en el desarrollo de los sucesos o en las visio-nes del futuro: en "La Araucana" es Belona, la diosa de la guerra, la que anuncia al poeta lo que pasaba en Europa; en el "Arauco domado" es Me-gera, la diosa de la discordia, la que se encarga de dar aviso a Caupolicán del momento propicio que se le ofrece para atacar a don García y su gen-te; en el episodio amoroso del jefe indígena con Fresia procura acercarse al de Lautaro con Gua-colda; en el grande y luctuoso sentimiento de Gualeva por el herido Tucapel, sigue al de Te-gualda sobre el cuerpo de su esposo muerto, aun-que con lastimosa extensión; en los sucesos de Quidora (que se alargan hasta la interpretación que les da Llarea), las representaciones del mági-co Fitón: marchando así tras los pasos de su an-tecesor, uno a uno, como se ve, en los episodios y en la máquina de la epopeya.

Menos mal, al cabo, cuando en el "Arauco do-mado" se encuentran apuntaciones históricas, que, aunque exageradas en lo relativo a la interven-

ción que se atribuye al héroe, son, bajo otros respectos, aprovechables. No tenía semejante disculpa otro joven que en la Península acometió la empresa de continuar en su imaginación las aventuras que se encuentran esbozadas en "La Araucana". Oña había publicado su poema en Lima, en 1596; la Cuarta y Quinta Parte de La Araucana, que así se intitulaba ese otro, vio la luz pública en Salamanca, en 1597 (11), y era su autor D. Diego de Santisteban Osorio, nacido en la ciudad de León en España. "Acercas de este escritor, confesaba Ticknor, sólo sabemos lo que él mismo nos dice, a saber, que escribió su poema siendo muy joven, y que en 1598 escribió otro de "La Guerra de Malta y toma de Rodas" (12). Sus traductores no pudieron adelantar tampoco las escasas noticias, posiblemente porque no examinaron la última de sus obras, de la cual se puede aprovechar alguna. Así, por ejemplo, consta de la tasa, que Santisteban Osorio era vecino de la ciudad de León, y de la real cédula de privilegio para la impresión (que fue solicitada por el Cabildo de aquella ciudad), resulta también que el autor era hijo de Damián de Santisteban Villagas, vecindado allí, y que ambos y sus "pasados" habían sido servidores de los Reyes. Afirma igualmente el Cabildo que la relación de los sucesos celebrados en el poema, estaba hecha "con mucha verdad y puntualidad". A este mismo propósito advierte el autor que "la historia va desnuda de arte" y que las faltas que tuviese su obra merece se le disculpen "por la poca experiencia de veintidós años que tenía". Según esto, considerando que las fechas de la real cédula de privilegio y la aprobación son de 1596, Santisteban Osorio habría nacido en 1573.

Hoy se sabe que había compuesto también otro libro en octava rima de las guerras de Flandes, dividido en tres partes, que intituló "La Belgicana"; y uno en prosa y verso, llamado "Celaura", que en mediados de 1599 tenía presentados en el Consejo a fin de sacar licencia para imprimirlos y cuyo privilegio vendió en aquella fecha al Licenciado Varez de Castro, sin que éste llegase a darlos a luz. Consta que residía entonces en Madrid (13).

Oigámosle ahora cuáles fueron los propósitos que tuvo en mira al emprender su continuación de "La Araucana".

"Por ser tan recibida de todos la historia de las remotas provincias del hemisferio antártico, quise (aunque con gran trabajo) seguirla, y acabar lo que el elegante poeta D. Alonso de Ercilla dejó comenzado, por parecerme que con esto servía a todos sus aficionados y yo cumplía con lo que se debe a quien con tantas ventajas escribió su poema. Y si el haberme yo atrevido con tan pocas partes de ingenio a proseguir y llevar al fin lo que

él dejó comenzado fuese tenido a demasiada osadía, suplico al que me leyere no lo eche a esa parte, ni entienda que por modo de competencia lo hice, que yo me conozco y sé a cuanto puede llegar el poco caudal de un ingenio tan pobre como el mío; y ponga los ojos en la voluntad que tengo de servir a todos con mis trabajos, que, tomado esto en cuenta, podrá servir, lo uno de disculparme y lo otro de perdonar las faltas en que, como mozo, puedo haber caído... No quiero que se me agradezcan los trabajos míos, ni menos alabanzas de lisonjeros, que gloria y alabanza será mía cederla y darla a quien con tantas razones la merece, que yo para mí no tomo más que el deseo de acertar a servir a todos con esta obra, que aunque su historia fuera mejor y de más alto estilo, no igualará con la voluntad con que la ofrezco..."

Todavía, cuando se vio en medio de la empresa, palpando las dificultades que envolvía, hubo de insistir de nuevo en las protestas que hizo al comenzar: poner de manifiesto, una y mil veces, que su intento no había sido el de rivalizar con su egregio predecesor y pedir gracia para sus pocos años; de ahí que dijera más adelante, refiriéndose a Ercilla:

Y si a alguno parece atrevimiento
Que su historia inmortal haya tomado
Prosiguiendo adelante y con el cuen-

[to,
Que indeciso quedaba y destronado,
Respondo, que no fue mi pensamiento
Usurparle la fama que ha ganado,
Sino acabar el punto de su historia,
Siendo suyo el laurel, suya la gloria.

Esta fue la ocasión que me ha mo-

[vido,
Y si alguno pensó que por mostrarme,
Que no lo entienda, le suplico y pido,
Que es engañarse a si y a mi agra-

[viarme:
Nadie que fuese sabio y entendido
Piense de mí que pudo eso arrojarme,
Que yo sé bien mi poca suficiencia,
Y por mis pocos años la experiencia.

Por tercera vez ocurre en busca del amparo que creía merecer, escudándose con su dedicación al monarca y la buena voluntad con que le hacía el ofrecimiento de su cuento, que con razón podía llamarle así, pues si la austera diosa de la Historia prestó sus inspiraciones a Ercilla y la verdad fue a depositar a sus pies su más bello colorido, su continuador, como advertíamos, sólo hilvanó en su imaginación unas cuantas aventuras, para revestirlas con apariencias de verdaderas,

que pudieron engañar durante siglos a los lectores y críticos inadvertidos (14).

Dejada, pues, aparte, especie de tan capital importancia para la estimación que pudiera prestarse a la obra del poeta leonés y que, bajo este punto de vista, la aparta por completo de "La Araucana", un resumen de su argumento nos permitirá apreciar en donde se halla su imitación.

La continuación de "La Araucana" está dividida en dos partes, Cuarta y Quinta, con relación a la tercera y última de Ercilla, y comprende la primera trece cantos, y la segunda veinte.

Comienza el relato con estas palabras:

Salga con nueva voz, mi nuevo acento
Entre las roncadas cajas concertado,
Y el animoso espíritu y aliento,
Entre rotas banderas esforzado:
Que el Arauco bárbaro, sangriento,
Metido entre las pocas que han quedado,
Publica nuevas armas, nueva guerra
Por los anchos contornos de la tierra.

Y esta especie de proposición la completa el autor en el canto XIII, cuando dice:

Canto las armas y furor de Marte,
Horrible, cruel, fantástico, sangriento,
Temerario, imparcial, terrible en parte,
Riguroso, colérico y violento:
La industria, fuerza, maña, aviso, el arte,
La destrucción, conquista, el rompimiento,
Las españolas fuerzas levantadas
En juveniles pechos alteradas.

Así como en vista de esto pudiéramos decir que falta en el poema una verdadera proposición, del mismo modo agregaremos que carece también de una invocación metódica, si bien es verdad que el comienzo de la Parte Quinta se dirige a la Virgen María, quien viene de esta manera a verse mezclada con las frecuentísimas alusiones a la mitología pagana que encierra la obra, y con Eponamón, nombre dado al señor de los infiernos en las creencias atribuidas a los araucanos.

La obra de Ercilla había terminado a poco del suplicio de Caupolicán, toqui araucano. Hallábase, pues, los indios sin jefe, y a efecto de elegirlo, supone el poeta que los principales caciques se reúnen en el valle de Ongolmo, nacen en la asamblea grandes disputas, ponderando cada cual sus propios méritos, que, como en Ercilla, termina el anciano y prudente Colocolo.

Valientes araucanos (les dice), cuyos
[hechos
Han sido por famosos celebrados,
¿Por qué os poneis los hierros a los
[pechos
Pudiendo en otros ser ensangrentados?
Viendo a los españoles satisfechos
Con el favor de sus piadosos hados,
I estando tan de golpe entre nosotros,
¿Las pasiones volveis contra vosotros?

¿Qué haceis, pues: ¿no mirais que
[es desatino
El quereros matar con vuestras manos?
[nos?
Estando el enemigo tan vecino,
¿Las espaldas volveis a los cristianos?
No veis que el nombre y título di-
[vino
Perdeis con eso, fuertes araucanos?
Volved a dar venganza a los amigos
Que es afrenta temer los enemigos...
gos....

C.I., pág. 4.

Los caciques, entonces, a propuesta del buen viejo, convienen en votar por alguno. Llueven las apuestas y los nombres se escriben de carrera; una urna de ébano, guarnecida de perlas, va recibiendo los votos, que se dividen entre Tucapel y Caupolicán II. Después de una serie de máximas triviales, y traicionando en cada estrofa cierto aire amanerado y escolástico que excluye toda grandeza y energía, se anuncia al fin al lector que el último de esos campeones ha sido favorecido en definitiva por la voluntad de sus compatriotas.

Píntase al nuevo jefe llevando
Un fuerte y duro arnés que le cubría,
Y de escudo también le aprovechaba
Una grande tortuga que traía...
La gran cabeza de una gran serpiente,
Más dura de romper que el duro acero,
Llevaba por celada suficiente
Para cubrir el rostro horrible y fiero:
Cerrábase con uno y otro diente,
Dejando para ver un agujero,
Y al fin cuando la cara les mostraba
Las cóncavas quijadas apartaba.

Andresillo, yanacona del Capitán Reinoso, llega a noticiarle la defensa que los indios preparan, fortificándose en el valle de Talcahuano. Ocurren con este motivo varios hechos de armas

entre los soldados españoles de don García Hurtado de Mendoza y los caciques Ainavillo, Caupolicán, etc.

Cuenta el poeta, en seguida, los asaltos librados entre ambos ejércitos al pie de las sitiadas murallas de la Imperial, cuyo cerco concluye al fin con el desafío y derrota de Millalauco por Reinoso.

En la parte segunda de la obra, especialmente, se encuentran los acontecimientos más desligados del asunto principal: las aventuras imaginadas de don Alonso de Ercilla, que hemos referido en otra parte, el encuentro del curaca Mitayo (15), que hubo de contar a don García las cosas que sucederían en Quito y en la provincia de Chile, con lo que está manifestando que Santisteban había leído el poema de Oña; y, por último, la aparición de Belona.

Esta diosa lo exhorta a cantar y lo conduce a un jardín, donde se hallan las nueve Musas tejiendo las hazañas de los héroes de la mitología y de los dioses del paganismo. En un carro van la Fe, la Esperanza y la Caridad.

Y las otras virtudes generosas
Iban en otro asiento levantadas,
En forma de unas vírgenes her-
[mosas
Con vistosas guirnaldas coro-
[nadas.

Al dejarlo Belona, después que ha hecho sumaria relación de las victorias de Pavía, Lepanto, San Quintín y de algunos hechos de la historia romana, se le aparece un viejo

Con la cara decrepita arrugada
Pequeños ojos y encogida frente,
Larga la barba, calvo y sin cabello,
Que grande admiración causaba el
[vello,

(trasunto de la figura de Fitón), quien le aconseja que, ya que había emprendido una obra tan larga y estaba a lo postrero de ella, para hacerla más autorizada escribiese del

... valor de los cristianos
Contra los belicosos africanos.

Llévalo después a una cueva, donde en un pedestal estaba una estatua de un anciano sosteniendo un espejo muy adornado de piedras preciosas, en el cual, al asomarse el poeta, de curioso, vio una imagen del mundo. Sacó entonces el guía un gran libro de debajo de su túnica y por medio de horribles conjuros consiguió que se presentase Zoroastro, que viene de la Laguna Estigia a con-

tar, en el lenguaje más altisonante, la dichosa victoria de Orán. A poco, con el pretexto de que llega la noche, supone otro sueño en que Belona manda al autor que escriba las cosas del Perú; se lo lleva a su lado en un carro, que arrastra a escape por el aire un grifo, hasta que arriban a un altísimo monte; entran a una cueva y de allí a un patio y un jardín, donde había cuadros de mujeres hermosas: allí estaban Dido, Semíramis, Zenobia, Tomiris, Porcia, Cornelia, etc. Suben después a una gran peña, desde donde divisan al mundo en forma de globo, hasta que, deteniendo su vista en el Perú, el autor habla de la entrada en él de los españoles, de su conquista y posteriores disensiones.

Cuando el poeta despierta de su sueño, se halla de nuevo en los campos de Arauco, que continúan presenciando las derrotas de los indios. Eponamón (que, sea dicho de paso, es muy erudito en la antigua mitología), lastimado al ver tanto desastre,

Dijo y mandó que se juntasen luego
Los espíritus fieros infernales...

Acordada en el consejo la persecución a los españoles, vuela Eponamón envuelto en una nube, la cual se abre al llegar donde estaban los araucanos y da paso a una especie de dragón, que los exhorta a combatir prometiéndoles el triunfo. Entusiasmados los indios, dan la batalla, pero pierden en ella casi todos sus jefes, y concluyen por dar la paz en manos de don García, después que, de despecho, se suicida el valiente Caupolicán.

Tal es el absurdo argumento de este poema, escrito sin orden y sin concierto alguno, y cuyas ficciones todas, como se habrá notado, son simples imitaciones de "La Araucana", pero en las cuales, coincidiendo con el propio decir de su autor, le "falta el caudal y le falta el arte".

Y estos fueron los dos únicos poemas imitados del de Ercilla que vieron la luz pública, ambos en los últimos años del siglo XVI; entre los demás de esa índole, anda perdida hasta ahora "La Araucana" de Hernando Alvarez de Toledo, cuyo manuscrito se conservaba por lo menos hasta mediados del siglo XVII (16). Todo lo que de este poema conocemos son las once estrofas que nos ha transmitido el P. Alonso de Ovalle en su Histórica relación del Reyno de Chile, impresa en Roma en 1646, las cuales no serían bastantes para darnos una idea completa de su contenido, si no fuera que él se desprende con toda claridad de la obra del jesuita chileno, cual es, el de que comprendía la historia del gobierno del presidente don Alonso de Sotomayor en Chile (1583-1592): asunto que se explica perfectamente en la elección del poeta, siendo que había militado en

Flandes bajo sus órdenes, fue su compañero de viajes y de peligros en su azarosa jornada a este país, y, más que eso, su jefe en la guerra de Arauco; y aun puede agregarse que los cantos IX y X estaban destinados a contar el famoso desafío de Alonso García Ramón y del cacique Cadequala, episodio que por su carácter caballeresco alargó el poeta hasta dedicarle dos capítulos de su crónica histórica.

Con tales antecedentes, no es posible establecer punto por punto el método de la imitación de Ercilla que Alvarez de Toledo siguiera en sus versos, pero bien lo deja adivinar ya el título que dio a su obra. Puntos de inmediato contacto entre las dos Araucanas acusan también las circunstancias de que los autores de ambas —nacidos en la Península—, contaran sucesos verdaderos y hubiesen figurado en ellos.

Por fortuna, no ha corrido igual suerte el "Purén indómito", continuación de aquella, que debía constar de dos partes y del cual parece que su autor sólo terminó la primera (17). Consta ésta de 24 cantos, que se inician con la muerte del gobernador Oñez de Loyola y termina con la relación de la batalla de Yumbel.

La composición en verso de una crónica histórica, tal fue lo que Alvarez se propuso; y por eso, ni por un momento su obra se ajusta a las calidades de la epopeya. Ni siquiera guarda la forma del poema: nada de invocación, nada de máquina, nada de magestad, ningún nudo, ni siquiera desenlace. El tiempo mismo que ha elegido para la acción excluye la unidad, que exige un personaje en torno al cual se agrupen los acontecimientos, o un hecho a cuya realización se dirijan los esfuerzos de los actores. El poeta ha marchado de aquí para allá, vuelto de nuevo a su punto de partida, de Chile al Perú, de Santiago a Concepción, de la orilla de los ríos a las sombras de los bosques seculares de Arauco, de las arenas que bañan las olas del mar a las estrechas gargantas de la cordillera, todo seguido, agrupado en confusión. Como él dice:

Andaré de los pies, de la manera
Que anda la revuelta lanzadera.

No se ha escapado a su memoria ni un nombre, ni una fecha, la hora exacta del día, las aventuras del soldado más desconocido, un robo cualquiera, el color de un caballo, el más minucioso detalle. Fiel en esto a su programa,

Que si, como otros hacen, yo pudiera
Ramilletes hacer de varias flores,
Amorosos afectos yo escribiera
Con que diera más gusto a los lec-
[tores:

Pero como es historia verdadera,
No lleva cuento a fábula de amores,
Porque de la verdad patente y pura
Es con lo que se adorna mi escritura;

que luego desarrolla más adelante, diciendo:

Quien escribe verdad en verso llano
No tiene de preciarse de poeta,
Según Erasmo dice de Lucano,
Por tratarla en su historia limpia y
[reta:
Petrarca, el Ariosto, el Mantuano,
Quien las transformaciones interpreta,
Aquéstos este título tuvieron
Por las ficciones grandes que escri-
[bieron.

Aunque es verdad que el verso no es
[tenido
En algo, si no trata a cada paso
Enredos fabulosos de Cupido,
De Apolo o de las Ninfas del Parnaso;
Por ir a vos el mío dirigido,
Aunque de la elegancia tan escaso,
Lo será, sin haber quien se le atreva,
Que esta defensa sola buena lleva.

De intento hemos insistido en apuntar las propias palabras del autor, porque así ha de bastarnos la más ligera comparación para persuadirnos en el acto de que son simple trasunto de lo que Ercilla dijo en igualdad de circunstancias: imitación, o copia, si puede decirse, aun más palpable, cuando nos informa cómo llegaron a su noticia los hechos que refiere:

Por lo cual digo en esto haberme hallado
Y en todo o en lo más que ha sucedido,
Y de lo que no he visto me he infor-
[mado

De gente de verdad y que lo vido:
A la cual tengo de ir siempre arrimado,
Pues es quien a decirla me ha movido,
Y no será pasión ni afición parte
Para que de ella un poco yo me aparte.

Y, sin embargo, no es a Ercilla a quien Alvarez de Toledo tiene presente, pues ni aun le nombra una vez siquiera en los quince mil versos de que consta la parte del "Purén indómito" que analizamos: es a Oña a quien dice ha tratado de imitar, cuando, buscando el amparo de su Mecenas, le previene que

Si de vuestro favor yo careciera,
O en él no confiara, cual confío,
No pasara tras de Oña la carrera
En un rocín tan flaco como el mío.

Así, pues, sin saberlo, o mejor dicho, sin quererlo él, sin buscar la imitación ercillana, había seguido los pasos de otro que francamente adoptara ese camino, pasando, por el mismo caso, a ser su obra imitación de una imitada a su vez. El hecho, aunque parezca extraño, se explica perfectamente: veíanse esos poetas en circunstancias del todo análogas, trataban un asunto, idéntico y cortado a la misma medida de ajustar el verso a la verdad histórica, que conocían por relaciones de sus camaradas o por experiencia propia; pero, forzosamente también, se derivaban todas esas crónicas rimadas del modelo primero que dio la norma para lo de adelante, sin llegar a ser jamás igualado, por las ventajas que en su estro poético les llevaba, ya por el asunto mismo celebrado, cuyo interés decayó sin remedio, privado de la aureola que le prestaba el tema de sus cantos, que eran, de una parte, la conquista propiamente tal, y de otra, la fundación de un pueblo, para caer en la relación interminable de combates que no afectaban ya a la entidad misma de la nación y constituían sólo episodios aislados y relativamente secundarios de una lucha que llegó a prolongarse durante siglos. Es verdad que las cualidades que adornaban a Caupolicán, a Lautaro y Tucapel no habían desaparecido de entre los indios: ardía siempre en ellos su mismo valor indomable, su misma constancia para sobreponerse a los desastres, su misma sublime porfía, el mismo amor a sus hogares que sus descendientes habían heredado en sus corazones; sus recuerdos dormían intactos en la memoria de su pueblo; en los festines se celebraban los triunfos obtenidos por sus padres de los más famosos caudillos españoles; se halagaban aún con que el porvenir les reservaba una completa libertad al par que el exterminio de los invasores del suelo de la patria; pero les faltaba el prestigio a que los había encumbrado "La Araucana". El cantor del "Purén indómito", ajustándose a la verdad y desechando de sus versos toda ficción poética, no prestó, ni podía prestar ya a los araucanos el nimbo glorioso de que los vistió la epopeya ercillana hasta el punto de hacer recaer sobre ellos todo el interés de su relato.

Así, pues, sin carácter alguno de la epopeya, a no ser, quizás, los hechos que de tarde en tarde podían mostrarse todavía como heroicos, esas crónicas rimadas fueron decayendo poco a poco: a la de Oña sucedía la de Alvarez de Toledo, que le era ciertamente inferior; aunque en algo había de superar a ésta la intitulada "Guerras de Chile", que le siguió, para caer por fin en la desmayadísima de Xufre del Aguila, que por su forma y por su estilo, como por el tiempo en que se compuso, vino a ser también la última de todas.

Sea o no el autor de aquella don Juan de Mendoza Monteagudo, es lo cierto que había tenido

alguna figuración en Chile y sido, por lo mismo, actor en los sucesos que se propuso referir; circunstancia que, desde luego, le permitía acercarse ya a la imitación de Ercilla. Veamos, ante todo, lo que se propuso escribir, para presentar en seguida el argumento de su obra:

La guerra envejecida y larga canto,
Tan grave, tan prolija y tan pesada,
Que a un reino poderoso y rico tanto
Le tiene la cerviz ya quebrantada;
Y en el discurso de ella también cuan-

[to

Han hecho memorable por la espada
Aquellos que a despecho del Estado
El gran valor de Arauco han susten-

[tado.

Los casos contaré más señalados
En el discurso de esto acontecidos
Entre los españoles no cansados
Y los rebeldes indios invencidos;
Los casos que jamás fueron contados,
Dignos de ser por graves preferidos
Al tiempo y al olvido en tal historia,
Que vivos los conserve la memoria.

Para llegar a su asunto, ha necesitado el poeta hilvanar un compendio de los primeros tiempos de la historia de Chile, tan bien expresado por la concisión del relato, la rapidez de la acción y el fácil enlace de los sucesos, y trazado con pluma tan diestra, que en esta parte suelen bastarle dos pinceladas para mostrar todo un cuadro a la vista del lector.

Después que cuenta la muerte de Oñez de Loyola es cuando puede decirse que comienzan a desplegarse los verdaderos propósitos del autor. Desde el canto III aparecen los caciques araucanos reunidos en consejo para discutir el plan que debe adoptarse en las futuras operaciones de la guerra. Muchos indios emiten sus pareceres, pero no hay uno solo de ellos que, al través de sus arengas, no sepa conservar una fisonomía propia y peculiar: el pintor descuella de nuevo esta vez por la felicidad con que maneja su pincel.

Entretanto, los soldados españoles de guarnición en un fuerte de la frontera, traicionados por un tal Sánchez, emprenden la retirada hacia el Cautén. Arriban allí casi despavoridos, lastimados, y en medio del llanto de los niños y los ayes de las mujeres: acompáñalos el poeta en su dolor, exhala sus sentimientos y apura su ternura. Los enemigos, que llegaban casi a la empalizada del recinto, al percibir tan gran gritería, creen que viene socorro a los sitiados y emprenden la retirada; pero conducidos de nuevo al ataque por el denodado Pelantaro, se traba la batalla en un

cerro inmediato. Hallábanse medio vencidos los indígenas, cuando son auxiliados por doscientos de sus compañeros; arriba también Vizcarra en protección de los españoles; mas, aunque intentan prodigios de valor, habrían sido éstos derrotados a no venir en su socorro el denodado Quirós, cuya ayuda fue tan eficaz, que apenas si uno de los contrarios escapó la vida.

La acción se traslada después al Perú. Sabedores allí de la desastrosa muerte del gobernador Loyola, se describen los aprestos que se hicieron para la salida del convoy que se mandó a las órdenes de D. Francisco de Quiñones.

Concluye con esto el canto V, para comenzar en el VI la relación de un asalto dado al fuerte de Cautén por el cacique Pailaguala, que sale al fin derrotado.

Pelantaro, ayudado por Quelentaro, se preparaba a incendiar el fuerte, a cuyo efecto había acopiado una grandísima cantidad de leña, y lo hubiera logrado sin duda, a no ser por Iván y Quezada, que le prendieron fuego anticipadamente, y comenzando a degollar a la luz de la hoguera a los indios ebrios y amedrentados, consiguieron que se retiraran.

Por allá a lo lejos se divisan en el mar unas naves que azota la tempestad en las alturas de Juan Fernández y que traen el deseado socorro, que arriba por fin a Talcahuano. Dos hombres se acercan a las embarcaciones y uno de ellos relata a los recién llegados la historia de los padecimientos que por seis meses han sufrido en el fuerte los compañeros del capitán Urbaneja, sitiados de los enemigos, acosados por el hambre, disminuidos hora a hora por los combates de cada día, y el viaje que ambos han hecho en una canoa desde tierra adentro para demandar auxilios y referir los extremos a que se veían reducidos: parte bien interesante del poema, en que el lector se siente conmovido y deseoso de aplaudir el talento del poeta que tan bien ha relatado el heroísmo de ese puñado de valientes.

Noticiados los indios de la llegada de la expedición, arriban en número de seis mil a presentar la batalla; pero, con su derrota, es socorrida la ciudad a tiempo que la vuelta de la primavera

Daba, vistiendo a Chile de verdura,
La más noble sazón, graciosa y pura.

En el canto IX se ofrece al lector el tiernísimo episodio de Guaiquimilla y Anganamón y la fiesta a que da lugar, cuya relación, aunque muy bien traída y no falta de interés, peca por demasiado larga, hace distraer la atención y aún preguntarse cuál es la verdad que puede hermosarla.

Más tarde, aumentándose ya el gusto del autor

por las ficciones, supone que un mago indio pide a Eponamón que caiga sobre Chile una gran sequía. Descríbese ésta largamente, y su pintura no carece de talento por la amena variedad con que está hecho el cuadro y el vigor de los tintes que han solido emplearse.

La ciudad, en extremo afigida, dirige su vista hacia Dios y le invoca con sentidas palabras. Se aprovecha el poeta de esta circunstancia para describir los efectos de la omnipotencia del Ser Supremo, eligiendo, a ese intento, con muy buen gusto, las grandes escenas de la naturaleza, los ríos, las montañas, la luna y los astros, etc.

Distrae después su musa contando la venida de los holandeses a las órdenes de Simón de Cordes a las riberas de Castro. Se le aparece entonces al intruso extranjero la Venganza, le manifiesta los castigos que en el mundo ha ejecutado con los ambiciosos desde Júpiter acá, y le predice su muerte.

Una vez terminada la relación de las aventuras de los piratas, un cacique toma la palabra y les da noticias del lugar a que han arribado, la odiosa sujeción en que se tiene a los indígenas, y concluye pidiéndoles que los liberten del yugo de los españoles.

Aunque la acción pudiera parecer a primera vista perdida en la serie de acontecimientos subalternos que la envuelven como procurando ahogarla, se destaca bastante bien el fondo, que se reduce a la historia de los padecimientos experimentados por las ciudades españolas en la guerra con los araucanos al finalizar el siglo XVI, asunto verdaderamente dramático y digno de despertar la trompa épica.

La obra de Mendoza, por su factura, está más próxima que ninguna otra de las que llevamos analizadas de ajustarse a los requisitos indicados por los preceptistas como característico de la epopeya: acción bastante bien circunscrita, detalles un poco extensos, pero muy de las circunstancias, y episodios como el de Guaiquimilla, que distraen agradablemente la atención del lector. El desenlace debió sí, buscarlo el poeta antes del punto a que llega en realidad, pues concretándose únicamente al sitio y destrucción de las ciudades españolas por los araucanos en el año en que expiraba el siglo XVI, no será hipérbole decir que, en esta parte, el tema se habría asemejado mucho al de La Iliada, y procediendo con más cuidado en cuanto a la hilación del argumento, su trabajo habría sido excelente, y, como obra literaria, acortada en la mitad, sería mucho más acabada, más condensada y expresiva y naturalmente más artística también.

Basta esto solo, nos parece, para afirmar que "Las Guerras de Chile" está más cerca que ninguno de los otros poemas de su índole de acer-

carse a "La Araucana", pues ni siquiera faltan en él algunos rasgos personales del autor, impregnados de su espíritu, de sus tendencias e inclinaciones, que le asemejan al poeta soldado. Mendoza no habla del modelo que se propusiera seguir, ni menciona tampoco a Ercilla; pero para el que compara las obras de ambos, si no la imitación —que tal cosa era sólo relativamente posible, por la diversidad de argumentos y de los personajes—, en sus arengas, en sus episodios, en la intervención de la máquina que ideó, resulta patente que debe incluirse entre los que derivaron su inspiración de aquella prístina fuente de la epopeya histórica.

Con más fortuna que los autores de las dos últimas de que hemos tratado anduvo don Melchor Xufré del Aguila, que logró ver circular en letras de molde, en Lima, en 1630, su "Compendio historial del descubrimiento, conquista y guerras del Reino de Chile". Era madrileño, nacido en 1568, y hubo de pasar al Perú cuando contaba apenas 17 años, para ir a servir allí una plaza de gentilhombre lanza —puesto que había tenido, asimismo, Ercilla, según sabemos— no en tan pobre condición, que, cual ése su antecesor literario, no pudiera darse el lujo de hacerse acompañar por dos criados y dos esclavos y de traer con él quinientos ducados "en ropas y cosas de su casa". Llegaba a Chile a principios de 1590, donde, después de militar cerca de siete lustros en la guerra, hubo de retirarse, casi baldado, a vivir "en campesina y ociosa soledad", precisamente en un sitio muy inmediato al en que hoy le recordamos y que conserva aún su nombre. Durante seis años gastó sus ocios en leer y releer los pocos libros de que podía disponer, unos cuantos de historia y los más de santos, políticos, filósofos y comentaristas de la Sagrada Escritura, viendo modo de adelantar así la cortísima instrucción que los pocos años que contaba antes de salir de España, y luego su continua consagración a la guerra, le habían impedido alcanzar.

Fruto de las minuciosas anotaciones que fue

haciendo en el curso de sus lecturas resultó lo que él llamaba "un poema dilatado, tanto, que en escribirle en borrador segundo y en limarle, he gastado, decía, tres años. Hele mostrado a doctos, que le aprueban, cuenta en seguida, por ser el cuerpo del destas sentencias; y el modo de su engaste, dicen que al gusto que a lo moderno tienen hoy los hombres. Y así lo intitulé "Coloquio sentencioso de provecho y gusto", porque, en efecto, figuraban en él dos interlocutores, Provector y Gustoquio —(ya se ve el propósito de señalarles con tales nombres)—, que con sus diálogos alcanzaron a enterar no menos de tres volúmenes.

Para salvar del olvido alguna parte siquiera de su labor, Xufré del Aguila enresacó de ella tres discursos, "el primero, del Compendio Historial desta guerra de Chile —le refería al Virrey del Perú en su dedicatoria—, para que V. E., por tenerla a su cargo . . ., vea por tantos sucesos pasados la fuerza de la precisa necesidad, para no desestimar más aquella guerra, sino ayudarla con los medios necesarios, que por los trances pasados se encuentran ser convenientes".

Tal fue el origen y tal el alcance que tiene la obra de aquel soldado de las luchas araucanas, que en ella las cuenta en breve resumen, desde sus comienzos hasta el año de 1628. ¿Es posible intentar siquiera ver entre ella y "La Araucana" algún punto de contacto, si exceptuamos la calidad de crónica histórica rimada de sucesos acaecidos en este país, y el de que su autor, como Ercilla, hubiese tomado parte en ellos? ¿A qué hablar de esa forma dialogada, de la clase de verso empleado, de la ausencia de cuanto pudiera acercarla, aunque más no fuera, no ya a "La Araucana", pero ni tan siquiera a Las Guerras de Chile o al Purén Indómito? Bástenos, pues, con la ligera cuenta que damos de aquella pedestre crónica, de la cual no hemos debido prescindir, porque con ella se cierra el ciclo que llamaríamos de los imitadores del poema de Ercilla en Chile (18).

NOTAS

(1) Juan Pablo Forner, "Exequias de la Lengua Castellana", Sátira Menipea, Colec. de Autor. Esp., t. LXIII, p. 415.

(2) Milá y Fontanals, "Obras", t. V.

(3) Menéndez y Pelayo, "Antología de poetas hispano-americanos", IV, p. v.

(4) Esto último había sido ya notado por un contemporáneo de ambos poetas en un pasaje de un libro didáctico tan curioso como raro, que vale la pena que el lector recuerde. Dice así: "es, demás desto, lícito hacer una ficción para traer a propósito de la historia que se va contando alguna cosa ajena della y fuera de propósito, como

hizo el excelente don Alonso de Ercilla, que en la Historia que hizo de la rebelión de Arauco quiso contar por algún oculto respecto la victoria de Lepanto, siendo tan ajena de la historia que llevaba. Y para que viniese a cuento, fingió su pérdida y la hallada del sabio, que, entre otras varias cosas, en la Esfera le enseñó aquella victoria. Lo mismo hizo en su "León de España" Castellanos, para decir la descendencia le los Reyes de León".

(5) Folio 134 del "Cisne de Apolo, de las excelencias y dignidad y todo lo que al Arte Poética y versificatoria pertenece", por Luis Alfonso de Carvallo, Medina del Campo, Juan Godínez de Millis, 1602, 8.º

(6) Así consta de la orla de su retrato que adorna la obra y de lo que se lee en la hoja 170:

De veinte y nueve años no cumplidos
Sacará a luz sus versos Gabriel Lasso,
Donde serán tus hechos referidos
De las nueve alentado del Parnaso:
Scrán por el sujeto recibidos,
No por la autoridad del verso escaso:
Lo cual hará en Madrid, antigua Villa,
De limpio cielo, y de Felipe silla.

(7) Hablando del origen de su familia, dijo así en el canto XI:

Este será una rama dependiente
Del tronco antiguo y claro de la Vega,
Y del varón francés bravo, excelente,
Que a Santillana sus cimientos llega,
Fundador de la Casa preeminente
Que hoy se llama la Torre de la Vega:
Fértil raíz, de ramos gloriosos,
A quien la fama canta victoriosos.

Éscasas son las noticias que se tienen de la vida de Gabriel Lasso de la Vega. Había nacido en Madrid, según él propio lo declara en la portada de su primera obra, y sirvió de continuo en la Casa Real en tiempos de Felipe II y Felipe III. Su devoción a la familia del conquistador de México —bien lo demuestra ya su obra y el prólogo de su pluma que la precede—, al par que acendrada, databa de años atrás, pues que en la carta que el Marqués del Valle le dirigió animándole a proseguir su poema y dándole algunas indicaciones sobre su desarrollo, inserta entre los preliminares, está datada en 13 de julio de 1582.

Además del "Cortés valeroso", aumentado en "La Mexicana", según queda dicho, Lasso publicó en 1601, sus "Elogios de los tres varones famosos" (Don Jaime de Aragón, don Fernando Cortés y don Alvaro de Bazán), en el cual insertó la estrofa de "La Araucana" dedicada a Cortés; y se había estrenado en las letras con la primera parte del "Romancero y Tragedias", que salió de las prensas de Juan Gracián en Alcalá de Henares, en 1587. Obra suya parece ser también "El Manojuelo", colección de romances, que formaría la segunda parte del que acabamos de enunciar, impreso en Zaragoza, en 1601.

En 1585 estaba ya casado con Antonia de Mondragón, y debe haber fallecido antes del 30 de julio de 1604, fecha en que se discernió la curaduría de sus hijos a su viuda doña Eugenia de Herrera, que, según esto, habría sido su segunda mujer; pero sí, es de advertir respecto de la muerte de Lasso, que el inventario de sus bienes lleva fecha 16 de octubre de 1615 y en ese documento se dice que era "fallecido ahora seis días"; salvo que esto último aluda a un hijo de su mismo nombre, como parece lo más probable. Véanse en el tomo X de las Memorias de la Real Academia de la Lengua (p. 230) los varios extractos de escrituras públicas relativas a la familia de Lasso en él insertas, entre otras, las que aprovecháramos para esta nota.

(8) Introducción a la "Historia del Nuevo Reino de Granada", p. LV.

(9) Juicio que sería ocioso comprobar cuando se conocen los de Ticknor, Gayangos y Vedia consignados en el tomo III de la "Historia de la Literatura Española" (traducción castellana, pp. 148-149). Don Pedro de Peralta Barnuevo, que no fue crítico sino apologista de los escritores de cosas del Perú, pinta así la obra del arcediano de la Asunción (Lima fundada, Canto VII, oct. 128):

Observa aquel que ostenta allí preclaro
Con plectro de marfil, dorada lira,
A quien parece que en concepto claro

Canora musa heroica voz inspira:
Este el Barco será, que cuanto raro
En la Argentea región al mundo admira
Cantarán, y descubriendo sus grandezas
Los cantos vencerán a las proezas.

Barco Centenera ha tenido la suerte de hallar un crítico de la talla de don Juan María Gutiérrez, que ha dedicado al estudio de su vida y obras, largas y bien escritas y meditadas páginas, que, publicadas primeramente en la "Revista del Río de la Plata" (tomos VI, VII y XII), han sido puestas como prólogo a la edición facsimilar del libro de Barco Centenera, hecha por la Junta de Historia y Numismática Americana de Buenos Aires, en 1912, seguida de los apuntes biográficos del poeta que logró reunir don Enrique Peña.

(10) Última estrofa del Canto XXIV, hoja 205 vta. ¡Qué bajo resulta aquel *despabilal*! mas, ¡cuán sentidos los calificativos que da a "La Araucana" y a su autor!

(11) Es obra muy rara, hasta ahora simplemente citada por los bibliógrafos en su edición príncipe, a cuya causa nos ha parecido que convendría describirla aquí.

QVARTA
Y QVINTA
PARTE DE LA
ARAUCANA

De don Diego de Santistevan Osorio

Dirigidas a don Fernando Ruíz de Castro
y Andrade, Conde de Lemos, Andrade,
y de Villalba.

En SALAMANCA

En casa de Iuan y Andres
Renaut, 1597.

—Qvarta / y Qvinta / Parte de La / Araucana, / De don Diego de Santistevan Osorio. / Dirigida a don Fernando Ruíz de Castro / y Andrade, Conde de Lemos, Andrade, / y de Villalba. / (Escudo de armas del Mecenas.), En Salamanca, / En Casa de Iuan y Andres Renaut, 1597.

8.º, de 8 por 13 cents. Port. v. con una décima alusiva al escudo de armas de la portada. 7 hojas prels. s.f. 406 hojas de texto (veinte cantos). Tabla de los cantos, 4 hojas s.f. No cuenta en la foliación la hoja que debía llevar el número 152, que llena la portada de la

—Qvinta / Parte de / La Araucana. / De don Diego de Santistevan Osorio. / Dirigida a don Fernando Ruíz de Castro / y Andrade, Conde de Lemos, Andrade, / y de Villalba. / (El mismo escudo de la primera portada). En Salamanca, en casa de Iuan Renaut, 1597.

—v. con un soneto de don Antonio Xuárez de la Peña. Signts.: 2.A.Z. Aa.Zz.Aaa.Eee, esta última de 5 hojas.

Hízose segunda edición en Barcelona, en el año siguiente, de la cual hemos dado descripción y facsímil de la portada en las pp. 90-91 del tomo I de la "Biblioteca Hispano-Chilena", Santiago de Chile, 1897. Allí hemos descrito también la tercera, debida a don Andrés González de Barcia, que salió a continuación de "La Araucana" en 1735, en Madrid, contrahecha en la misma ciudad poco después, cambiando el milésimo de 5 en 8.

Hallándose Santistevan residiendo en Madrid, vendió en 20 de agosto de 1599, al Licenciado Varez de Castro, el mismo que dos años antes editó "La Araucana" con las

adiciones que en ella se han conservado, el privilegio para poder reimprimir su poema hasta por el resto de los diez años que se abarcaba, cosa que el comprador no efectuó, ya porque desconfiara del éxito, ya, quizás, en vista de haberse reimpresso recientemente en Barcelona. Véase el documento respectivo en las págs. 478-79 del tomo III de La Imprenta, en Madrid de Pérez Pastor.

(12) Por tratarse de un libro tan raro y poco conocido y ser obra de este continuador de Ercilla, hemos creído que no estaría demás dar su descripción.

— Primera y / Segunda Parte de / laa guerras de Malta, y toma / de Rodas. / Por Don Diego de Santisteban Osorio. / Dirigida a don Antonio de Toledo Gentil- / hombre del Rey nuestro Señor, y su / Cazador mayor, &c. / (Estampeta en madera). / Con priuilegio, / en Madrid. / En la imprenta del Lic. Varez de Castro. / (Filete). / Año MDXCIX.

8.º, de 70 por 125 mm. Port. v. en bl. 7 hojas prels. s.f. 297 hojas de texto. Tabla de cosas notables, 3 hojas. s.f. Signs.: 9, A.Z. Aa. Pp., todas de 8 hojas, menos Pp. que tiene 4.

Prels.: Tasa: Madrid, 8 de julio de 1599. Erratas, suscritas por Juan Vásquez del Mármol: Madrid, 1.º de julio de 1599. Real Cédula de licencia y privilegio a solicitud de la ciudad de León San Lorenzo, 21 de septiembre de 1596. Aprob. del Licenciado Berrío: Madrid, 3 de septiembre de 1596. Dedicatoria: León, 24 de mayo de 1598. Prólogo. Sonetos en elogio del autor de D. Antonio de la Peña, doctor Agustín de Texada y Páez, D. Cristóbal de Bilbao y Vedia y doña Victoria Osorio.

La Primera Parte, que contiene doce cantos, termina en la hoja 152; la Segunda Parte, que va sin portada por separado, abarca desde la 153 al fin y consta de trece cantos, que forman en total 1747 octavas.

Pérez Pastor, La Imprenta en Madrid, N.º 656, que para describir el libro tuvo a la vista el ejemplar que fue de don D. José Sancho Rayón, el cual, según creemos, es el mismo que pasó a manos del Marqués de Jerez de los Caballeros y mencionó en la página 140 de su "Catálogo", y fue en seguida a poder de Mr. Archer M. Huntington. Añadiremos que ese ejemplar es el que aparece descrito bajo el N.º 3878 del "Ensayo" de Gallardo, o mejor dicho, de sus continuadores Zarco del Valle y Sancho Rayón; y no sabemos que, fuera de ese, exista otro que el que nosotros poseemos.

Antes que Santisteban Osorio, había publicado Hipólito Sans, "La Mallea", en que se trata la famosa defensa de la Religión de Sant Ioan en la Isla de Malta, Valencia, en casa de Ioan Navarro, 1582, 8.º

Su autor, como consta de la portada, era un caballero del Hábito de San Juan, natural de Játiva: que se halló en el sitio de Malta en 1565 y escribió su obra como testigo ocular de los sucesos que canta, único punto de vista por el cual pudiéramos acercarle a Ercilla.

(13) La venta comprendía asimismo el que pudiese reimprimir la Cuarta y Quinta Parte de "La Araucana", y el precio de compra por las tres obras fue de 250 reales, a pagar 50 de contado y el resto cuando se hubiese comenzado la impresión de las que estaban en manuscrito.

(14) En gran parte tuvieron la culpa de tan errático concepto, León Pinelo y su continuador Gonzalo de Barxia, que incluyeron en sus bibliografías la obra de Santisteban

Osorio entre las históricas y fueron seguidos hasta en nuestros días por literatos españoles, y lo que resulta más sorprendente aún, por historiadores chilenos, que no hay para qué nombrar.

(15) Es muy curioso observar la amalgama que Santisteban ha hecho de estas dos palabras, que, como se sabe, la una significa indio y la segunda indio de servicio. Nuestro autor, que no debía andar muy al cabo de los nombres indígenas, bautizó a su héroe del extraño modo que vemos.

(16) Es cierto que el bibliógrafo continuador de León Pinelo (Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, t. II, col. 659) e historiadores, como Córdoba y Figueroa y don José Pérez García —y este último daba remate a su obra en 1810—, citan el poema de Alvarez de Toledo, pero en tales términos, que dejan en duda si le tuvieron a la vista o si le mencionan por los fragmentos conservados en el libro del P. Ovalle.

(17) En el canto XIX, al hablar de ciertos refuerzos que el Virrey del Perú envió a Chile y después de contar cómo llegaron a Valdivia y se encaminaron de allí a Osorio, añade:

Su fin diré, los triunfos y victoria
En la segunda Parte de esta historia:

hechos que no se hallan referidos en las estrofas del "Purén indómito".

(18) Que Xufre del Aguila tuvo a la vista y disfrutó de la obra de Ercilla, resulta manifiesto de las dos veces en que a ella se refiere, y las dos, sea dicho de paso, ya para criticarla de diminuta en algún punto, ya para advertir que el poeta no fue imparcial al historiar las hazañas de Hurtado de Mendoza. No estará demás que las veamos. Es la primera, relativa a la muerte de Pedro de Valdivia:

Matáronle, cual cuenta en su Araucana
El famoso de Arcila, aunque con muchas
Diferencias, que yo enmendar pudiera
Si llevara esta historia por extenso...

Y es lástima que no lo hiciera, porque ya le habríamos visto en aprieto para contar el incidente más oscuro de cuantos puedan ofrecerse en nuestra historia, imposible es de acreditar con testimonio alguno.

La acusación de falta de imparcialidad respecto de don García la estampa en la forma siguiente:

Sabiendo que su padre era ya muerto,
Y que venía ya a el Reino otro gobierno,
Por no obligarse a algún castigo justo,
Como estuvo muy cerca de hacerse
En el ya referido coronista,
Que después fue, y mostró pasión callando
De don García muy lucidas cosas,
Que pudiera decir con verdad mucha...
(Como yo lo hiciera, a tener tiempo)...

Sería ocioso insistir en manifestar aquí, después de lo que hemos dicho en otro lugar, que Xufre del Aguila habría quedado en esta parte también en descubierto en sus afirmaciones.

Biblioteca Nacional. "La Araucana". Ilustraciones. II. Anexo II, E.G.I. Tsbls. 4, Vol. 5, N.º vol. 65.